

La Esfera



Cuadro de Senain (escuela francesa del siglo XVII), propiedad de D. Manuel Vilches

Precio: Una peseta

PRENSA GRAFICA, S. A.

Editora de "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo" y "La Esfera"
HERMOSILLA, 57.-MADRID ♦ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año..... 15
Seis meses..... 8

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 18
Seis meses..... 10

Francia y Alemania:

Un año..... 24
Seis meses..... 13

Para los demás Países:

Un año..... 32
Seis meses..... 18

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año..... 25
Seis meses..... 15

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 28
Seis meses..... 16

Francia y Alemania:

Un año..... 40
Seis meses..... 25

Para los demás Países:

Un año..... 50
Seis meses..... 30

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

Un año..... 50
Seis meses..... 30

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 55
Seis meses..... 35

Francia y Alemania:

Un año..... 70
Seis meses..... 40

Para los demás Países:

Un año..... 85
Seis meses..... 45

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumanía, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

Para anunciar en esta Revista,
diríjase a la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

PUBLICITAS

Avenida Conde Peñalver, 13, entlo.
Apartado 911. Teléf. 16.375. MADRID

Casa en Barcelona: Pelayo, 9, entlo.
Apartado 223. Teléf. 14-73 A.

ESTUDIO DE ARTE FOTOGRÁFICO

WALKEN

Sevilla, 16, MADRID

AGENCIA GRAFICA

REPORTAJE GRÁFICO
DE
ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase
de periódicos y revistas
de España y Extranjero

Pida condiciones
a
AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571
MADRID

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

Exclusiva de las Publicaciones de PRENSA GRAFICA
en la

ISLA DE CUBA
CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE

LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135
y
LIBRERÍA CERVANTES, Avenida de Italia, 62
HABANA

Lea usted todos los miércoles

MUNDO GRAFICO

30 cts. ejemplar en toda España

SAN REMO Riviera Italiana

CASINO MUNICIPAL

(Ley del 22 de Diciembre de 1927)

GRANDES SALAS DE RECREOS

Salas privadas - Restaurante de lujo.
Teatro - Dancing - Todos los deportes.

TRENES DE LUJO DIARIOS DE TODAS LAS CAPITALS

ABIERTO TODO EL AÑO

ROLDÁN

Camisería
Encajes
Equipos para novias
Ropa blanca
Canastillas
Bordados

FUENCARRAL, 85
Teléfono 13.443

MADRID

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de Inglés, Francés, Alemán é Italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES



CASAS EN

38, Boulevard des Italiens; 92, Boulevard Sebastopol, PARIS
NICE * LYON * VICHY * AIX-LES-BAINS

*Las imitaciones más bellas de diamantes, perlas,
piedras de color con artísticas monturas*

Soberbio catálogo á quien lo pida á 38, Boulevard des Italiens, Paris

Los mejores retratos y ampliaciones **Díaz Casariego**
Fernando VI, 5, planta baja.—MADRID

SEDLITZ Ch. CHANTEAUD de Paris
EL MEJOR LAXANTE, PURGANTE, DEPURATIVO
ESTREÑIMIENTO, BILIS, JAQUECA, CONGESTIONES

LA PARTE MAS SENSIBLE

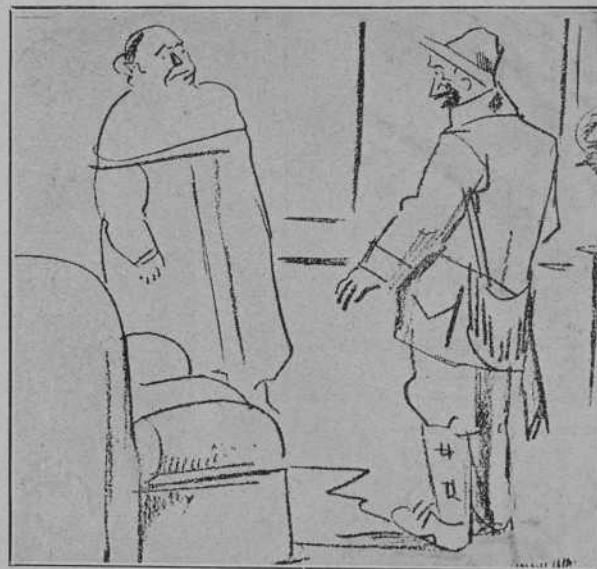


DE SU CUERPO

Medio fácil para conservar siempre los pies en perfecto estado

Es el flujo sanguíneo el que reacciona en los diversos órganos del cuerpo contra las influencias del exterior, cuanto más se alejan las diferentes partes del corazón más difícil es la circulación de la sangre en las mismas. Esto explica fácilmente que las extremidades del cuerpo y principalmente los pies tan fácilmente calentados y congestionados sean extraordinariamente sensibles. Por otra parte debiendo éstos soportar todo el peso del cuerpo, se comprende que la mayoría de la gente sufra continuamente de los pies. Para curar estos males, la terapéutica moderna ha encontrado un remedio que es un compuesto de sales medicinales conocido bajo el nombre de Saltratos Rodell. Estas sales producen un baño de pies cuya acción descongestionante, tonificante y antiséptica hace desaparecer rápidamente las hinchazones, irritaciones y magullamientos, así como toda sensación de dolor y quemazón; además los callos y durezas se reblandecen á tal punto, que pueden quitarse fácilmente, sin peligro de herirse. Los Saltratos Rodell dan resistencia á los pies sensibles y los remozan completamente aun en los casos más rebeldes. Se venden á un precio módico en todas las Farmacias, Droguerías y Centros de Específicos.

NOTA CÓMICA



La señora del cazador.— De modo que no has matado nada.
El cazador.— Matar, no; pero, ¡lo que es herir...! (De *Le Rive*, París.)

LA REINE DES CRÈMES
Maravillosa Crema de belleza
PERFUME SUAVE
De venta en toda España. J. LESQUENDIEU. PARIS

Su hijo...

Síntesis de todas sus ilusiones y de sus mayores alegrías y que con sus sonrisas llena su alma de felicidad...

¡Cómo se entristecería usted si á causa de la debilidad y desnutrición le viese enfermito y triste! Usted misma se acusaría de negligente por no haber tomado á tiempo el tan eficaz reconstituyente

Jarabe Hipofosfitos Salud.

Durante la lactancia del niño, debe tomar la madre este potente generador de fuerzas, para evitar la debilidad y transmitir á su hijo un alimento perfecto y nutritivo que le hará crecer fuerte, sano y robusto.

El **Jarabe de Hipofosfitos Salud** tiene cerca de medio siglo de éxito creciente y está aprobado por la Real Academia de Medicina por su eficacia contra la anemia, el raquitismo, la consunción y la debilidad en todas sus manifestaciones.



HIPOFOSFITOS SALUD

PEDID JARABE SALUD PARA EVITAR IMITACIONES

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

A NUESTRAS REVISTAS

EN LA
LIBRERIA
DE
SAN MARTIN

6. Puerta del Sol, 6

TINTAS
LITOGRAFICAS
Y TIPOGRAFICAS

DE
PEDRO CLOSAS

ARTICULOS PARA LAS
* ARTES GRAFICAS *

Fábrica: Carretas, 66 al 70

Despacho: Unión, 21

BARCELONA

Llevar en la Boca

siempre que queráis escapar
de los peligros del **frio**, de la **humedad**,
del **pol. o** y de los **microbios**; cuando
os molesten los **estornudos**, ó tengáis carraspera
ó **opresión** de pecho; cuando os sintáis **constipados**

UNA PASTILLA VALDA

cuyos vapores balsámicos y antisépticos
fortificarán, acorazarán,
vuestra **GARGANTA**, vuestros **BRONQUIOS**, vuestros **PULMONES**.

Niños, Adultos, Ancianos,
PARA EVITAR, PARA CUIDAR
las **Enfermedades de las Vías Respiratorias**
tened siempre á mano

PASTILLAS VALDA

pero sobre todo no empleéis más que
LAS VERDADERAS
que son sólo las que se expenden
EN CAJAS
y llevan en la tapa el nombre
VALDA

Fórmula :
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azucar-Goma,

Lea usted los miércoles

Mundo
Gráfico

30 cts. en toda España

Obra nueva del
Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.—*Quiénes
somos, de dónde venimos
y adónde vamos.*—Un to-
mo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable
obra de las 30 ya publicadas
por este polígrafo, está he-
cho con sólo reproducir su
índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo hu-
mano, eterno peregrino.—
Los epiciclos de Hiparco y los
«ciclos» religiosos.—Las hi-
póstasis.—Kaos-Theos-Cos-
mos.—Complejidad de la hu-
mana psiquis.—Más sobre los
siete principios humanos.—
El cuerpo mental.—El cuer-
po causal.—La superviven-
cia.—La muerte y el más allá
de la muerte.—Realidades
«post mortem»: la Huestia-
Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor
(calle del Buen Suceso, nú-
mero 18 dupl.º) y en las prin-
cipales librerías.

LEA USTED EL VIERNES NUEVO MUNDO

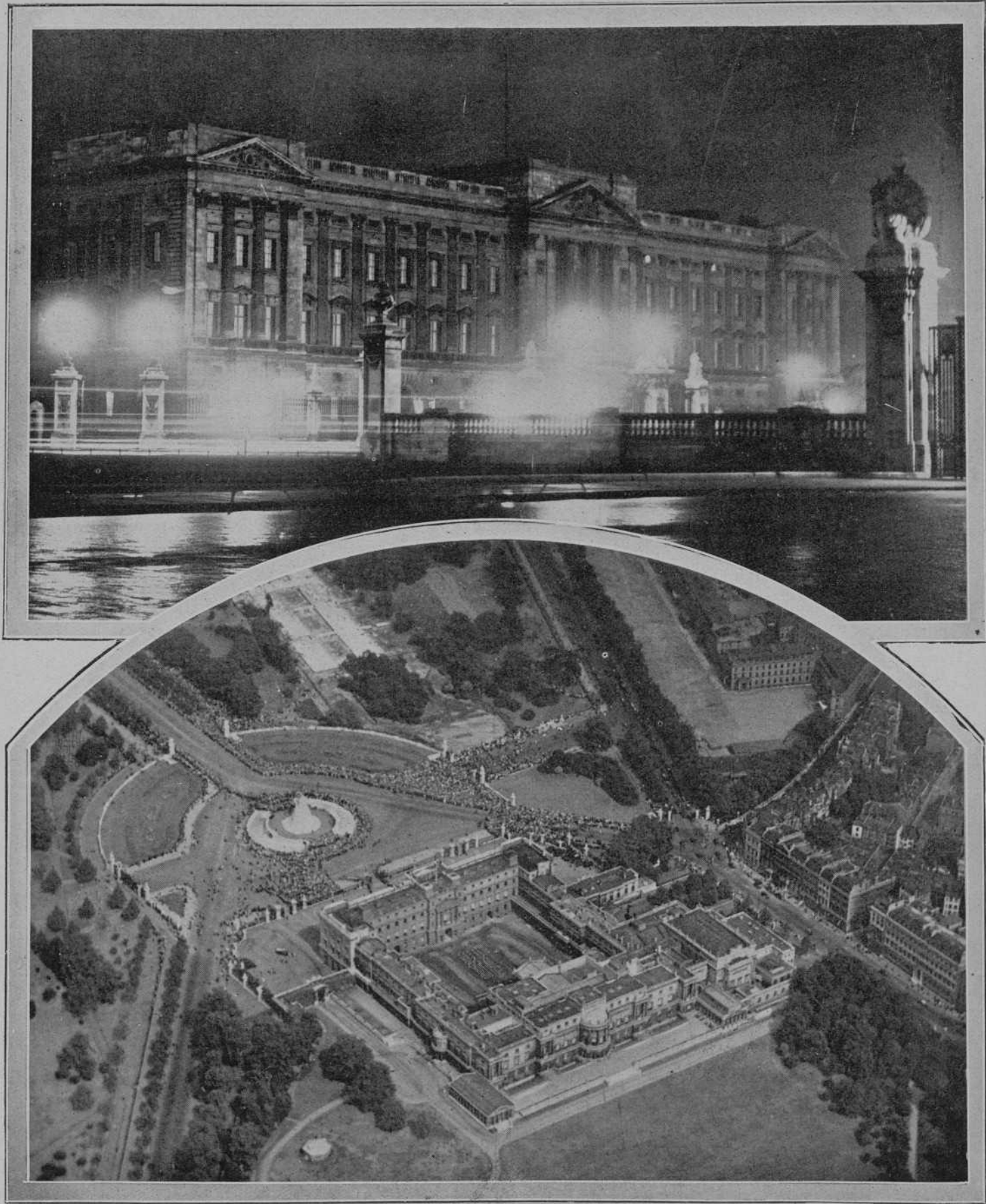
La Esfera

AÑO XVI.—NÚM. 784

MADRID, 12 ENERO 1929

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



La regia mansión del enfermo de Buckingham

Durante estos días de intranquilidad por que ha pasado el pueblo inglés, y con él el mundo entero, todas las miradas han estado fijadas en esta maravillosa residencia que es el Buckingham Palace. Alrededor del recinto, silenciosas, las gentes han llegado de todas partes á interesarse por la salud del augusto enfermo. Nuestras fotografías muestran el Buckingham Palace de noche y de día á vista de avión

(Fots. Ortiz)

APOSTILLAS

UN DIA EN ATENAS

Al pensar en la mujer de Occidente, cuya situación social imaginamos al pronto como antípoda á la que ocupa la mujer oriental, pensamos, antes que nada, en Grecia. Un historiador inglés (Lecky) describe á Grecia (el intelecto griego) como el agente dinámico de la civilización occidental. Y un jurista famoso (Maine) declara que nada se mueve en el mundo, excepto las fuerzas ciegas de la Naturaleza, que no sea de origen griego. (Sobrentiéndose en el mundo occidental.) Y al pensar en Grecia, pensamos señaladamente en Atenas, si bien conviene guardarse de la exageración y de la hipérbole, tan antihelénicas como, por ejemplo, cuando el fanático y dogmático Carlos Maurrás afirma en su libro *Anthinea*: «En el hermoso instante en que el Atica no era sino ella propia, el Atica fué el género humano.»

¿Qué era, qué situación social se le atribuía á la mujer ateniense? Antes de responder á esta pregunta, necesitamos conocer en su conjunto la distribución orgánica de la sociedad griega, así como sus preocupaciones cardinales y sus afanes activos.



Si no el género humano, como quiere Maurrás, Atenas, en sus buenos tiempos, era el alma griega. Cuando se habla de la sociedad y costumbres griegas, se alude casi siempre, genéricamente, á Atenas, con preterición de los otros estados helénicos: Corinto, Tebas, Argos, Tesalia... Atenas fué la escuela de Grecia; su escolástica abarcaba todos los órdenes de la vida. La grandeza ateniense se hermanó con la grandeza helénica. La caída de Atenas arrastró consigo á los otros estados griegos.

Vivamos con la imaginación la jornada de un día en Atenas. Para llevar á efecto este viaje y visita incorpóreos nos serviremos de una antología griega, la de Wright, á quien sigo fielmente.

En la época de su esplendor, Atenas era una ciudad de veinte mil ciudadanos. Esta cifra no se corresponde con el número de habitantes en Atenas, ni mucho menos con la copiosa y abigarrada muchedumbre de gentes que durante el día colmaban la ciudad. Entre los habitantes, aunque no agraciados con el privilegio de ciudadanía, deben contarse los esclavos. Acudían además á Atenas, cotidianamente, los campesinos, los aldeanos, amén de pobladores de la costa: marinos, pescadores y navegantes extranjeros, desembarcados en el Pireo. (Atenas está edificada tierra adentro, no muy distante del mar. Su puerto es el Pireo.)

La rotación habitual de un ciudadano ateniense se repartía así: después del temprano desayuno, paseo y plática con los amigos (los atenienses eran conversadores infatigables). Visita y dilatada estancia en el mercado ó en la asamblea. Quizá algún sacrificio en el templo. Otro paseo coloquial, antes de la comida meridiana, muy frugal. Siesta, indefectible. Tras de la siesta, el gimnasio, y en él, unciones corporales de óleo, previas á los ejercicios de lucha y saltación; un baño frío luego, y, finalmente, un prolijo masaje. En esto se agotaba la tarde. Otra paseata, y charla consiguiente, hasta la hora de la comida nocturna, en compañía de muchos amigos, ó «simposio». El simposio era una institución típicamente ateniense. Se bebía—vino aguado é hidromiel—más que se comía, y, sobre todo, se hablaba y debatía acerca de todo lo divino y humano (véase *El simposio*, de Platón, que comúnmente anda traducido, como *El banquete*.) Los comensales solían coronarse con flores y ramas verdes. Con frecuencia, mujeres flautistas, acróbatas y danzaderas amenizaban la reunión, que se dilataba hasta el amanecer.

El paraje ciudadano dilecto de los atenienses era el Agora, circundada de pulquérrimas construcciones y columnatas, abundante de fuentes, profusa de estatuas luminosas, bajo el cóncavo añil del cielo ático. Allí se amontonaban, á la mañana, hombres libres y esclavos, nativos y forasteros, compradores y vendedores de pan, leche, quesos, fruta, vino y aceite; algún rústico pastoreando cochinitos ó cabras. El Agora era el mentidero

de Atenas. Concurrían los ociosos y deleitantes de la cultura á criticar los frisos del Partenón, ó las tragedias de Sófocles y Eurípides; á examinar los primores más recientes de la cerámica; á hojear el último tratado de Anaxágoras; á oír las nuevas y murmuraciones del día, inventadas, ó si no, propagadas en las barberías.

Todos los ciudadanos atenienses, hasta la edad de sesenta años, estaban sujetos á servir algunos meses anualmente en el ejército ó en la flota. Pasada aquella edad, podían ser elegidos para una pensión vitalicia, que llevaba aneja la obligación gustosa (y esto constituía el caro ideal de todo ateniense) de actuar á diario como jurado en los tribunales públicos y administrar justicia. La pensión era de unos setenta céntimos de peseta por día (en aquella época, suficiente estipendio). La Heliae (creada por Solón) era el lugar donde se congregaban los tribunales. El cuerpo de jurados (heliastas) se componía de seis mil. El paraje de las asambleas políticas se llamaba Pnyx. El simple ciudadano sólo disfrutaba el mero voto plebiscitario del sí ó del no, por lo cual no se mostraba muy inclinado á permanecer en la asamblea, á no ser que perorase un orador famoso.

Había, á pesar de la igualdad democrática ante la ley, varias categorías de ciudadanos. En la cima, los «eupatridas» (los de buen padre y noble cuna). A ciertas de estas familias, ó clanes, se les atribuía abolengo retrospectivo hasta los tiempos míticos de Teseo. En la raza humana, como en las razas zoológicas, hay cualidades y aptitudes hereditarias, susceptibles de cultivo y refinamiento; por ejemplo, en lo que atañe á la capacidad y experiencia de gobierno. Tal sucedió con algunos de aquellos clanes familiares atenienses, fecundos en hombres de extraordinaria inteligencia y habilidad, como en el caso de la familia á que pertenecieron Miltiades y su hijo Cimón, la de Melesias y su hijo Tucídides, la de Hipónico y su hijo Calias. La fortuna de estas familias era territorial. El orador Iseo calculaba la hacienda de una de esas familias en ochenta minas (lo equivalente á unas noventa mil pesetas; cantidad copiosa, dado el valor adquisitivo de la moneda ateniense).

La clase social siguiente, rival de la anterior, era la de los industriales, propietarios de esclavos (maquinaria viva de entonces). El padre del orador Demóstenes, que llevaba el mismo nombre, era uno de ellos, y dejó á su hijo una fortuna de quince talentos (á la par con nuestra moneda, unas cien mil pesetas).

Venia á continuación, en punto á riqueza, el grupo de banqueros y prestamistas del Pireo, que por ser casi todos extranjeros (semitas) no ejercían influencia social.

La inmensa mayoría de los ciudadanos, el torso de la democracia ateniense, era clase media (como en todas las democracias: las repúblicas italianas, Francia, Inglaterra, Estados Unidos), ni rica ni pobre—y por clase media, tan suspicaz del oligarca como del demagogo—. Los campesinos intervenían apenas en la vida pública ciudadana. Pero muchos de los habitantes urbanos poseían en la aldea una hectárea ó dos de olivar, unas hazas de trigo, alguna pradería, colmenas y un pequeño huerto. Otros eran tenderos, lampisteros, verduleros—como la madre de Eurípides—, barberos, confiteros, posaderos y perfumistas. Otros seguían un oficio ó profesión, y eran curtidores, como Cleón; ceramistas, albañiles, zapateros, pintores, médicos, escultores.

¿Y la mujer ateniense? La mujer apenas aparece en la vida social de Atenas. Había tres clases de mujeres. Las nacidas libres—las únicas consentidas, como cónyuge, á un ciudadano—. Se les daba una educación fútil y vivían reclusas en el domicilio marital, salvo el día de una gran solemnidad religiosa. Las hetairas, todas ellas extranjeras de nacimiento. (De las hetairas discurrirémos oportunamente.) Y las esclavas de diversa especie: a), servidumbre doméstica, comprada ó alquilada; b), flautistas, cantadoras, juglaresas y acróbatas; c), y las «pallakai», ó concubinas privadas.

RAMÓN PEREZ DE AYALA

El Premio
Nacional
de
Literatura



José
Montero
Alonso

JOSE MONTERO ALONSO

Nuestro entrañable compañero, á quien se ha concedido el Premio Nacional de Literatura 1928
(Fot. Roca)

DON José Montero Alonso, laureado con el Premio Nacional de Literatura, es, efectivamente, nuestro fraternal compañero «Monterito».

Quizá lo duden los literatos de vanguardia, tan propicios á entusiasmarse ante un nombre nuevo, exótico, como parcos en entusiasmo ante un nombre familiar, y quizá no lo crean los literatos tradicionalistas que piden la antigüedad, con escala cerrada, para la concesión de esos galardones; pero es positivamente «Monterito».

Posiblemente es la primera vez que los lectores de LA ESFERA le ven retratado: Monterito, tan joven, es ya viejo en periodismo, y ha sonreído ya demasiadas veces ante las fotografías encomiásticas enviadas por los propios interesados á los periódicos en busca de unas horas de popularidad. Monterito, popular en persona —algo más que serlo en efígie—, conocido de todos los que escriben como escritor fácil, muy finamente sensible á las más sutiles excitaciones de la vida y del arte, tenía en esa popularidad el mayor enemigo para su gloria: las gentes del oficio le tenían demasiado cerca, le veían escribir con demasiada facilidad y en medio de la calle, sin necesitar la soledad celular, la consulta constante del Diccionario de la Real Academia, ni las profundas meditaciones en busca de algo aparentemente muy hondo, y el misterioso fenómeno de la creación artística se los presentaba como el más natural de los acontecimientos; Monterito, por la razón fundamental de que lo

era, no parecía un elegido. En Monterito, efectivamente, la producción artística es un fenómeno natural. Cuando á su edad puede triunfarse escribiendo una Antología, premiable con el más alto galardón, no es casualmente por un acto de imaginación inopinada, sino porque el espíritu se formó en la contemplación inteligente de la belleza artística, cultivando en ella, para mejor sentirla y comprenderla, la propia sensibilidad.

Monterito caminó desde muy niño por los más bellos campos del arte literario, y caminó llevado de la mano por el mejor de los guías: por un alto poeta, José Montero, su padre, su amigo y su maestro á la vez, que supo formarle el alma, dándole la más intensa avidez para la belleza y la más adecuada sensibilidad para comprenderla y expresarla. El espíritu de José Montero, tan implacable censor para sus propias obras, sentirá seguramente orgullo ante esa su creación suprema.

«Ensanchad vuestro espíritu en ideas y en sentimientos, y la obra vendrá», ha dicho un preceptista sabio, y ése es el secreto de Monterito: era un muñeco cuando ya le conocían como asiduo lector todos los bibliotecarios de Madrid, y tanto «ensanchó» su espíritu en ideas y en sentimientos, que ahora, en la edad en que los literatos de aluvión comienzan á rebuscar frases para dar á sus escritos un sabor clásico, le ha brotado, por un fenómeno naturalísimo de floración espontánea, una antología, seleccionadora

de belleza y explicadora, en semblanzas penetrantes de por qué esa belleza se pudo producir.

Labor de viejo una antología, es para Monterito labor de mocedad, y no hay en ello contradicción, sino discrepancia entre la edad cronológica y la edad cultural: Monterito, niño, jugaba como tal y leía como hombre maduro; ahora mozo, goza todos los encantos de la mocedad, y además logra los triunfos de la madurez. Vive intensamente su doble vida, porque supo nutrir su espíritu con tanta abundancia, que aún le sobra de ese doble vivir un remanente de energía estética.

Recuerdo la grata y honda impresión que me produjo el primer artículo de Monterito: una crónica en *El Imparcial*, en que el autor retrataba sus clases de la Facultad de Letras; un artículo de alumno maestro en literatura mucho antes de licenciarse. Después ha seguido escribiendo, y jamás he visto su firma al pie de un artículo que no la mereciera: siempre la misma percepción sutil de lo bello que encierran para el poeta las cosas reales, y siempre el mismo acierto en la expresión bella de lo percibido...

Monterito, además, tiene para los papanatas del arte superartístico un estigma terrible: es periodista militante. «Periodista, jornalero de la literatura», dijo un gran escritor; y, en efecto, Monterito es un jornalero como aquellos de la Edad Media que dejaron en nuestras catedrales, con su labor diaria, la traza de su genio.

A. G.

A partir de la iglesia mayor de la risueña villa de Sitges, en dirección á Barcelona, se encuentran las costas de Garraf, formando fantásticos acantilados de rocas calizas semicristalinas, que se extienden hasta la magnífica playa de Castelldefels, dentro de las cuales se hallan las conocidas calas de Vallcarca, Morisca y Garraf.

Las primeras noticias históricas que se tienen de Garraf se remontan al año 1163. En esta época, el rey Don Alfonso II, de Aragón, entregó al presbítero Juan, en franco alodio, todo el término de Garraf (también llamado Comas de Campdasens), á condición de que el mencionado presbítero debía construir un cenobio ó basílica, en honor de San Vicente, bajo la regla de San Agustín, que estuviera bajo la protección de San Pedro de Roma, y que hubiera siempre un ministro, aparte de varios canónigos, que sirvieran las cosas divinas, á cuyo fin asignóles 100 sueldos para el vestuario y otros 20 para el calzado (1). Construyóse el monasterio, cuyo emplazamiento, según puede verse por la carta geográfica de D. Nicolás Credença, de 28 de Septiembre del año 1586, lo señala al finalizar el lado derecho de la riera de Garraf, distante de la playa algo más de medio kilómetro.

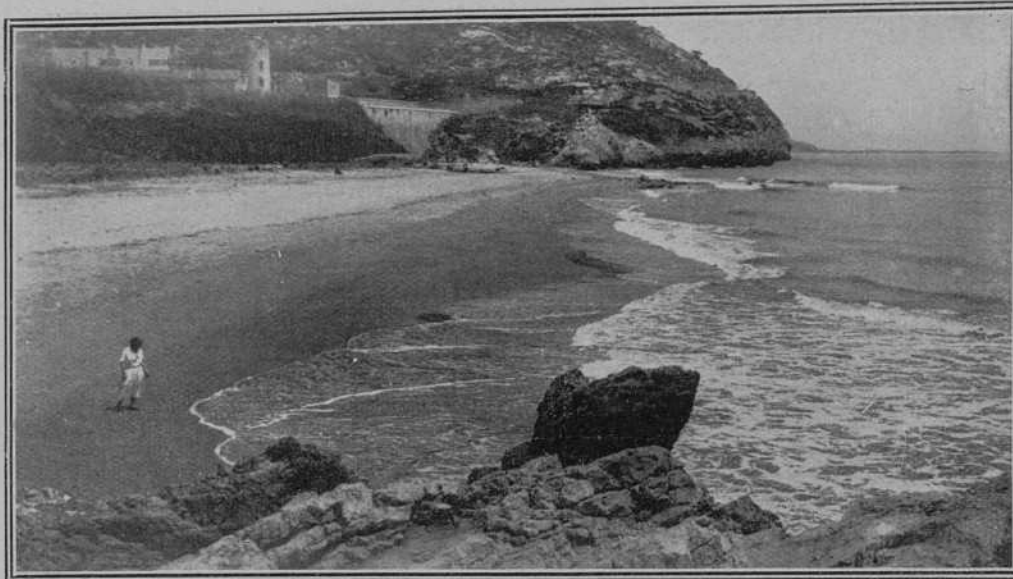
Desempeñando el priorato de este monasterio, llamado de San Vicente de Garraf, el padre Ramón, prestó más adelante obediencia al obispo de Barcelona. En Diciembre del año 1312 pasó visita de inspección—encontrándolo todo en buen estado—el vicario del obispo, D. Huch de Cardona. Visita que repitióse en el año 1382, en cuya información ya se hacía constar que la vivienda del prior y parte de la iglesia estaban demolidas; que las fuentes próximas no manaban agua, y que libros, ropas y ornamentos, todo ello ofrecía un aspecto deplorable. En el año 1385, D. Pedro IV lo dió á su cuñado, Bernardo de Fortia; pero á los pocos años volvió á pertenecer al monarca Juan I, el cual vendió dicho lugar, con el señorío y jurisdicción, á la Pía Almoyna (2).

Cada vez más abandonado el monaste-

(1) Los límites de Garraf, antiguamente, eran: por la parte de la playa, alcanzaba hasta 100 millas, mar adentro, y por la parte de tierra, hasta el punto más alto de la sierra de Aladern, ó sea en la misma piedra de la fuente de la Gallina.

(2) Fue fundada esta institución en el siglo XIII por el canónigo Bernardo Guillén, del obispado de Barcelona, descendiente del «Mas de Pinell», cerca de Palau Tordera, la que dotó de buenas rentas para que los descendientes de su familia pudiesen ir á comer en el Refectorio, donde comían entonces los canónigos, caso de encontrarse pobres.

Exigió el fundador, en memoria de este donativo, que anualmente se plantase un pino, el 1.º de Mayo, en el trascoro de la Santa Iglesia de la catedral, en Casa de los Canónigos, etcétera: costumbre que se observó hasta principios del siglo XIX.

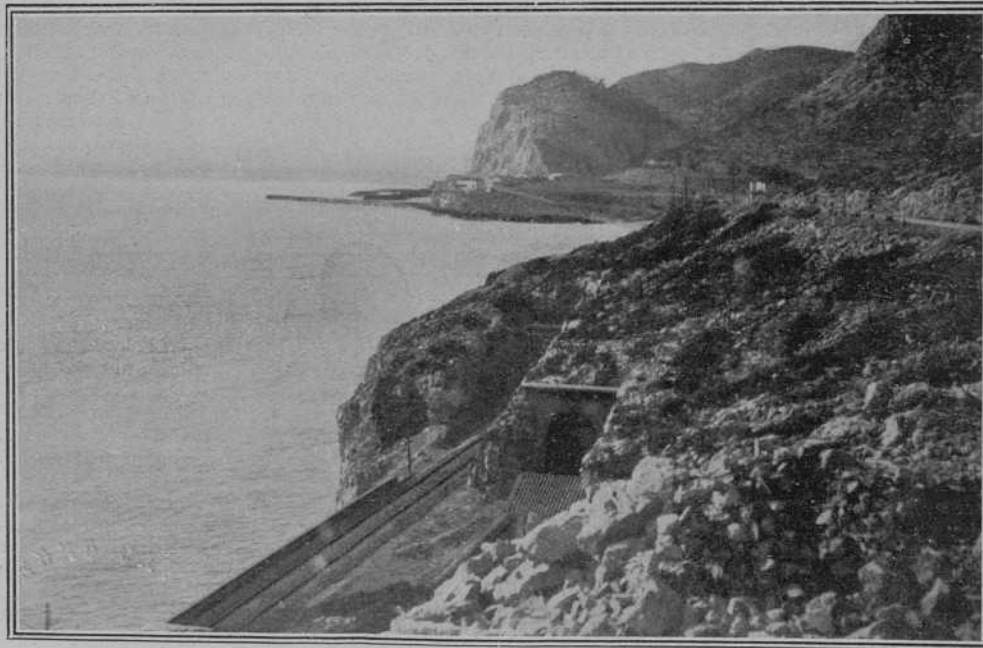


Vista general de la playa. En el fondo se destaca la magnífica residencia del Sr. Conde de Güell, y cerca de una antigua atalaya

DE LA VIDA PINTORESCA GARRAF Y SUS COSTAS

rio, obligó al obispo á pasarlo á favor de su obispado (Julio de 1413). De una parte, una cruel irrupción de moros sembraba por aquel tiempo la intranquilidad entre los lugareños, y de otra, la poca fertilidad de aquellas tierras, pues escasamente producían ocho libras anuales, determinó al pr or del cenobio, D. Pedro Ros, cederlo á los canónigos Juan San Mario y Guillermo Mañani, representantes de la Almoyna de la Seo de Barcelona, junto con todas las tierras, diezmos, censos, laudemios y demás derechos, por el censo anual de 12 libras (1). En el año 1414 tuvo lugar otra visita de inspección, hallándose todo el monasterio en muy mal estado, y el prior, pobrísimamente. Dos años más tarde, el Capitulo, como pro-

(3) Esta permuta tuvo lugar en la sacristía de la Seo, de Barcelona.



Paisaje de las costas de Garraf. Al final, el lugar y el cerro de La Falconera (Fots. Pedro Cano Barranco)

curador de la Almoyna, lo vendió á la Universidad de Sitges por 300 florines de oro. El 5 de Junio de 1423, D.^a María, esposa de Alfonso V, cedió el derecho de patronato, que pertenecía á los reyes de Aragón, al monasterio de Santa Ana, de Barcelona; cesión que vino confirmada por carta real de Fernando II, el 31 de Enero de 1481. Paulatinamente fué abandonado el monasterio, al extremo que los militares de guarnición y vecinos tenían que oír misa los domingos y demás fiestas, por el rector de Santa María de Castelldefels.

Al llegar á esta época se anubla la

breve historia del lugar de Garraf y sus costas; por lo que, narrados los primeros periodos, pasaremos á divulgar su historia contemporánea, que bien lo merece lugar tan privilegiado por la Naturaleza.

Aquellas costas de antaño, que, aunque bellas, solamente visitadas por piratas y contrabandistas, es hoy uno de los lugares preferentes y más concurrido en la época veraniega. ¿A qué se debe la transformación? Al aprovechamiento de la valiosa y abundante piedra de la cantera de uno de los cerros próximo á la playa llamado Falconera, para la prolongación del puerto de Barcelona. Para el transporte de aquel material y abrigo de los vapores que tenían que efectuarlo, fué indispensable la formación de un pequeño puerto, que á tal fin se construyó en término de un año; obra que se le dió fin en Junio de 1902, costando cerca de un millón de pesetas, y que en la actualidad está casi abandonada. Para el albergue de los obreros empleados en la cantera y faenas de transporte, se edificaron buen número de modestas casitas, que abandonaron aquéllos al finalizarse las obras del puerto; pero que al construirse sirvieron para la formación del actual barrio de Garraf, compuesto de una sola calle. Estas reducidas, pero limpias viviendas, son las que hoy habitan las familias que van á disfrutar la extensa y magnífica playa, contigua

al barrio; playa de menuda arena, que al morir las olas se deslizan sus espumosas aguas, formando una extensa sábana; olas que al chocar contra los rocosos acantilados, cuando el mar está embravecido, deleita escuchar el rumor que producen. Un delicioso pinar, cuyos árboles parecen talmente salir de las aguas, dada su proximidad á las mismas, completa el escenario de la repetida playa. Un poco más arriba del frondoso pinar posee el señor conde de Güell una magnífica residencia, y junto á ella todavía se conserva una antigua atalaya. Los pocos vecinos del lugar de Garraf se dedican á la pesca, constituyendo una nota pintoresca el contemplar la colo-



Pintoresca vista de Garraf, desde la playa

cación de las barcas cuando, después de las faenas, las dejan en ringle-
ra en una de las ensenadas próximas al puerto. Circunda este ideal pa-
raje un macizo de
montañas, pobladas
de espesos bosques.
A poca distancia de
la costa, y en el fon-
do de sus azuladas
aguas, se encuentran
buena cantidad de al-
gas llamadas del Me-
diterráneo (*Lomenta-
ria phalligera*), algu-
nas de ellas vistosas
ejemplares muy
apreciados.

Queda con lo di-
cho descrito el lugar
y costas de Garraf,
así como también su
linda playa, ajena á
la coquetería, y á la
que acuden nume-

rosos bañistas, que sólo se preocupan de bañarse y solazarse. Es un cuadro
de mucho color: el que ofrece esta atrayente playa, al contemplar desde la
altura de los acanti-
lados la multitud de
tiendas colocadas en
la arena y sus ocu-
pantes tendidos en la
misma: unos respi-
rando la brisa del
mar, otros recogien-
do los rayos solares,
mientras grupos de
muchachos, desnud-
os los pies, juegan
y alborotan, con-
tribuyendo todo ello
á darle más vida á
aquel encantador
rincón de Cataluña.



Aspecto de una calle de Garraf

Pedro CANO BARRANCO

(De la «National Geographic
Society», de Washington)



Aspecto exterior de la Estación de Garraf



Umbría pinariega, contigua á la playa de Garraf

Fots. Pedro Cano Barranco)

AUTORES Y LIBROS

EL AÑO LITERARIO

PROLOGUILLO

Por supuesto, nada de crítica. Simples y rápidas impresiones de lector. Constancia de emociones y sugerencias. Y también un poco de aliento á los que escriben.

De entre los centenares de libros recibidos en 1928, queremos destacar aquellos que dejaron en el ánimo alguna huella. Nuestro criterio de curiosidad y amplitud reúne en estas mismas columnas amigos y enemigos, temperamentos literarios afines ú opuestos, estilos reaccionarios y estilos revolucionarios.

La crítica, como función metódica y hermenéutica, pasó á la Historia. Precisamente en estos días, una encuesta francesa, *Où va la critique?*, pone de manifiesto su óbito. Desde Paul Souday á Albert Thibault, pasando por Delteil y Dorgelés, están conformes todos en la absoluta imposibilidad de renovar los días, rígidos y meticulosos, inventariales y aduaneros, de Saint Beuve ó de Emile Faguet, traducidos al español con la gravedad de un Ixart ó el desenfado de un Clarín... Veteada de industrialismo, intervenida por el reclamo, la profesión del escritor es hoy tan aleatoria como la del abogado ó la del médico, hermanos del tendero y del fabricante en exigencias de publicidad. «El Anuncio—ha escrito Andrés Maurois—ha matado á la Crítica. Tras una Crítica pulverizadora, el Anuncio, nuevo Jordán, limpia á los libros de pecado.» La Fama sustituye á la Gloria. Hoy el libro mejor no es el que más vale, sino el que más se anuncia...

POESÍA

Muchos versos. Pocos poetas... Y bastante demanda. ¡Oh, Póstumo! Se venden, cada día más, Rubén Darío, Bécquer... Hasta hay, como en Francia, alguna revista exclusivamente de versos.

He aquí á Elisabeth Mulder, que se reveló el año pasado en *Embruñamiento* como una fascinada hija de *Las flores del Mal*, trocada hogaño por este libro de *La canción cristalina* en una damita romántica, lánguida y triste, desfalleciente de melancolías, á ratos becqueriana, á ratos amadonervosa... Rendida por aquellos furores báquicos, por aquellos impulsos ovidicos, ahora reposa en el jardín, sobre un banco, junto á una fuente. Fué posesa baudelariana y es una novia de Espronceda...

Ante María Alicia Domínguez, poetisa argentina, cuyo libro *Música de siglos* parecía anunciar algo arcaizante, se abre un alma moderna, grave y ágil, al mismo tiempo. Inquietud psicológica, vigor, fantasía, plenos poderes poéticos de cierta originalidad y firme audacia:

Bajo el cielo, en el mar, sobre la selva,
vuela mi canción fuerte.
Aunque me vaya y aunque nunca vuelva,
¡no hay Muerte!

¿Qué es esto sino juventud? Mejor dicho, ¿la Juventud, proclamando, como en el líder goethiano, su dictadura sobre el Porvenir?

A veces, este gesto de vigor se agracia con un mohín femenino:

No tengas miedo á mi coquetería...
Cuando prendo una rosa en mi cabello,
cuando es más fina esta sonrisa mía,
cuando ciño oro y perlas á mi cuello,
no pienso más que en ti...

Otras veces, densa y profunda, torna la gravedad, la majestad del amor:

Estoy en ti como en un nácar rosa
está la voz del mar...
Como el Principio está en la nebulosa
y como el fin está en la Eternidad.

De *Música de siglos*, ha dicho nuestro Benavente: «Todo es reflejo de un noble y delicado espíritu de mujer. La mujer, cuando es la cordial mujer, mejor es poeta; más que poeta, la Poesía misma.»

Emilia Bernal es la heterodoxia, los ímpetus, el incendio... Su libro *Exaltación* evoca momentos seráficos—«serafín» el que arde—. Su afán de huir las normas no es, como en ciertos van-

Las ramas, torturadas, parece que al viajero gritan desesperadas:
«Por piedad, sigue, sigue. ¡Por piedad, no me [toques]!»

Y no falta, en la búsqueda de gracias nuevas, esta miniatura galante:

Señor Húsar de Pavía...
Soldado de fantasía...
Soldado de bicolor...
En tu chaqueta rubí
¡déjame prender la flor
de la Carmen que hay en mí!..

Deleite recio y delicado, como en la divisa leonardesca, *La posada y el camino*, de Enrique de Mesa, es uno de los libros próceres del año. En él destila el poeta de Castilla los densos mostos serrañegos y ese licor insigne, áspero y democrático, de las libertades históricas. Obra de madurez y plenitud, se abre con *El poema del hijo*, confesión férvida y cordial, ataviada de ternuras y coronada de melancolías:

¿Que te lleve en mis brazos?
¡Siempre acabas lo mismo!
Agárrate á mi cuello.
No sueltes y te caigas, hijo mío..

No siento la materia...
Es aire y luz el pensamiento limpio.
De la carne desnudo
llevo al viento el espíritu..

Tras el escudo familiar, el poeta afianza su montante. Pasan visiones rústicas, desoladas y yérmicas, de la meseta castellana:

Ni un cantar. Sólo se escuchan
en lejanas tolvánicas
los sonidos graves, lentos,
de las zumbas de las recuas...

Viene la contemplación triste del terruñero, «exido» del chozo y la hacienda, resignado á la explotación, sumiso al hambre. Entonces, el poeta se yergue, evocando al Cid:

Viejo Cid, ¿cacaso nunca
resurgirás de la huesa
á un empujón de tus hombros
despelmazando la tierra?
Mira del toscos villano
las cortesanas zalemas,
al señor, sin señorío,
y al córzada la realeza.
Blande tu lanza buida,
de polvo y sangre orinienta;
húndela en los pobres cuerpos,
amarillos de materia...

Y ya, entre algún reposo horaciano y alguna remembranza de amor, todo el libro es un Romancero con ecos de Comunidades... Así, en *Camínava*:

¿Dónde la Castilla de los Comuneros?
¿Cuándo el claro día, fuerte y español?
Así, en *Avila de los Caballeros*:

¿Dónde el empuje de tu gente?
Muertas Castillas, ¿dónde estás?

Así, en la *Balada de sangre*, encabezada por un salmo de Isaías:

Pastor, empuña tu cayada;
la aurora en sangre clareó.
Apareja, vaquero, tu honda
Terruñero, apercibe tu hoz.



ELISABETH MULDER



EMILIA BERNAL



M. ALICIA DOMINGUEZ



R. MENDEZ CAPOTE



MERCEDES PINTO

guardistas, *snobismo*, sino, como en muchos revolucionarios, sed de justicia y hambre de ternuras.

Andariega, por franciscana, sus páginas tienen, á veces, la llama de Asís, y á ratos la puerilidad de las *Floreccillas*. Su gran virtud es la fragancia. Traduce á Verdagner, á Maragall—los franciscanos catalanes—y á Joao de Deus y Guerra Junqueiro—los franciscanos portugueses.

Sus poesías originales, afectadas de un vanguardismo metafórico, se entrecruzan de «renglones desiguales». «Las nubes blancas, enrolladas—quietas—enfrente la ventana—sobre el valle», lo que puesto en «renglones iguales», dice:

Las nubes blancas, enrolladas, quietas,
enfrente á la ventana, sobre el valle...

Otras veces acepta la repetición—ese gran forceps vanguardista—, con verdadera fortuna plástica:

Olivos... Olivos... Olivos
De lejos...
Ovejas... Ovejas... Ovejas...
A Andar...

Otras veces, en fin, su hiperestesia lírica le dicta estrofas tan emocionadas y emocionantes como ésta:

¡Oh, dolor de mi carne al ver los alcornoques!
Están en carne viva... Desollados los troncos..



A. PALACIO VALDES



W. FERNANDEZ FLOREZ



E. BARRIOBERO



CEFERINO R. AVECILLA



R. GOMEZ DE LA SERNA



JOSE PEREZ ROZAS

Miniados y sutiles, como filigranas, los *Epi-gramas americanos*, de Enrique Díez-Canedo, recogen ese afán sutil de universalidad, característico del espíritu moderno. Como en las interpretaciones yanquis, de Paul Claudel—que es el tono mayor de la sinfonía—, en estas de Canedo—el tono menor—, hay elegancia y cifra líricas, tal, en la «Avenida Paisandú» (Río de Janeiro):

¡Oh, genio del lugar que nos acechas!
Lléguense sin recelo á ti las almas,
porque, en signo de paz, todas tus flechas,
clavaste en tierra y se han trocado en palmas...

Tal, en *Negra de Curacao*, lindo boceto impresionista:

Es tu cuerpo rugoso carbón consumido;
es tu pelo ceniza de hogar extinguido;
tu mirada, tras gruesos cristales se apaga;
todo en ti se adormece, se agosta, naufraga.
Sólo á instantes, pegado á tus labios, aviva
un cigarro encendido su lumbre furtiva...

CUENTOS Y NOVELAS

Un hermoso libro de cuentos, *Peregrinos de calvario*, revela en Luisa Carnés finas dotes de observación y emoción. Otro, escrito en francés, por Ventura García Calderón, *Si Loti était venu...*, toca las cimas magistrales. El gran escritor peruano, en plena exaltación aborígen, realiza cuadros admirables de colorido y en figuras.

Se abre el año novelístico con *Los cármenes de Granada*, del maestro Palacio Valdés. Fiel á su estilo, llano y decoroso; á los sencillos y vigorosos métodos de alternar el realismo y la fantasía, D. Armando mantiene aquí el alto rango de su fama. Es un libro fresco, jugoso, todavía vivaz y juvenil.

Obra admirable, sólida de estructura, aligera en su estilo moderno, grave en su honda erudición, *El pueblo del sol* es una gesta novelesca de estupendos alientos. Su autor, Augusto Aguirre Morales, tiene los cien ojos de Argos y los mil brazos de Briareo. Agota, en fin, las Tradiciones y la Etnica, y es un mago conjurador del Movimiento y del Colorido. *El pueblo del sol* quedará en los anales de Hispanoamérica como algo ingente y memorable, como la novela monumental de los Incas.

El *Relato inmoral*, de Wenceslao Fernández Flórez, marca el punto de transición entre el humorista y el satírico, entre la juventud y la madurez, entre la flor y el fruto. En *Relato inmoral*, escrito con el flúido y personal donaire del celebrado ingenio, se cumple el dístico de Fedro:

Duplex libeli dos est; quod risum movet
et quod prudetem vitam consilio monet...

Mueve á risa, pero también á meditar. Los cuadros, entre grotescos y patéticos, de nuestro tartufismo erótico, hállanse plenamente logrados. Esta España «de tapadillo», conventual y garbancera, tan viva en *Relato inmoral* como en *La pícara Justina*, suministra á Fernández Flórez un copioso museo hipócrita.

La novela, en fin, es dechado de una realidad española tanto como de un gran acierto literario. Y acaso sea el mejor libro de Fernández Flórez.

¿Por qué Eduardo Barriobero no frecuenta más la literatura? De cuando en cuando nos sorprende con obras, de apariencia *dilettante*, pero de realidad profesional, de fuste verdaderamente literario. Tal ésta, varia de inventiva y preciada de buen estilo, *Historia ejemplar y ator-*



MILIANO RAMIREZ ANGEL
N. alogrado escritor

mentada del Caballero de la mano al pecho, que para sí quisiera algún pomposo «vanguardista».

Mercedes Pinto, poetisa tinerifeña, ahora residente en Montevideo, nos penetra y conmueve con un libro singularísimo, *El*, mezcla de realidad y fábula, tan doliente y vibrante como un relato de Edgard Poe ó de Hoffmann.

El malogrado y cordial Ramírez Angel deja en su postrer obra, *Uno de los dos*, constancia, acendrada y afortunada, de su evangelio mesocrático. Novela «blanca», pero sazónada de interés y escrita con un garbo flúido, *Uno de los dos* despierta emoción y simpatía.

Para Ceferino R. AVECILLA, temperamento siempre alerta, pluma de mosquetero y guerrillero, el «divino tesoro» no se agota. *A pesar del tiempo terco*, su novela, *La sombra enmascarada* está unvida de juventud, de acción, de hechos vivos y de héroes palpitantes. En su madrileñismo literario, revive el bello mito de Anteo. No bien lo toca cuando se alza, estudiantil y luchador, como en los días heroicos...

Y aquí está ya Ramón, el bullicioso, aturridor Arlequín, mitad blanco por las manchas de cal de Pombo; mitad rojo por los faroles del «Moulin Rouge»; muy nacional, entre las ediciones de Calleja, y muy internacional entre las ediciones de Kra.

Múltiple, copioso, infatigable, inaprensible, es-

critor-orquesta, nos envía, de un golpe, cuatro libros: *El caballero del hongo gris*—cuento diestramente alargado, entre novela y película, es un alarde de invenciones y aglidades; *La mujer de ámbar*, novela de una Nápoles churretosa y lúbrica, multitudinaria y vociferante, buen bocado de folletín moderno; *El dueño del átomo*, con otros cuentos menos paradójicos, pero tan sorprendentes y exuberantes, y, en fin, *Goya*, ensayo biográfico de grata lectura, reveladora de lecturas, pero también de atinos personales.

Alfonso Maseras logra, en *La feria de Montmartre*, dar cierta novedad al sempiterno París de Miomandre y de Francis Carco. José María del Busto da con *Una aventura en el gran n undc*, visión exacta del ambiente aristocrático y de la idílica naturaleza asturiana. José Pérez de Rozas, en *La mujer soñada*, paga el tributo literario á París con delectación y ufanía. La fábula entretiene, y el estilo, suelto y periodístico, logra dominar la extensión.

En Alfonso Hernández Catá han prendido las finas sugerencias psicológicas que iniciara André Gide con su *Inmoralista*, y que forman hoy un archivo de temas supersensuales. Desde el *Inmoralista* á *Mont-Cinere*, pasando por *Los cuadros de amor venal* y *El otro amor*, el androginitismo y sus misterios enriquecen constantemente la bibliografía. A partir de Otto Weiningen—que recogió en *Sexo y carácter* la sutil teoría platónica—, el industrialismo científico de Freud pone en moda estos temas íntimos. *El ángel de Sodoma* sortea con destreza y vigor las peligrosas sirtes homosexuales.

La obra más lograda de Pío Baroja es, á nuestro juicio, *El horroroso crimen de Peñaranda del Camino y otras historias*. Tan intensa, tan estilizada, tan ágil de modernidad, que su lectura es un regalo. Para el gran novelista, no tiene ya secretos la técnica. Ha conseguido una alianza perfecta entre la emoción rusa y el sutil donaire francés. Se ha desprendido de lo musculoso, y es todo nervio, sensibilidad.

«Este gran D. Ramón de las barbas de chivo» alcanza en *¡Viva mi dueño!* las cimas gloriosas. Como ya le hemos dedicado aparte un artículo, nos limitamos á incluir su nombre en este inventario anual. *¡Viva mi dueño!* es algo extraordinario, incomparable, sin par en la literatura contemporánea

GEOGRAFÍA Y VIAJES

Dantín Cereceda, gran autoridad geográfica, ofrece en *América y Antártica* un verdadero paradigma pedagógico. Documentado y aménisimo, convierte su enorme erudición en divulgación deliciosa. De suerte que se lee el libro como una novela y se aprende en sus densas páginas como en una amena tertulia.

Demasiado genérico y algo anfibólico, el título *Por los senderos del mundo creyente* encierra temas toledanos. Pero la pluma, docta y ágil, de Félix Urabayen los realiza con noble robustez. Hay páginas de tan feliz evocación como las de Escalona y D. Alvaro de Luna, y momentos de realidad contemporánea como los del Cristo, de Bargas, que son positivos aciertos.

Otro viajero, R. Martínez Romarate, con otro título impropio—*Por sendas desconocidas*—realiza animadísimos cuadros de Italia, en un lenguaje rápido y substancial, pródigo de metáforas y henchido de vivacidad moderna.

Gran reportaje, digno de los *ases europeos*—de



C. DE BURGOS «Colombines»



PIO BAROJA



JULIO CAMBA



E. DIEZ CANEDO



(CONDE DE ROMANONES)



JOSE FRANCÉS

Albert Londres, de Luc Durtain, de Andrea Violle—es el de Luis de Oteyza. *Al Senegal en avión*. El interés y la agudeza se hermanan en las sueltas páginas. Los diálogos con Alfonsito, el audaz fotógrafo, recuerdan, por su originalidad y desenfadado, ciertas páginas del americano O. Henry.

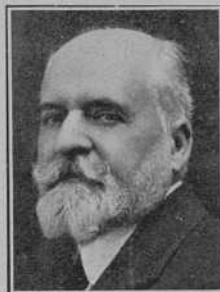
FEMINISMO

He aquí la *Summa* feminista, el *Corpus juris* y aun el *Corpus societatis*, el Libro, por antonomasia, de la Mujer. Carmen de Burgos, la escritora más dotada, más preparada, de cuantas en España abordan el Feminismo, encierra en *La Mujer moderna y sus derechos* todo un caudal de hechos y doctrinas.

La aportación de sus talentos y experiencias va de la Historia á la Estadística, de la Psicología á la Fisiología, del Hogar al Código, con el paso firme y ligero del habituado. Es un periplo feminista rico en datos, jugoso de observaciones, amenizado por anécdotas, copioso de paisajes y lecturas. Fuera del libro de Abensur—*Historia del Feminismo*—no conocemos nada semejante á éste, realmente valioso, de Carmen de Burgos.



R. MENÉNDEZ PIDAL



CONDE DE LOPEZ MUÑOZ

HUMORISMO Y SÁTIRA

Aquí está Julio Camba, de fina estirpe figarésca. Agudo, ocurrencioso, ingenioso, tiene la popularidad del humorista y la aristocracia del satírico. Es un «doble» brillante y raro, como *El Pobrecito Hablaador*.

Gran lector, gran viajero, gran retraído, sus crónicas están filtradas por el buen gusto, decantadas de toda vulgaridad, limpias de toda populachería, como de toda extravagancia. Es el Humorista normal, el Satírico bien vestido. Entre el que apesta á ajos ó trasciende á pachuli, Camba evita lo detonante. Sus escritos, breves y densos, ofrecen ese noble pudor que huye la actualidad plebeya y el vanguardismo turriébúrneo. En su estilo, preciso, ajustado, fluente, ornado de elegancia natural, nada falta ni nada sobra.

Léanse estos dos libros—*Sobre casi nada*, *Sobre casi todo*, y se verá cómo este ingenio somete la palabra á la idea y la idea al plan en una asombrosa estructura. En cada crónica de Camba hay un rasgo humorístico inédito; pero hay, sobre todo, una sátira social pulida y afinada, como un estilete. Camba, en fin, es la Calidad...

Son también de grata lectura *El pícaro mudo*, de Oteyza, y *Bazar*, de Samuel Ros.

ARTE, BIOGRAFÍAS, TEATRO

Entre los libros de Arte, destaca *El Año Artístico*, de José Francés, obra monumental de tipografía (más de 500 páginas en cuarto, con numerosos grabados), y en donde se aunan mé-



A. ROJO VILLANOVA



Dr. CESAR JUARROS

todo, claridad y erudición. Este preciado Anuario, registro integral del Arte español, enumera ¡miles de Exposiciones!, poniendo carne de gallina á todo principiante iluso. Puesto que la venta es mezquina, ¿á dónde van tantos miles y miles de cuadros? Superproducción tan fabulosa en país que apenas consume, plantea uno de los problemas más graves y apremiantes de la vida artística.

Notable es asimismo *El Greco en España*, del probo y docto publicista Emilio del Villar, con 92 reproducciones y una reseña bibliográfica de más de 200 papeletas.

No menos interés ofrece, por la sagacidad de sus observaciones y el espíritu fervorosamente democrático que las inspira, el estudio *Goya, pintor del pueblo*, de José García Mercadal.

También merece puesto de preferencia en la contribución al Centenario el libro de Diego San José *El Madrid de Goya*, nutrido de episodios y anécdotas y sazonado por ese estilo, claro y noble, del ameno escritor. (Antes hemos hablado del *Goya* de Ramón Gómez de la Serna, que cierra, como pintoresco y bello colofón, la bibliografía del Centenario.)

Al enumerar las biografías de 1928, justo será citar *Notas de una vida*, por el conde de Romanones, libro cuyo éxito resonó en España y América, agotando dos ediciones en pocos meses; las *Memorias* de Tolstoi, editadas por Caro Raggio, con un curioso prólogo de Tatiana Kumiskaia, cuñada del inmortal ruso; *Los amores de Napoleón*, por Luis Girardín, que abarca periodos agitados del Gran Corso; *Las cinco hermanas favoritas de Luis XV*, por Sofia Gay, delicioso volumen de aventuras galantes, vida y milagros de las cinco señoritas de Mailly; *El abogado del diablo*, entre biografía y leyenda, donde el impulso liberal de Diego San José pone en la picota á Felipe II, y, en fin, *Belmonte*, leyenda y biografía del gran torero, por Antonio de la Villa.

En libros sobre Teatro, hemos de señalar *Nuevo Escenario*, de Estévez-Ortega, colmado de novísimo espíritu y de raras informaciones. En nuestro desierto teatral, esta obra, laboriosa y férvida, henchida de ansiedad juvenil, selecto archivo de vanguardias, compite dignamente con las más afamadas en el tema. Estévez-Or-

ga se afirma en una posición más que europea, universal, atalayando la escena contemporánea en todas sus audacias reformistas, desde el teatro ruso al japonés, y desde el «maquillaje» á la maquinaria. *Nuevo Escenario* no debe faltar á ningún crítico, á ningún comediante, á ningún músico, á ningún escenógrafo que se precie.

Es, hoy por hoy, el único *cartel* intelectual escénico de que disponen los españoles.

El crítico argentino Juan Pablo Echagüe ha editado en francés *Le Theatre Argentin*, algunas de sus crónicas publicadas en edición española.

El libro lleva un prólogo donde Lugné Poe augura á la escena argentina un porvenir espléndido y otro de Ventura García Calderón, no tan optimista, donde se afirma que el pecado original del teatro argentino «es la falsedad que deriva del calco».

Cuanto á Juan Pablo Echagüe, luego de lamentar la actual crisis escénica de su patria, afirma que se trata «de una crisis de crecimiento», y expone, con ponderación y serenidad, sus principios estéticos, contrarios á la violencia y á la retórica, devotos de la observación y de la sinceridad».



ANTONIO DE LA VILLA



LUIS DE OTEYZA

PSICOANÁLISIS

El doctor Juarros, siempre alerta en su triple función de médico, literato y periodista, ejerce, felizmente concertadas, las tres facultades en *Los horizontes de la Psicoanálisis*. Ya puede estarle agradecido Freud. Porque el libro se está vendiendo como pan bendito; y el freudismo, que andaba un poco de capa caída, ahora, con el evangelismo de Juarros, se remozca y levanta.

El libro expone las doctrinas del Psicoanálisis con la desenvoltura y amenidad de una información periodística. Se lee de un tirón, y, además—éste sí que es un mirlo blanco de la Ciencia—, se entera uno de todo, lo entiende todo...

POLÍTICA Y SOCIOLOGÍA

Curioso, pintoresco, originalísimo es el libro de Pedro Pidal, *Constitución Católica, Apostólica Cristiana*. Cristiana, no Romana, como dice el Catecismo.

Con su característica sinceridad, el marqués de Villaviciosa renueva aquellos días parlamentarios de interpelaciones sobre enseñanza, y expone nuevos credos políticos, al margen de

las estupendas reformas realizadas en Instrucción Pública... ¡Dios mío, qué juicio le merecen!

Fino y silente, substancialmente liberal y penetrante, Royo Villanova (D. Antonio) analiza *Las ideas políticas de D. Antonio Cánovas del Castillo* sin prejuicios, con lealtad. Y el constitucionalismo del *Monstruo*, tan acusado y firme, le da ocasión para estudiar ciertos fenómenos políticos, ciertas actitudes gregarias, ciertas apariencias engañosas. Y para proclamar y afirmar su fe en la libertad frente á todos los Iscariotes que la traicionan por un bolso.

El conde de López Muñoz continúa publicando sus *Obras Completas*, á cuya colección corresponden los tomos III y IV (Discursos). Conociendo su fama de orador político y literario, se corrobora por la lectura este juicio, singularmente en la oración que pronunciara en la Alhambra, cuando la coronación de Zorrilla.

Con *La voluntad en acción*, afianza Emilio Zurano su historial de hombre laborioso, inteligente y tenaz, que, de simple pastor de ovejas, alcanza posición y respetos. Es un libro que vale por muchos, porque su ejemplo acucia al indolente y levanta el ánimo del caído.

Otro tanto acontece con *El creador de felicidad*, de Romero Landa, precursor de una Re-



E. ESTEVEZ ORTEGA



ENRIQUE DE MESA

dad Iberoamericana de Publicaciones. En esta Nueva Biblioteca de Autores Españoles, continuadora de las de Rivadeneyra y Bailly-Baillière, preside un criterio menos particularista, más conforme con el moderno espíritu de cultura general. Basta con ojear el plan de obras para deducir ese espíritu, que ampara así lo puramente literario como lo filosófico ó lo social, lo político ó lo científico. Así, junto á las obras, genuinamente literarias, de Bartolomé José Gallardo, se anuncian las marcadamente sociales, como las de Pedro de Valencia y Fermín Caballero, y al lado de las acendradamente místicas, como las de Bernardino de Laredo, las heterodoxas y réprobas, como *El Corbacho*, del arcipreste de Talavera.

Ello supone airear la erudición, ensanchar los mezquinos horizontes bibliográficos, dotar de sentido moderno al libro antiguo, cualidades



LUISA CARNES



SAMUEL ROS



P. SAINZ RODRIGUEZ



EMILIO ZURANO

ligión Natural, sin Iglesia ni Pontífice, ni otro Culto que el de la voluntad. «La felicidad está en nosotros»—afirma el autor, rotundísimo. Y tras eruditos viajes de Platón á Leibnitz y de Pascal á Kant, expone sus breves Mandamientos con la sencillez de un Smiles y la certidumbre de un Roeder

LOS CLÁSICOS

La Colección de «Clásicos Castellanos», editada por *La Lectura*, ha publicado en este año *Floresta de leyendas heroicas españolas*, edición de Menéndez Pidal, selecta y completa, como suya; *Feijóo* (tomo segundo de las obras del gran polígrafo benedictino, Príncipe de los Periodistas) y *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, de Alfonso de Valdés, edición y notas de José F. Montesinos, libro estupendo por su valentía y heterodoxia, donde «se execran las matanzas ordenadas por el Papa, vicario de Cristo, que siempre ordenó «No matar»... La edición, cuidada y pulcra, y las notas, de mucha erudición y poco engorro.

Plausible y digna de atención especial es la colección «Los Clásicos Olvidados», regida por Pedro Sáinz Rodríguez, y editada en la Socie-



ROMERO LANDA



J. GARCIA MERCADAL

que resplandecen en la primera obra, en dos volúmenes, conteniendo una selección de D. Bartolomé José Gallardo, con prólogo, edición y notas, del director de la Biblioteca.

Pedro Sáinz Rodríguez—cuyo estudio del agitador erudito forma, con el de Juan Marqués Merchán, la aportación más considerable sobre Gallardo—inaugura la Biblioteca con fortuna. Los dos volúmenes contienen lo más saliente y personal en erudición, polémica y poesía. Y así, en la ordenación como en los juicios preliminares, se advierte un propósito de serenidad que no excluye, por cierto, la loa; pero condicionada y reparada.

Tiene, pues, la labor de Pedro Sáinz ponderación bastante y documentación suficiente, ya que una figura como Gallardo, tan rica en modos y energías, ofrece peligrosos riesgos de parcialidad. Sáinz ha sorteado estos peligros con discreción y acierto. De suerte que la nueva



R. DEL VALLE INCLAN



J. MARIA DEL BUSTO

Biblioteca lanza al mar su nave simbólica, á velas desplegadas.

CRÍTICA Y POLÉMICA

Hablar de crítica y, sobre todo, de polémica, en un país donde no se oye una voz más alta que otra, es gana de gastar saliva. Aquí todo está bien, cuando no archibién. Cada Cándido tiene su Panglós, y cada grajo vano su disfraz de plumas paveras.

Contra semejante conchaveo no suele haber más que, de higos á brevas, algún ramalazo de cólera; tal artículo «grueso», cual crónica descompuesta, excesos, en fin. Falta en nosotros ese tono europeo, en que lo cortés no quita lo valiente. Y falta, seamos francos, por incultura. En general, nuestros «vanguardias» se pasan la vida descubriendo «mediterráneos».

Por eso nos sorprende agradablemente cualquier intento de polémica decorosa, urbana, medida, como la de Ledesma Miranda en los folletos de *El nuevo presagio* y la de Rafael Marín del Campo con el suyo *El centenario de Taine*.

Ledesma Miranda, que en sus estudios sobre Papini y el Romanticismo, nuevo revela finura intelectual y solicitud universalista, niega el «acento» filosófico á Ortega y Gasset, de quien



A. HERNANDEZ CATA



V. GARCIA CALDERON



FELIX URABAYEN



Diego SAN JOSE

dice que «carece de prosodia viva en sus escritos», y tiene, para el coro mimético de amanuenses, incondicionales, gracias mueras despectivas, que animan el primer folleto, publicado en Marzo. El segundo, fechado en Diciembre, trae los modernos atavíos políticosociales de Barbussé, bien entendidos y claramente divulgados, y una deliciosa «Suite para una pequeña Italia», ornada de elegante erudición y agudas flechas satíricas, especialmente contra Marinetti y el fascismo.

Marín del Campo polemiza con *Andrenio*, en defensa, ardida y amplia, de Taine, para quien recaba esencias geniales. Parece que el espíritu racionalista y analítico de *Andrenio* no es todo lo entusiasta que, según Marín del Campo, debiera ser, con relación al autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Pero, en realidad, Taine, ¿merece un Centenario como Ibsen, como Tolstoi? ¿Puede llamarse justamente igual de estos genios? Igual, no; «parigual», que es albarda sobre albarda, puesto que igual es par, y par es igual. Cada vez que lo leo, sobre todo en algunos escritores inteligentes—los currinches lo escriben todos—, siento ganas de protestar en nombre del sentido común...

CRISTÓBAL DE CASTRO



ELECCIÓN ACADÉMICA

EL DOCTOR RECASENS, PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

LA Real Academia de Medicina ha elegido presidente á D. Sebastián Recaséns. El decano de la Facultad de Madrid sigue teniendo «la confianza de sus compañeros».

No le ha faltado contrincante de talla, con personalidad científica, académica y literaria muy acentuada y, por añadidura, personalmente suprasimpático; pero *Don Sebas*, como le llamarán aun muchos académicos que fueron sus discípulos, es *Don Sebas*, y dondequiera que él esté...

Precisamente es la especialidad ó, por lo menos—no hay que olvidar la Ginecología ni la Obstetricia!—, una de las especialidades del doctor Recaséns: entrar en todas partes por la cabeza; tocólogo hasta en esos menesteres de la vida social, sabe que la presentación normal, la perfecta, es la de vértice, y entra por la cabeza en todas partes; así, llega á presidir la Academia, desde el sillón de académico raso, sin pasar por el escalafón de la Junta de Gobierno, y así llegó á decano, sin haber sido secretario de la Facultad, y á catedrático de la Central, por oposición directa, sin haber sido ni auxiliar, ni ayudante, ni jefe clínico, ni siquiera alumno interno..., siempre por la cabeza, como si (se fuese un propósito fundamental. ¡Obstetricia pura!

Por eso, sin duda, llegó á todos esos puestos con la más perfecta naturalidad: Recaséns ha podido ser de esa manera catedrático de la Central, decano de su Facultad y presidente de la Real Academia, sin que á nadie se le ocurra preguntar ¿por qué?; es decir, con el asenso general que implica el acierto de sus compañeros al elegirle. A Recaséns le han elegido siempre sus compañeros; son ellos los que le han proclamado cuando han tenido ocasión: *Primy inter pares*...

Ahora, por ejemplo, hubiese sido difícil llevar á la presidencia de la Academia un académico más académico, en todos los sentidos de la palabra: por su mayor asiduidad y eficacia en la labor y por ser más veces y en más lugares académico. Apenas si habrá en el mundo academia de su especialidad, si es que hay alguna, que no le cuente entre sus miembros, elegido en las más honrosas votaciones. Miembro de honor de la *Academia Ginecológica* y de la *Academia de Medicina* alemanas; miembro, con Cajal, por único compañero español, de la Academia de Medicina de París. Miembro único español de la Academia de Obstetricia y Ginecología francesa; de la Real Academia de Roma; de la Academia de Medicina de Budapest; de las Academias de Ciencias y de Medicina de Lisboa; de la Academia Médica Hispanoamericana, de Nueva York; de las Academias de Ciencias y de Medicina de Buenos Aires; de las Academias de Medicina de Montevideo, del Perú, de Chile y de Méjico; de la más importante de las Academias de Medicina belgas, y de algunas más. Recaséns ha batido el *record* de las medallas académicas; las tiene de todos los países cultos, y es que su renombre como ginecólogo es, desde hace muchos años, universal, y también en eso está á la cabeza.

Su labor asidua y eficaz en la Academia de Medicina es tal, que desde que eligió á Recaséns a Corporación no ha sentido la



DOCTOR RECASENS

Al ingresar en la Real Academia de Medicina

necesidad de elegir á ningún otro ginecólogo: con él le basta, y en los problemas con la Ginecología y la Obstetricia relacionados, la de Madrid no es inferior á ninguna de las Academias de Medicina del mundo.

No hay modo de enumerar aquí, en una silueta rápida, el cúmulo inmenso de comunicaciones, notas y dictámenes que Recaséns ha lle-

vado á la Real; en lo que ha sido más parco es en discursos rituales, de recepción, aparte el de su ingreso, que versó sobre *Tuberculosis genital*, y al que contestó D. José Ribera; como después de él no ha ingresado ningún ginecólogo, sólo ha hecho el de contestación al doctor Sloker, sobre «Peritoneo agudo».

Más activo en los trabajos puramente científicos, en su vida de académico hay tres momentos culminantes, los tres con un carácter clínico marcadísimo; dos sobre todo: la discusión de las primeras pubiotomías hechas en España, la presentación de los primeros casos de cáncer de matriz tratados por el radio y un discurso inaugural que tuvo por tema: «Fundamentos físicos de la radioterapia ginecológica y sus aplicaciones médicas», tan rico en doctrina como en datos de observación y de investigación directa. Un discurso de los que sería lógico llamar «de primera mano».

Los tres momentos fueron también culminantes para la Real Academia.

La discusión de las pubiotomías fué, sobre todo, trascendental, no sólo en el terreno científico, sino en el de vida de la Academia.

Antes que Recaséns nadie había hecho en España esa operación, y eran muchos los que opinaban que no debía hacerse; las pasiones se pusieron al rojo; intervinieron en la discusión los «ases» de la especialidad: Gutiérrez, Cospedal, Chacón, Cortejarena..., y el público mismo que discutía al terminar las sesiones más acaloradamente aún que los académicos, y llegó á ser tan numeroso que la mayor parte de él quedaba fuera del salón de sesiones un poco exiguo realmente.

El entusiasmo despertado por aquella discusión, en la que Recaséns logró un triunfo definitivo, demostró que el local de la Academia era ya insuficiente para la avidez de escuchar á los académicos sentida por el público médico, y á ello se debió la decisión de construir el magnífico edificio con el amplio salón público que ahora disfruta. Fué un triunfo extraacadémico...; pero á beneficio de la Academia.

El tratamiento del cáncer por el radio fué menos discutido; pero interesó tanto ó más.

Era en el curso de 1915 á 1916. En España entonces nadie más que Recaséns poseía radio, y ante los setenta y ocho casos de aplicación que ya en aquella fecha pudo presentar, los académicos enmudecieron; era un tema de los concretos que no se prestan á elucubraciones y menos á fantasías; pero que fijó una época en la medicina española, y la Academia tuvo para él tanto público que estuvo también á punto de resultar insuficiente el nuevo local. El tema, además, era muy ampliamente informativo, porque Recaséns le había rotulado: «Estado actual del tratamiento del cáncer mediante el radio», y en su exposición respondió totalmente al enunciado, haciendo una exposición completísima y, naturalmente, muy documentada. De esos trabajos, aunque todos los demás hayan contribuido al mismo fin, ha resultado la máxima autoridad académica del Sr. Recaséns, y con ella el mayor mérito para que nadie pueda poner en duda que al llegar á la presidencia es presidente por derecho propio.



DOCTOR RECASENS

Al ser elegido presidente de la Real Academia de Medicina

(Fots. Pedro)



El «Vittoriale», refugio de D'Annunzio, en este epí-

logo de su vida que semeja el prólogo de su muerte

D'Annunzio, La Joconda» y la Muerte

PRISIONERO vo'untario de su *Vittoriale*, que se mira en el espejo del lago desde lo alto de la colina de Gardone, y que, vuelta la espalda al inmediato pueblo, se enfrenta con el monte Baldo y con la Isola-Garda, en afán de altura y de infinito, el príncipe de Monte Nevoso, legionario del aire cuando el cielo era campo de batalla, capitán de los *arditi* de Fiume, y antes de eso y mejor que eso, Príncipe de las Letras, Caudillo de las Ideas y Señor de todos los Amores—Gabriel D'Annunzio, en suma—, recuerda su vida y contempla su muerte reclinado en fatiga y en quietud sobre el umbral del Enigma...

Hasta ayer, D'Annunzio se creyó joven todavía; y lo era, con la juventud de su espíritu de luchador y de su corazón de poeta: fuerza que vestía la ruina del cuerpo sexagenario con luz de alma, como con un disfraz espectral... Pero ayer D'Annunzio estuvo próximo a morir, y su regreso a la existencia fué difícil... Súbitamente, el vencedor de todas las contiendas se sintió vencido... Y a la vuelta de un largo camino, siempre florecido de inmarcesibles rosas, senda de ilusión donde nada es todo, el peregrino se halló



Un reciente retrato de Gabriel D'Annunzio

ante el desierto de hielo donde todo es nada...

Así, al tornar difícilmente hacia la vida, este devoto contemplador de la Belleza ha traído, en las pupilas extáticas de desolación, la visión postrera del punto en que hallan término y se aniquilan todas las bellezas de la Tierra... Esa imagen, esa terrible imagen que atormentó los insomnios de Tolstoi, esa terrible imagen que a tantos pecadores convirtió en penitentes, desvela también a D'Annunzio y le hace buscar, para su consuelo, la inefable dulzura del silencio y de la soledad...

Ya no se rodea de aquella falange ruidosa, trepidante y juvenil que era su guardia de honor...

Ya no aparece, entre las mujeres, con el prestigio místico del amado para quien es la pura llama ideal que flamea en lo alto, muy sobre las ascuas de la carne encendida en voluptuosidad... Ya no es sino un convaleciente a quien cuidan tres criados: un eremita refugiado entre los muros del *Vittoriale* para olvidar los días y las horas, en un renunciamiento a todo lo que la vida tiene de convencional... Los servidores de D'Annunzio, y su *chauffeur*, y su arquitecto, y el policía que vela por su seguridad, no saben jamás en qué momento el gran solitario ha de necesitarlos... A veces duerme durante toda una jornada, y se levanta a media noche, y almuerza, y pasea en automóvil por los caminos ó en *moto-scaf*

por el lago, hasta las luces del alba... En otras ocasiones, y a la hora en que todo reposa, llama a sus gentes, hace iluminar la casa y el jardín, y confía al cañón del *Vittoriale* el cuidado de celebrar, con sus salvas, un misterioso aniversario... En las habitaciones de la «villa» y en los paseos del parque, D'Annunzio acumula tesoros del Arte y recuerdos de la Historia; y entre esos testigos de lo que fueron su Emoción y su Acción, el poeta-soldado revive su existencia en constante diálogo con los fantasmas del pasado... Tales fantasmas son dueños de su voluntad, en este epílogo de la vida que parece prólogo de la muerte... Estos fantasmas llevan al poeta, camino de la montaña ó del lago, en las tinieblas; y le obligan a dejar el lecho para recorrer las sendas del jardín con una antorcha en la diestra; y le dictan la orden que hace tronar el cañón del *Vittoriale* a la hora en que todo descansa en el valle...



«La Joconda»,
¿estuvo
realmente
en poder de
D'Annunzio
cuando fué
robada
del Museo
del Louvre
por aquel
«sublime
ladrón»
del que habla
el poeta en su
último libro?
Y durante
la larga con-
templación
del cuadro,
en «specula-
ción metafí-
sica», llegó
D'Annunzio,
como dice,
á odiar las
«blandas ma-
nos» de
Monna Lisa

D'Annunzio, en el balcón de su casa de Cardone, sonríe al belísimo paisaje y ve proyectarse en él las figuras que han de renacer en «El libro de la memoria»



A los visitantes que le preguntan acerca de su labor actual, D'Annunzio responde: —Trabajo en mi obra máxima...

¿Cuál es esa obra que en la intención del poeta ha de superar en grandeza á la propia *Ciudad Muerta*, que aún era demasiado grande para Eleonora Duse y para Sarah Bernhardt?... Nadie lo sabe... Tal vez no tenga nunca realidad y su secreto quede, con la sombra del Solitario, entre los muros y los fantasmas del *Vittoriale*... Por ahora, D'Annunzio acaba de publicar el segundo tomo de su *Libro de la memoria*, cuyo primer volumen apareció hace cuatro años... Diríase que este plazo entero fué empleado en limar, en pulir, en cincelar el estilo de estas páginas, en las que los recuerdos son tan sólo pretexto para revelar el «misterio adorable de la palabra»...

Habla D'Annunzio de su padre, corpulento y sanguíneo, que alzaba al hijo sobre sus rodillas, le contemplaba «como artista que observa su obra» y exclamaba: —¡Gabriel!... ¡Gabriel!..., en invocación angustiosa del destino... Habla de su adolescencia, de su juventud, y recuerda su emoción cuando vió las galeradas de sus primeros poemas entre las manos de Carducci, quien las leía con interés, ante la mesa del editor Sommaruga... Y llegando á los años recientes de su «vivir inimitable», D'Annunzio escribe este párrafo inquietante:

«Recuerdo que cuando el sublime ladrón raptor de *La Joconda* llevó á mi refugio de las Landas el cuadro, envuelto en una vieja manta de caballo, sentí, al descubrirle, que las manos blandas de *Monna Lisa* me producían aversión. Esa aversión fué creciendo á medida que pasaban los días, durante los cuales me fué necesario contemplar constantemente el retrato, en virtud de la especulación metafísica que el ladrón me había propuesto.»

¿Dice verdad el poeta, ó sueña y quiere hacernos soñar?... ¿Estuvo en su poder el célebre cuadro, durante su ausencia del Louvre, ó sólo es tal anécdota un medio de *réclame*, elegido para esta ocasión por un D'Annunzio enfermo y casi inválido, no capaz ya de repetir aquella hazaña de 1924?... cuando, al aparecer el primer tomo del *Libro de la memoria*, el eremita del *Vittoriale* fué, por un día, pasajero de su antiguo avión de combate, y volando sobre su tierra natal arrojó desde el cielo los mil ejemplares de aquel mensaje que era «su corazón dividido en mil fragmentos esparcidos sobre toda la tierra de los Abruzos»...?

D'Annunzio dedica su nuevo libro á Eleonora Duse, «la que durante el destierro de su vida fué luz de lámpara y resplandor de hoguera»... D'Annunzio ha puesto este recuerdo sobre los recuerdos, como en un altar que domina el dintel bajo el cual, reclinado en fatiga y en quietud sobre los umbrales del Enigma, el Príncipe de las Letras, Caudillo de las Ideas y Señor de todos los Amores, contempla su vida y su muerte: el camino florecido de inmarcesibles rosas, senda de ilusión donde nada es todo, y al término del cual está el desierto de hielo donde todo es nada...

MAX BLAY

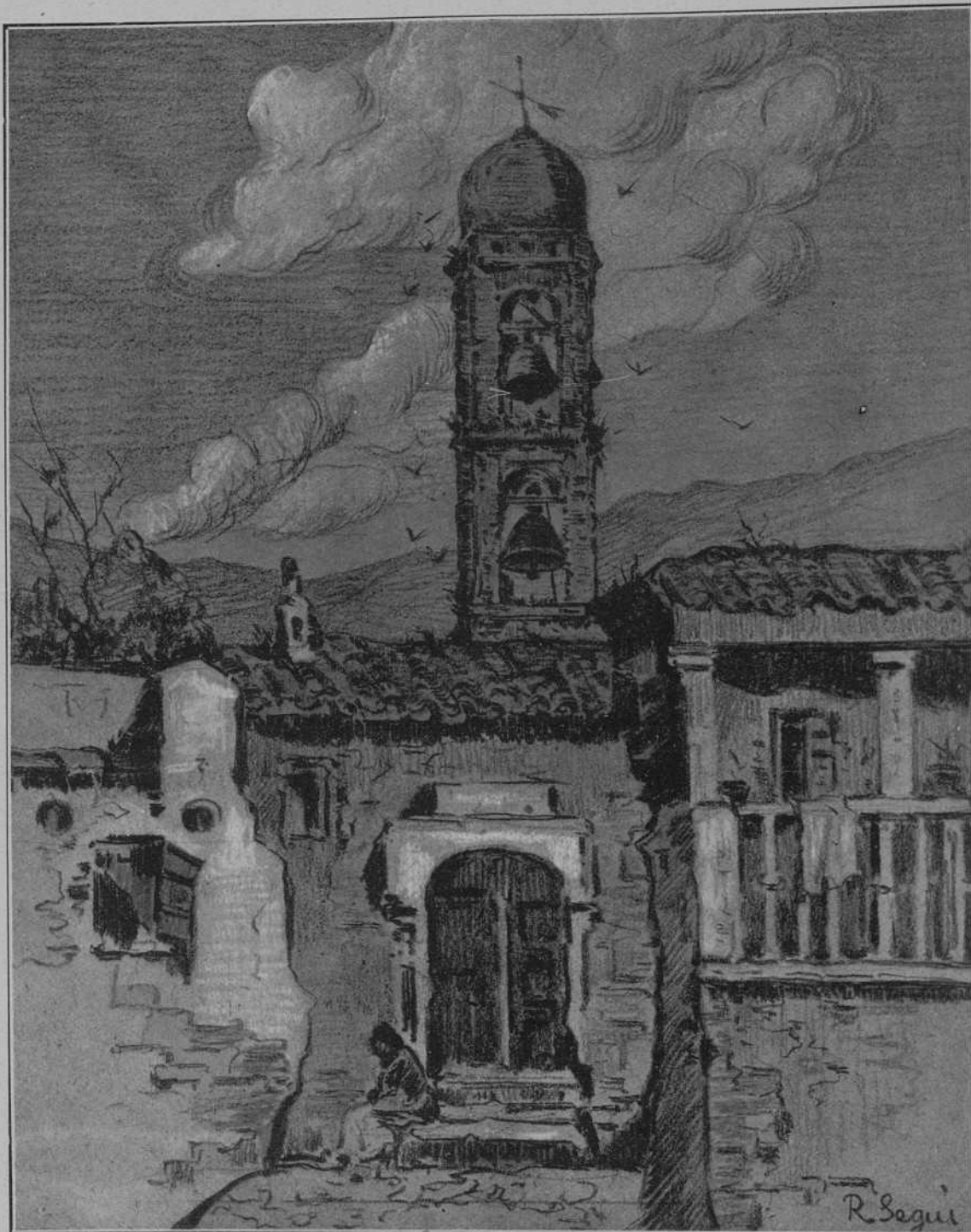


UN RETRATO DE D'ANNUNZIO EN EL OCASO DE SU JUVENTUD
HACE QUINCE AÑOS

D'Annunzio, sin embargo, continúa siendo espiritualmente joven; se ha dado cuenta ya de que la vida tiene un término, pero revive sus recuerdos



L A S C A M P A N A S



Las campanas de mi pueblo
son de aleación tan rara,
que, aunque de bronce vestidas,
tienen adornos de plata.
Plata y oro confundidos
en el bronce de sus faldas,
cada sonido responde
á una situación del alma.
Cuando hay que tocar á gloria
suena el oro; si hace falta
que toquen á nupcias, suena
con voz alegre la plata;
y si á muerte, clamorean
sus tristes lenguas metálicas,
que en son de hierro ó de bronce,
como el dolor que no acaba,
parece que entre la lluvia,
como una voz entre lágrimas,

dan la despedida eterna
á los que del mundo marchan.
¡Ay, campanas, campanitas
que sonáis en la alborada
cuando las mieses ondulan
besando al viento que pasa;
las que con triste tañido
sonáis cuando el día acaba;
las que en lúgubre concierto
doblaréis por mí mañana;
las que tenéis tres metales
distintos, porque en las llamas
de un gran horno, cierto día
echó todo el pueblo en masa
sus ahorros, sus preseas,
para que en él se mezclaran
desde la cruz del rosario
hasta la cruz de la espada!

Cuando sonáis, repercute
vuestra voz á gran distancia,
y os oigo desde tan lejos
porque mis oídos guardan
una vibración intensa
y dulce, que no se apaga.
¡Ay, campanas, campanitas
de mi pueblo! ¡Mis campanas!
No hay otras que os aventajen,
porque á las otras les falta
la plata, el oro y el cobre
que tenéis en abundancia
y que pródigo os dió un pueblo
que reza, ríe y trabaja.
Dejaos que á vuelo os echen,
que vuestras notas aladas
traspongan las recias cumbres
de las agrestes montañas.

Dad alegría á los campos
cuando sus cálices abran
las rosas y los claveles
que mil aromas exhalan.
Unase á vuestros clamores
los trinos de la calandria,
del ruiseñor los arpegios
y las voces aflautadas
de los músicos aligeros
que en cuanto despiertan, cantan,
y ese gran conjunto sea
un himno al sol, una cántiga
al día, y una sentida
y fervorosa plegaria
á Dios, que dió vida al caos,
fecundidad á la nada.

GONZALO CANTO
(Dibujo de Seguí)

LAS VIEJAS CIUDADES DE CASTILLA



Burgos es como un airón en el arte y la historia de España. ¿Cuántas páginas españolas están unidas a la vieja ciudad castellana, arca de virtudes gloriosas y sagrario de reliquias románticas? Todo en Burgos tiene un latido emocionado, bajo la noble serenidad del cielo de Castilla. Plazas, callejas, rincones, guardan palpitaciones de la vieja alma de España, misteriosamente conservada entre las piedras antañonas de la ciudad. Ved aquí, evocado certeramente por el lápiz diestro de Agustín Aguirre, un admirable rincón burgalés: un detalle del Ayuntamiento, en la bellísima Plaza Mayor de la ciudad castellana. Una noble sobriedad, un empaje que es todo un reflejo del espíritu de Castilla, caracterizan este Ayuntamiento de la ciudad romántica y gloriosa.

(Dibujo de Aguirre)

UNA OBRA NACIONAL

La Quinta Covadonga en el Monte Naranco



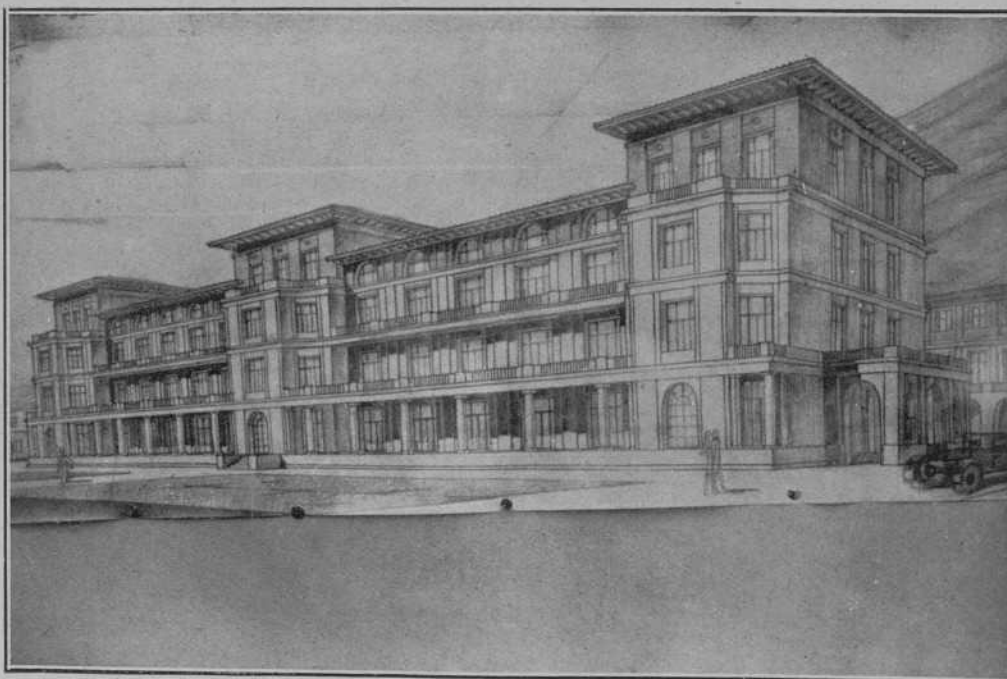
Panorama general del Monte Naranco, en que está enclavada la Quinta Covadonga

Pocos días hace, con motivo de una visita hecha por D. Nicanor Fernández, secretario del Centro Asturiano, de La Habana, á las delegaciones de esta Sociedad en los Estados Unidos, prorrumpía la prensa de Nueva York en asombrado coro de alabanzas. ¿Sabe el lector—decía uno de aquellos periódicos—que este Centro Asturiano de La Habana tiene un presupuesto anual de más de un millón de dólares? Muchos lectores yanquis conocían, si no el hecho concreto de la cifra de ese presupuesto, la pujanza, la grandeza, la admirable organización, la concepción grandiosa de ese Centro Asturiano, que tiene por sede hoy el más bello palacio de La Habana y, acaso, el más bello de toda la América española. Cada día desembarca en los muelles de la capital cubana una legión de turistas yanquis, y aunque no los guía un espíritu de arte y un afán de indagaciones culturales, sino el deseo de gozar una libertad de costumbres vedada en la tierra norteamericana, entretienen sus ocios entre comida y cena, y entre la hora del aperitivo y la del baile, recorriendo la be-

lla ciudad antillana. Desgraciadamente, no dejó la civilización española en la colonia que perduró más tiempo en su dominio, monumentos que asombren ó entusiasmen al viajero de mediana cultura. Al turista yanqui le llevan los guías de los hoteles en una peregrinación doliente por una calle de la Amargura, donde el nombre de España cae tres veces, como Cristo bajo la pesadumbre de la Cruz:

aquí, frente á la trágica «Cabaña», y frente a trágico «Morro», el templete alzado en memoria de los estudiantes, casi niños, fusilados el 28 de Noviembre de 1871; más allá, siguiendo la orilla del mar, el soberbio monumento alzado á Maceo, el titán de bronce, ante el que un cerco de viejos cañones españoles abaten sus bocas, corroidas de moho y orín; y, finalmente, en el extremo del ensanche marítimo, el monumento grandioso evocador de la catástrofe del Maine...

Como en una resurrección, el turista, así impresionado, llega al Centro Asturiano donde se evoca y testimonia una España bien distinta y diferente de la que se le cuenta en esa leyenda negra de torpezas, errores é incapacidades de su Estado. El Centro Asturiano, como su hermano el Centro Gallego, no es sólo una sociedad con sesenta mil socios; no es sólo un espléndido casino lleno de comodidades y refinamientos; no es sólo un soberbio palacio todo mármoles y jaspe y azulejería y roble y cedro y vidriería de colores y hierros forjados y cueros repujados con arte español por manos españolas; no es sólo, finalmente, una



Uno de los magníficos pabellones de la Quinta Covadonga

sociedad benéfica y una caja de ahorros, sino una obra política de la más clara y firme trascendencia.

El turista yanqui advierte que el palacio todo mármoles es otra España distinta de la que se le hiciera imaginar; hay allí no sólo salas de recreo, sino bibliotecas y escuelas de niños y de niñas, guiados por una pedagogía española, que en lo posible es un dique opuesto á aquella implacable fatalidad que definió Martí, el glorioso Martí—éste sí que es un titán de nuestra estirpe—diciendo que «al español emigrado, el hijo le nace criollo». A esta afirmación de españolidad, á esta continuación de la misión colombina, se une la obra de misericordia que realiza la Quinta Covadonga... La Quinta Covadonga es el más grandioso, el más moderno, el más perfecto sanatorio del mundo; leisteis bien, de todo el mundo. Como una residencia de virreyes, con numerosos edificios, con amplias avenidas bordeadas de palmeras, con deleitosos jardines, con bosquecillos y praderas, semeja una ciudad-refugio de los agotados y heridos en la dura lucha de la vida. La Naturaleza puso allí cuanto tiene de bella en la región tropical, y la Ciencia puso cuanto sabe para amenguar el dolor y disputar la carne humana á la muerte. Una cohorte de médicos, legiones de enfermeras y practicantes asisten día y noche á los enfermos. En las salas de operaciones se posee el instrumental más perfecto y se practican los métodos que imaginan los más gloriosos experimentadores. Especialistas que realizan frecuentemente excursiones de estudio en los Estados Unidos, en Alemania, en Inglaterra y en Francia, llevan á las salas de la Quinta Covadonga cuanto la Ciencia adelanta y cuanto descubre, y allí mismo se le da notorio impulso.

Gime, sin embargo, en la Quinta Covadonga un callado y resignado dolor para el que la Ciencia no ha encontrado remedio ni paliativo siquiera: el dolor de la ausencia, el recuerdo tor-

turante de la tierra natal, que en los enfermos se exagera y agudiza hasta consumirlos y matarlos, más que la misma dolencia. Y estos hombres admirables que rigen ahora el Centro Asturiano, José Simón Corral y Nicanor Fernández, con sus compañeros de Directiva, encontraron remedio á este dolor, ante el que cruzaban los brazos los médicos más sabios del sanatorio habanero.

El remedio consiste en construir nuevos pabellones, nuevos palacios de la Quinta Covadonga, no en La Habana, sino en la propia Asturias. Para el dolor de ausencia no hay otra cura sino regresar á la patria; la cura será definitiva, porque el enfermo no regresará al hogar pobre que abandonara cuando emigró, ó al acogimiento hospitalario del Estado, sino á su propia casa fraternal.

Como si la Providencia, ó la conmovión geológica que lo creara, hubiera dado al monte Naranco este fin definitivo, se ha encontrado este lugar singularísimo. Se alzan y extienden estas lomas suaves del Naranco frente á la ciudad de Oviedo, que se extiende en su valle, y desde sus cumbres se divisan las cumbres y declives del resto de Asturias. Los enfermos que regresen de

Diligente beneficencia, hermosa caridad, ciencia modernísima, milagro vivo del espíritu de asociación y de la abnegación de aquella Junta directiva habanera... Hay algo más importante. Entre los sesenta mil socios de aquel Centro Asturiano, muchos millares no son asturianos, ni hijos de asturianos; son cubanos. Cubanos acogidos, recibidos fraternalmente en la casa solariega que allí alzaron los emigrados astures. Ya allí, á pesar de la calle de la Amargura, que recorren los turistas yanquis con notorio regocijo, esta obra de hermanamiento, de comprensión mutua, de rectificación de versiones y prejuicios, es la más importante labor, la labor política, la labor nacional, que realiza el Centro Asturiano. Imaginad, cuando los cubanos, que allí tienen por su casa el palacio todo mármoles y jaspes, vengan á convalecer en la Quinta Covadonga del monte Naranco, durante el apacible verano astur, bajo el clemente sol que no quema la piel ni deslumbra los ojos, extendiéndose ante sus miradas atónitas las cumbres coronadas de nieves, los sinuosos valles, las verdes praderas, los bosques umbríos, los floridos jardines...

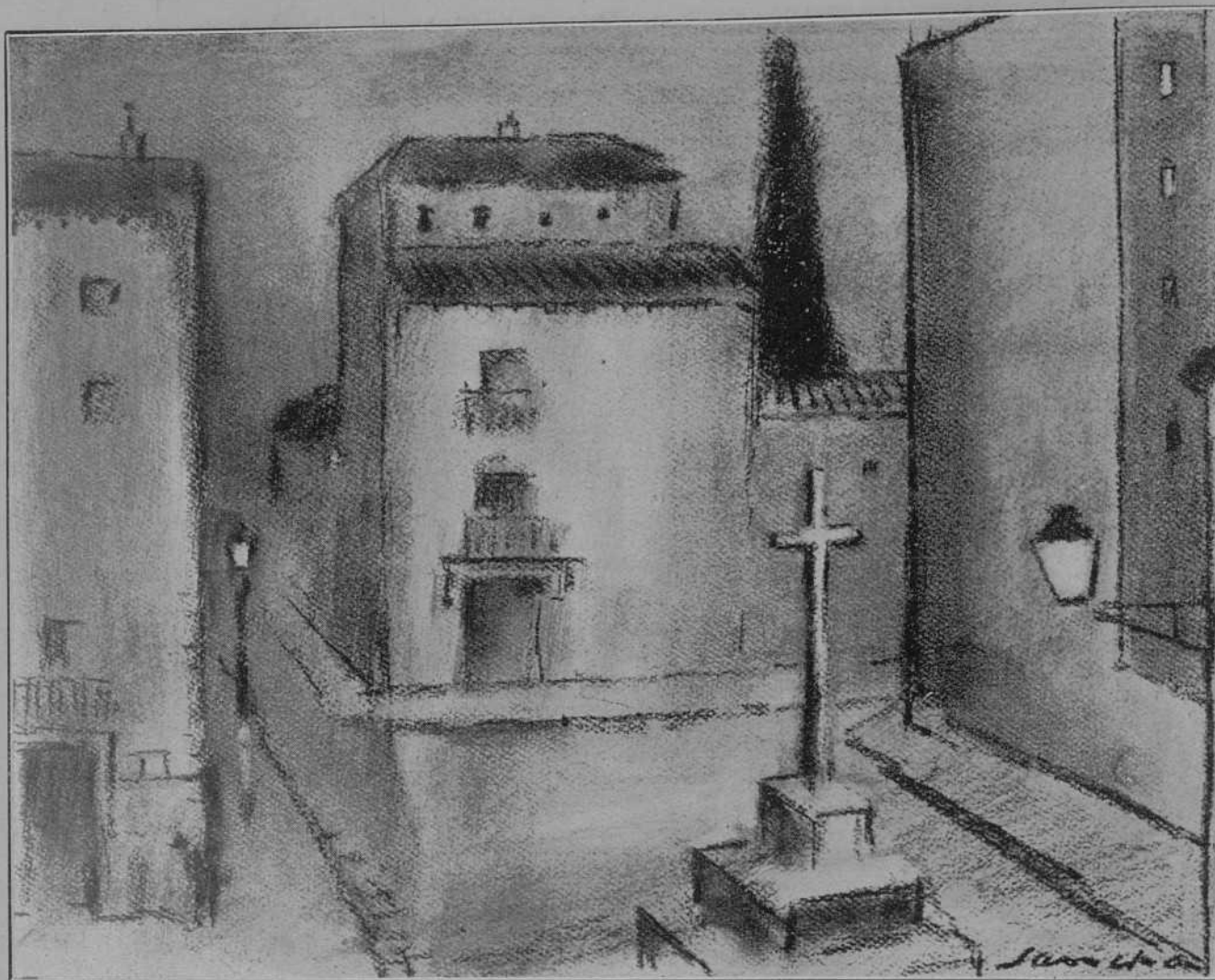
DIONISIO PEREZ



Colocación de la primera piedra del Pabellón Manuel Valle, que para la Quinta Covadonga ha donado la Excm. Sra. Doña Concepción Heres



Vista general de la Quinta Covadonga, según proyecto del arquitecto Vidal Sáiz Heres



CANCIONES DE LA CALLE

LA ENCRUCIJADA DE LA CRUZ VERDE

Vieja plaza sombría. A lo lejos se ve
un ciprés monacal que en el cielo se pierde.
Fué antaño quemadero de los autos de fe:
por cada ajusticiado se alzaba una cruz verde.
En la noche del sábado, en las encrucijadas,
danzan las brujas negras de la superstición,
y á compás de las doce campanadas
cantan un salmo de alucinación.
Van á la misa negra. El viento habla de hechizos
y de fascinaciones en la obscura calleja;
hora de sortilegios, hora de bebedizos
en que aúllan los perros y grazna la corneja.

Rinconada propicia para las estocadas;
rejas abiertas siempre á los amores;
holgorio de galanes y tapadas;
suplicio de engañados é infierno de tutores.
En esta plaza lúgubre, preñada de delirios
de Inquisición, soñamos con un pavor profundo,
con siniestras corazas y con mortuorios cirios

y en la faz amarilla de Don Carlos Segundo.
Al cruzar por la noche, nos inquieta
un soplo helado de superstición,
pues parece que aún flota sobre la plazoleta
la sombra de la Santa Inquisición.

Estas piedras vetustas, estos amplios portones,
las rejas herrumbrosas, los cerrados portones
y el laberinto de la encrucijada,
son un jirón del tiempo de la capa y la espada.
Pasó el tiempo romántico de bizarra contienda;
todo duerme en un grave encantamiento;
las piedras viejas dicen con su voz de leyenda
cosas que sólo entiende el sentimiento.
En la plaza sombría de la hoguera
y de las cruces de la Inquisición,
hoy pone una sonrisa de luz la primavera
y la nota florida de un balcón.

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Sancha)

JEAN COCTEAU Y SU «ORFEO» OTRA VEZ

Poco tiempo después del estreno de *La prisonnière*, que reveló a Eduardo Bourdet de súbito, y que fué el éxito teatral de aquella temporada, se puso por vez primera en escena el *Orfeo*, de Jean Cocteau, ya en las postrimerías de la *season* teatral parisina.

Esta obra fué pronto traducida á todos los idiomas, y entre ellos al español. *La Revista de Occidente*, vivaz y despierto vigía teatral, la publicó antes de dar á conocer *L'homme et ses fantômes*, de Lenormand. Ahora, Cipriano de Rivas Cherif la pone otra vez ante la generalidad, en su teatro de arte, donde ha de dar á conocer otras como ésta, interesantes piezas dramáticas que también tiene anunciadas.

Jean Cocteau es, literariamente, un tipo interesante y representativo. Cuenta poco más de cuarenta años; de modo que ya no es joven, según los jóvenes de hoy; pero está perfectamente situado y consolidado entre la más audaz vanguardia literaria.

Su acometividad, su iconoclastismo, es violento, duro, y muchas veces injusto. En ocasiones adquirió formas grotescas; acaso un cómico aspecto de irreverencia ridícula; y tras una veleidad que señala su poca formalidad espiritual.

Su blanco más sufrido ha sido Maurice Barrés. Primeramente en el volumen de su serie *La noche massacrée (Souvenirs)*, y luego en aquel célebre «proceso» en el que Cocteau y los dadaístas acusaron al autor de *Du sang, de la volupté et de la mort* de un crimen contra la seguridad del espíritu, le ha censurado crudamente. En la revista *Littérature* se publicó una amplia reseña de aquel pintoresco juicio simulado, con sus presidente, asesores, acusador público, defensores, testigos y Jurado popular y todo... Farsa divertida, que quería ser demoledora y terrible y que resultó de una ingenua infantilidad intrascendente.

Cocteau ha llevado una vida literaria á la inversa de la mayoría de los escritores, que empiezan en plan revolucionario y acaban siendo conservadores y académicos. Jean Cocteau tuvo unos razonables y ortodoxos principios reaccionarios; recordemos sus primeras obras *La danse de Sophocle* y *Le Prince frivole* y sus versos recitados por el actor De Max.

Pero después hizo «un viraje hacia la izquierda», como él dice, y se dió la mano con Picasso, con Apollinaire, y cayó en el cubo...

Le Potomak, obra primera de esta modalidad, es un animal anfibio, que él cree descubrir en un acuario de la Magdalena; que come manus ritos y guantes, y está rodeado de *eugenes*, microbios también imaginarios. Obra desigual, desvertebrada, en donde lo frívolo y lo metafísico se dan casi á un tiempo, en forma insospechada y chocante, es de lo más característico de él. Por que esa



Felipe Lluch, Rivas Cheriff, Antonio Ramón Algorta, Eusebio de Gorbea y Magda Donato, principales intérpretes del «Orfeo» de Cocteau

desigualdad cierta es general en toda su obra. No puede negársele vivacidad, ingenio sagaz, juicios, á las veces, atinados; certera visión, y ciertas sutilezas admirables, muchas veces henchidas de intención; de mala intención; pero carece de unidad siempre.

Luego publicó *Le Cap de Bonne Esperance*, dedicado al aviador Garros (1919); *Poesies* y otros de crítica, y luego dos volúmenes de poemas—donde inicia en un maravilloso salto de flin-flan, un retorno hacia lo clásico, hacia sus orígenes literarios, cuando era amigo de Catulle Mendez y Rostand—, *Vocabulaire* y *PlainChant*, anticubistas.

No se puede decir, tal vez no se pueda decir nunca, cuál es la última modalidad de Cocteau. Agil, vivo, cambiante, lo que hoy defiende, tal vez mañana sea lo que más censure, ó en lo que venga á caer y practicar...

El teatro le ha seducido siempre. En sus principios y ahora. Unas veces solo, y otras acompañado. Unas veces colaborando y otras refundiendo; así resulta *Antígona*, por ejemplo, estrenada en el Theatre Royal de la Monnaie, de Bruselas, donde tuvo un éxito excepcional, mu-

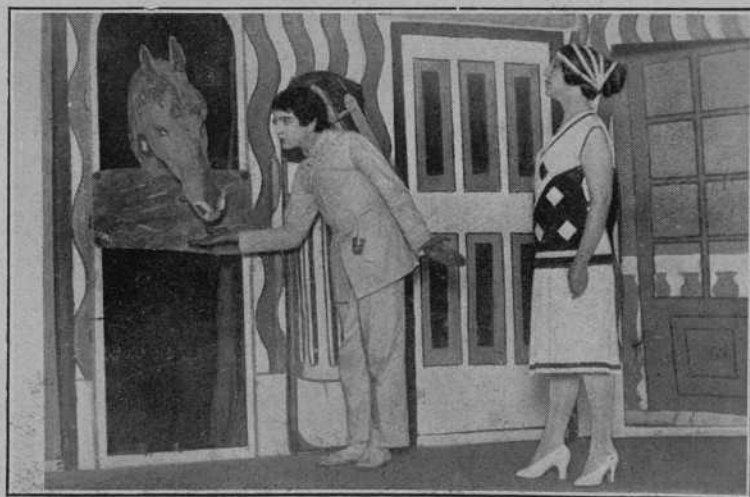
contribuyó la música que unía los entreactos.

También arregló libremente *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, y unido unas veces á Satie y Picasso, como en *Parade*, conocida en Madrid por haber sido representada en el Real por la Compañía de Diaghilev; á Auric y Milhaud en *Le boeuf sur le toit*; á Stravinsky en *Le sacre du printemps* y á todos los «six» Darius Milhaud, Francis Poulenc, Georges Auric, mademoiselle Germaine Tailleferre, Louis Durey y Arthur Honneger, en *Les mariés de la Tour Eiffel*, ha intentado la renovación teatral buscando á las veces en la música una ruta posible para ello; ruta nada nueva, ya que se remonta á los tiempos primeros del teatro griego...

Cocteau, inconsecuente, veleidoso, informal, lanzador de jovencitos impúdicos, es, desde luego, «muy antiguo y muy moderno». Su forma teatral preferida es la pantomima y el *allet*, todo muy de hoy y muy de ayer; y cuando hace una comedia como *Orfeo* es para dignificar el juego escénico y hacer una nueva poética teatral, acaso demasiado actual. Tanto, que parece más que de hoy de mañana... De un mañana lejano, acaso imposible.

Orfeo le define y concreta teatralmente. Fué representado en el teatro de las Artes de París, en 1926, por los Pitoeff, y resultó una pieza desconcertante y absurda para muchos. Para Cocteau, Orfeo es un poeta que viste pijama y que está casado. El diablo tentador es un caballo que hace versos con los pies, y el ángel que protege su mujer es un vidriero; un cirujano es la muerte—como Azorín en su *Doctor Death, de 3 á 5*—; pero aquí, que entra y sale por un espejo...

No puede negarse que hay escenas conseguidas, y, desde luego, en toda ella campea ese espíritu zumbón, esa intención wildeana, ese ingenio preciso, exacto y mordaz que caracteriza toda su labor, un poco envenenada, mas no ponzoñosa. ¡Pero tampoco inofensiva!...



Una escena de la tragedia de Jean Cocteau, traducida admirablemente por Corpus Barga y estrenada en la Sala Rex (Fots. Contreras)

La obra de un pintor español en el Museo Bolivariano de Lima



«La batalla de Ayacucho», pintura original de Vila Prades

SE nota, afortunadamente, en nuestra época un resurgimiento de la pintura mural, de las grandes interpretaciones con propósito decorativo-simbólico ó á la manera de síntesis históricas que revelan á los hombres de hoy las hazañas y episodios históricos de su país y de su raza.

El cotidianismo realista, el desdén por la anécdota que caracterizó la pintura de fines del XIX como una reacción contra los temas y tendencias anteriores, habían alejado del criterio y de la sensibilidad de los artistas ese importante aspecto del arte.

Ahora retorna, como una justificación de lo que Alexander Heilmeyer define por arte, ó sea comunicación de la vida espiritual de hombre á hombre.

«Una coronación regia —dice Heilmeyer— reproducida por fotografías, aparece desprovista patente reciente, bajo cualquier aspecto que se la considere, de todo interés estético. A lo sumo, únicamente puede tomarse en cuenta en tal caso la curiosidad. ¡Qué distinto si un artista de jugosa rea-



lidad como Menzel nos proporciona un cuadro en el que se representa la coronación de Guillermo II en Koenigsberg!

Estas palabras del autor de *La Escultura Moderna y contemporánea* acuden ahora á nuestra memoria.

Ya en otra ocasión nos hemos ocupado de las obras realizadas por el ilustre pintor español Julio Vila Prades con destino al Museo Bolivariano de Lima, y por encargo expreso del Gobierno peruano.

Se elogió entonces, como era justo, la valentía y arrogancia de la titulada *Commemoración de la batalla de Ayacucho*, la riqueza cromática y el escrupuloso cuidado en los menores detalles históricos.

Estas monumentales pinturas se exponen desde hace un año al público en diversas salas, donde se instaló un diorama evocador de la epopeya americana.

Reproducimos hoy los bocetos de las nuevas composiciones, donde el notable artista reproduce con singular fantasía el momento culminante de la Batalla de Ayacucho y uno de sus episodios.—S. L.

BELLEZAS DE LOS
PAISES HISPANO-
AMERICANOS

LUGAR preferido por los primitivos colonizadores españoles, Quito merecía esa preferencia, y los nombres de *Vergel de las Indias* y de *Semper viri* 'is con que en aquella época fué ya conocido. De clima grato, aunque diverso, en las dos partes, alta y baja de la ciudad, colocada en la meseta andina, tan misteriosamente situada, que es necesario estar casi en ella misma para divisarla, ha sido comparada con una taza, de que el fondo sería la ciudad propiamente dicha, el conjunto principal de las edificaciones, y las paredes estarían constituídas por las estribaciones del Pichincha, con espléndida vegetación siempre verde, formando en torno bellos anfiteatros.

Aún tuvo Quito otro nombre, debido también á su situación privilegiada; desde las cumbres en que está asentada se divisan nueve grandes macizos montañosos: Cayambe, Antisana, Cotocachi, Mojanda, Cotopaxí, Sincholagua, Corazón, Illinisa y el Pichincha mismo; por eso los indios denominaron á Quito *el ombligo del mundo*.



Vista exterior del famoso templo de San Francisco, de Quito

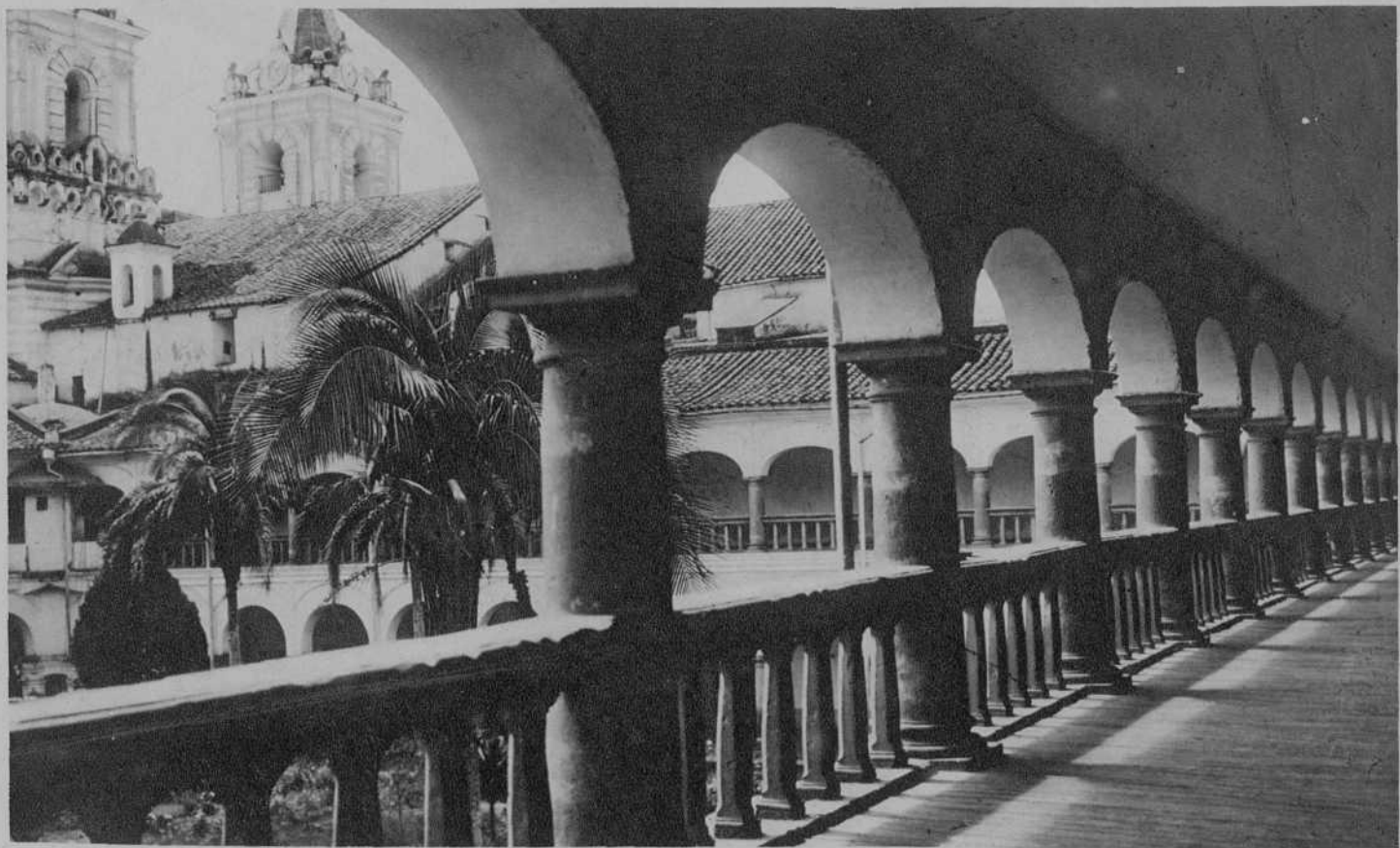
Los templos
antiguos
de Quito

En Quito aún, y no obstante las reformas que van alzando una ciudad moderna, todo habla aún de España y de la civilización colonizadora de los primeros españoles, que se impuso á los indios con tanta mayor fuerza y rapidez cuanto la belleza y placidez climática de aquellos lugares hizo que fuesen poblados más rápida y abundantemente.

Es aún una población abigarrada con barrios muy diversos, que hacen al conjunto de la ciudad extraordinariamente pintoresco.

Cada barrio viene á ser como un estrato distinto, que los diversos momentos históricos de la ciudad han ido superponiendo y que perduran visibles simultáneamente.

Hay barrios, enteramente arcaicos, con callejuelas estrechas, tortuosas y con desniveles forzosos, porque la ciudad fué alzada sobre terreno muy quebrado. Las construcciones en esas calles son del viejo tipo: sobre cimientos de piedra se alzan muros de ladrillo ó de adobes cubiertos



Claustro alto del Convento de San Francisco

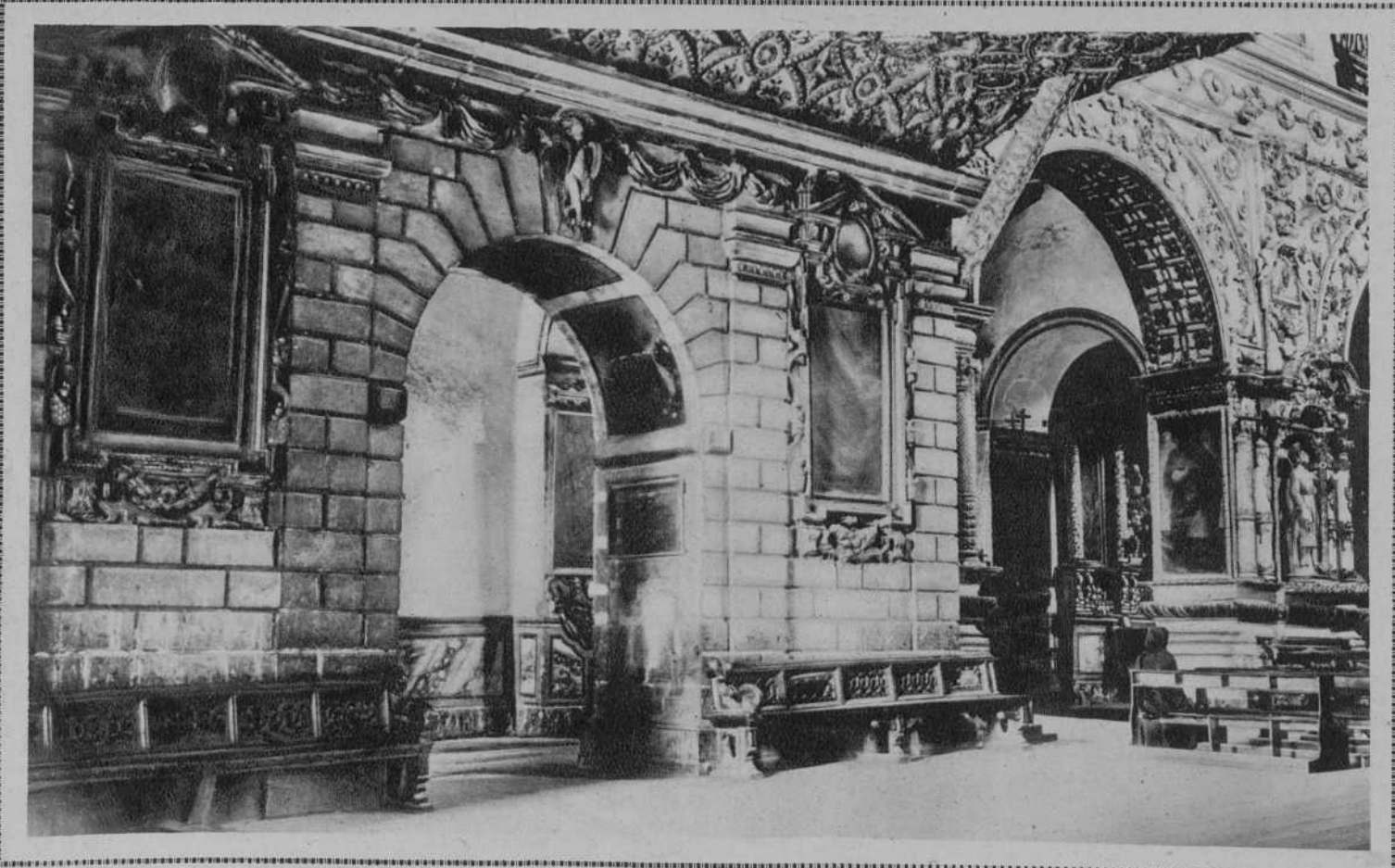




Interior del maravilloso templo de San Francisco, de Quito



El famoso coro de San Francisco, en Quito



Arcos de piedra del templo de San Francisco



Vista de las gradas de San Francisco, de Quito. Al fondo, se recortan las cúpulas de la iglesia de la Compañía de Jesús

por teja española, y sólo excepcionalmente por hierro galvanizado.

Otros, en cambio, dan á la ciudad un aspecto absolutamente moderno, con calles de más de veinticinco metros de anchura y construcciones modernísimas de tipo cosmopolita ya y totalmente de piedra, que hacen violento contraste con el barrio morisco, con sus casas, pocas veces de más de dos pisos, y sus tejados morunos, muy gallardamente proyectados sobre las aceras.

Las construcciones se acumulan en las colinas, constituyendo barrios sucesivos de grata belleza: el de San Juan, en la vertiente septentrional del mismo nombre; el de la Tola, cuyas casas se agrupan en torno de la Escuela salesiana de Artes y Oficios; el de Calderón, con sus casitas de obreros; el de la parroquia de Benalcázar, que antes era rural, y la ciudad, creciendo y creciendo, ha convertido en urbano. La plaza de la Independencia, Plaza Mayor de Quito, es el centro social de la ciudad, y está rodeada de magnos edificios: la Catedral, muy típica por su amplia terraza, pero muy inferior en belleza artística á otros templos de la ciudad; el Palacio Nacional, ó Palacio del Gobierno, resto aún del período colonial, que fué construído en la primera mitad del siglo XVIII por el presidente Alcedo, y es un amplio edificio de dos plantas, con un bello peristilo, y el palacio del arzobispo. En el centro de la plaza se alza uno de los monumentos más hermosos de la América del Sur.

Son también edificios modernos interesantes: la Universidad, la Escuela Militar, edificio construído para Palacio de Exposiciones; el palacio de Correos, el de Justicia; la Peni-

La Virgen del Rosario, de Santo Domingo de Quito, imagen muy venerada del pueblo



tenciaría, construída con arreglo á los principios de la panóptica, y algunos más.

Edificios religiosos, casi todos antiguos, salvo la Catedral, ya mencionada, los tiene Quito, muy bellos también.

El más antiguo de todos es la iglesia de Belén, que fué la primera construída por los españoles, y es un sencillísimo templo con todo el aspecto de una iglesia rural española de la época.

El convento de San Agustín es, sobre todo, interesante por las pinturas que decoran sus claustros, en que están representadas escenas de la vida del Santo y otras de la Historia Sagrada.

En la iglesia hay también pinturas muy interesantes, que son la más bella representación de una escuela pictórica quiteña, debida á Miguel de Santiago ó á sus discípulos.

Aún hay otros dos conventos dignos de mención por su magnitud: el de la Compañía y el de la Merced, y otras iglesias importantes, como las de Santa Bárbara, Santa Catalina, Santo Domingo, San Diego, los dos del Carmen (antiguo y moderno) y la del Sagrario.

Pero el más bello y el más interesante de los edificios religiosos es el convento de San Francisco, uno de los más grandes y de los más grandiosos de la Orden franciscana, del que reproducen nuestros grabados los detalles de mayor interés.

El templo, del que un terremoto derribó dos torres, subsiste, por lo demás, casi intacto, y en los claustros se conservan también bellas pinturas rivales de las conservadas en San Agustín.

Del convento franciscano son detalles de gran belleza: el arco de piedra; el claustro alto, de un tipo muy español, naturalmente; el coro, el altar mayor y algunos más. También es bello y famoso por su cúpula el templo de la Compañía.

JOYAS DE LA PINTURA FRANCESA



«La lección de Anatomía», célebre cuadro de Rembrandt, que constituyó la base de la fama y de la fortuna de su autor, se conserva en el Museo de Amsterdam

PARA
LA HISTORIA
DEL ARTE
ESCUPTORICO
ESPAÑOL

ERÍA imposible determinar fechas y causas que originaron en España el cambio de estilos y técnica en la escultura desde sus primitivos tiempos; pero, sin embargo, hay una transición concreta, categórica, entre la escultura del siglo XVII y la del XVIII, y aun más: se puede determinar el lugar en que nació la nueva escuela del XVIII.

Ese lugar concreto es el palacio de Valsain, en la provincia de Segovia, al pie de la sierra de Guadarrama y muy próximo al palacio de San Ildefonso ó de La Granja.

Por este motivo, aquel lugar debió ser un lugar sagrado para nuestra historia del arte, y no sólo no ha sido así, sino que de él no existen más que ruinas, producidas, más que por los elementos, por la mano del hombre, por la incultura.

Felipe V, primer monarca de la dinastía borbónica, quiso dejar huella imperecedera de su reinado, como lo hicieron los Austrias, con sus palacios; y sintiendo además nostalgia de su país y de su Versalles predilecto, mandó trazar un palacio y unos jardines, que fueran remedo de aquéllos, y con tal objeto trajo á Valsain una pléyade de artistas franceses y también algunos italianos y alemanes.

¿Puede pensarse que en esta determinación



RENE FREMIN
Uno de los escultores de Valsain, al servicio de Felipe V



Jarrón de Diana

se envolvía una ofensa al arte español? No, porque entonces la escultura española no seguía otros cauces que los piadosos, y no hubiera sabido interpretar, á gusto del rey, la escultura profana, que él necesitaba para sus fuentes y jardines; pero bien pronto los artistas españoles se asimilaron aquel estilo, cediendo sus inclinaciones al arte y representación de la mitología y la austeridad, que conservó la escultura patria, hasta fines del siglo XVII, se trocó en galantes alegrías de la corte.

Aun cuando se dice que los jardines de San Ildefonso son el Versalles español, puede afirmarse que existe entre los dos lugares una gran diferencia.

En su armonía de detalles, en su empaque señorial y distinguido, puede encontrarse alguna semejanza; pero en su conjunto ya es distinto.

En La Granja, Le Notre no hubiera podido desarrollar lo que Cousin llamaba magia de sus perspectivas infinitas, que son las que le hicieron llegar á la altura de Pousin y Claude.

La razón es muy clara: los jardines de Versalles se hicieron en las suaves colinas de Satory, hasta los bosques de Rocquencourt, y los de La Granja, en las laderas vertiginosas del Peñalara salvaje, en un bosque profundo de árboles centenarios y de enormes masas roqueñas. Pues bien: Felipe V utilizó el palacio real de Valsain para establecer en él á los artistas que habían de ejecutar sus iniciativas, y allí se dispusieron los talleres y estudios de los escultores, y á su alrededor los talleres de forja, fundiciones de plomo y bronce, etc., etc.

El palacio de Valsain era único en su género hasta tal punto, que un cuadro que hoy se conserva en el Palacio Real de Madrid, y que reproduzco, fué mucho tiempo tenido por lugar ignorado, porque su traza, particularmente dos de sus torres centrales, le daban un carácter de construcción rusa que no hacía sospechar su

El taller
de esculturas
del palacio
de Valsain

existencia tan cerca de Madrid.

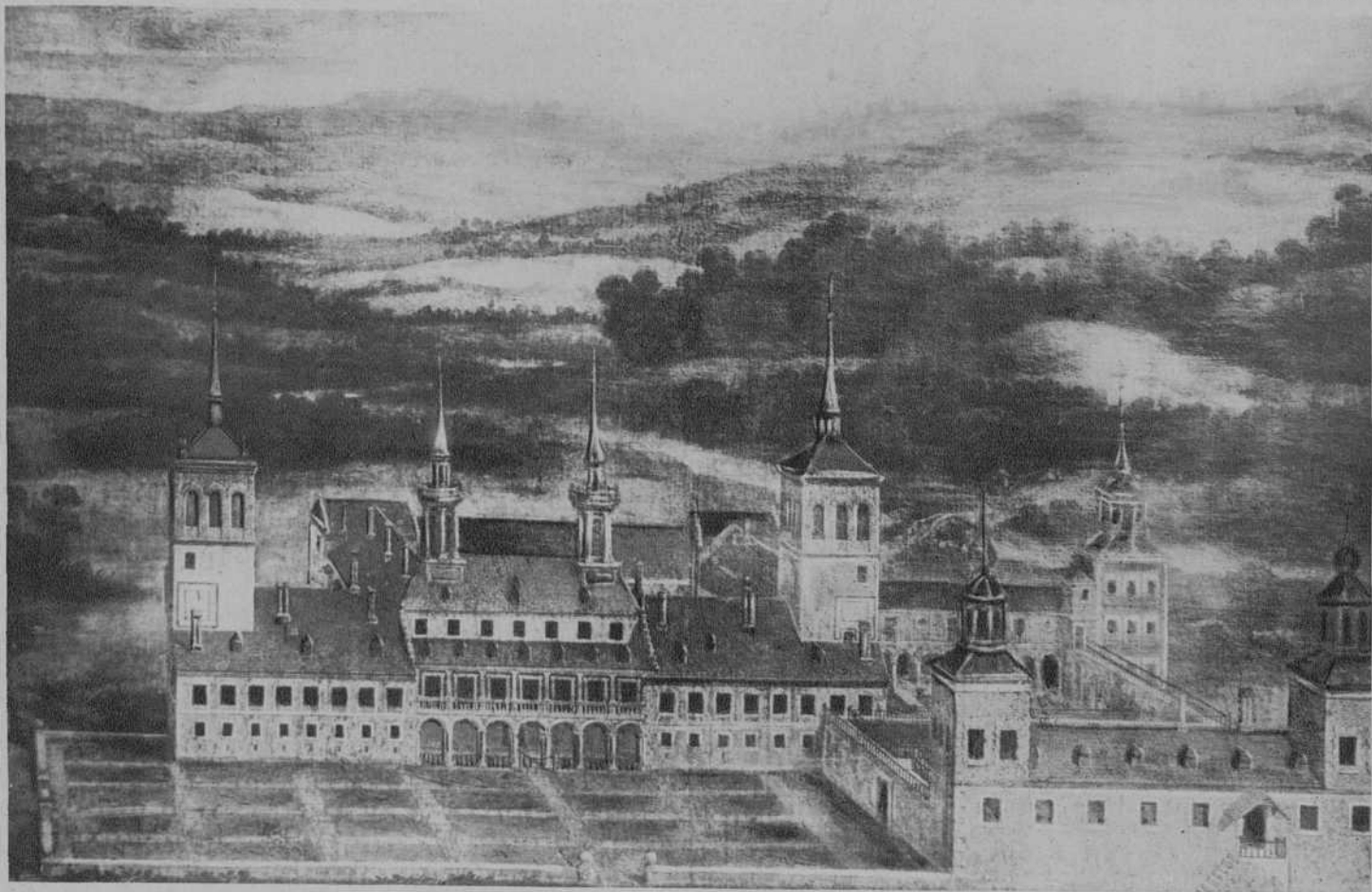
Sin embargo, en las investigaciones que venía yo haciendo para escribir la historia de los jardines de la Granja, tuve la suerte de recordar semejanzas entre las fotografías que yo había hecho de las ruinas del palacio de Valsain y el cuadro mencionado, y para comprobarlas logré del entonces inspector de los reales palacios, señor Zarco del Valle, la debida autorización para reproducirlo; y hecho esto, pude comprobar punto por punto que aquella pintura era, sin duda alguna, el palacio de Valsain, descubrimiento que me apresuré á manifestar y demostrar á mi amigo y malogrado Sr. Florit, director entonces de la Real Armería.

Hubiera sido tarea difícil la de reconstruir con la imaginación lo que fué en aquel palacio el taller de esculturas; sin embargo, tuve la suerte de encontrar en uno de los salones del palacio de La Granja un cuadro pintado por Haubasse, que lo reproducía, y de cuyo cuadro yo también saqué una fotografía; por cierto que en el último incendio debió de ser uno de los muchos que se abrasaron; figuraba en el inventario con el núm. 804 de la pieza 105 del palacio.

A la vista del cuadro, tuve el presentimiento de que fuera una composición caprichosa del pintor; pero precisamente la diferencia, en pe-



JEAN THIERRY
Otro ejecutor de algunas de las mejores estatuas de los jardines de La Granja



Reproducción del cuadro que se conserva en el Palacio Real, de Madrid, tenido por mucho tiempo como de lugar ignorado, y que representa el palacio de Valsain y sus jardines



Una ninfa cazadora en los paseos de los jardines de La Granja

queños detalles, de las figuras del cuadro y las estatuas de los jardines, me hace suponer que él copió del natural los modelos ó bocetos que después se modificaron, pues al haber pintado el cuadro caprichosamente, hubiera copiado las estatuas definitivas.

¿Quiénes fueron los escultores? Los que nos legaron las obras que hoy admiramos, fueron: Renato Carlier, designado como jefe y maestro de aquella legión de artistas; Renato Fremin, Juan Thierry, Humberto Demandre, Pecho Pitué, Santiago Bousseau, Gousac, Dubon, Lebasseau y Lagrú, á más de otros de menos categoría, y hasta hijos y nietos de éstos, porque como muchos de ellos se instalaron definitivamente en Valsain, siguieron ejecutando las iniciativas de Fernando VI y de Carlos III.

Estos escultores no siguieron las enseñanzas neoclásicas



Detalle de la fuente de Letona

que habían recibido, ni se decidieron tampoco á ejecutar reflejos fieles de los tipos de su tiempo; compusieron figuras bellas escuetamente, aprovechando las ennoblecidas cualidades de los personajes mitológicos que representaban, porque, como decía Fatigati, no encontraban los necesarios rudimentos en los coetáneos, expresando en sus labras los ideales eruditos que las narraciones y lecturas les habían hecho formar.

No es mi propósito señalar aquí las obras de cada uno; sólo me concreto á hacer la afirmación de que, de todos los artistas narrados, sólo tres merecen, por sus obras, frases laudatorias; los demás eran, sin duda, más obreros escultores que artistas, pues dominan en los jardines de La Granja las esculturas adocenadas, reflejos muy tenues de aquellas otras de Versailles.

Estos tres escultores eran Carlier, Fre-



«Taller de los escultores en el Palacio de Valsain», cuadro que se conservaba en el Palacio de La Granja en una de las habitaciones destruidas por el fuego

min y Thierry. Carlier murió al año de haber comenzado las obras, no teniendo tiempo, lógicamente, que de dejar proyectadas sus esculturas, recayendo el trabajo y la dirección sobre Fremin, y en las ausencias de éste, que acompañó al rey con gran frecuencia en sus viajes, Thierry. Después de éste se siguieron sucediendo las jefaturas hasta que, virtualmente terminados los jardines, los artistas unos volvieron á Francia y los otros se diseminaron por el país, contribuyendo con sus obras á la transición en el gusto español de las normas escultóricas, pues los nobles, siguiendo los gustos de sus reyes, construyeron palacios, decorados también con esculturas profanas; por eso se puede determinar categóricamente que la escultura del siglo XVIII nació en el Real Palacio de Valsain.

ANTONIO PRAST
(Fotografías del mismo)



Una esfinge de los jardines de La Granja



«Una calle del barrio de San Roque, en Alicante»,
cuadro de la señorita María Luisa Pérez Herrero



Dos retratos de Cecilia Sorel, uno actual y otro de la época en que la gran coqueta era considerada encarnación suprema de la Belleza

P A R Í S

El rostro y el espejo ó los motivos de Cecilia Sorel

CECILIA Sorel, la gran *vedette* nacional del Teatro Francés—clásica ingenua desde hace treinta años—, nos dispensó recientemente la sorpresa de su boda con el conde de Segur... A la edad en que, traspuesta la cumbre del medio siglo, las damas se contentan con la nostalgia amorosa del recuerdo, Cecilia Sorel cambió de estado y tomó esposo joven, sin temor á la opinión ajena y sin cuidarse de la posible desestimación propia... Y ahora, esta eterna coqueta nos sorprende con otro gesto inesperado y trascendental: la venta, en subasta pública, de todo su mobiliario, de sus colecciones artísticas, de sus *bibelots*, de sus libros... Cecilia Sorel se despoja así de su ambiente, como á la hora del baño y en último término se despojaban de la camisa las mujeres, cuando las mujeres usaban camisa...

De tal modo, espiritualmente desnuda, sin guardar para sí, y como amparo de su intimidad, uno solo de los objetos que la acompañaron durante el plazo casi entero de una vida, la ilustre comedianta nos anuncia su deseo y su firme voluntad de renovación... Tal renovación, Cecilia Sorel la lleva á cabo, por el momento, nada más que en las cosas; pero esto no quiere decir

que la estime innecesaria en las personas... En cuanto á su propia persona, la señora Sorel espera, sin duda, que la novedad del ambiente llegue á ella por endosmosis y la transforme, suspendiendo las leyes de la gravedad y el ritmo del tiempo...

Faire peau neuve, cambiar de piel, llaman por acá á esa mudanza completa que sólo se detiene, precisamente, en la piel... La gran coqueta nacional del Teatro Francés ha querido cambiar de camisa—ya que no puede hacerlo de epidermis— ante todo el mundo, sacrificando el pudor á la publicidad... Por ello hemos asistido, en la *Galérie Georges Petit*, al desfile prestigioso y lamentable de esas cosas que, reunidas, constituyeron la casa, el hogar, el *sancta-sanctorum* de la mujer en quien el orgullo y la egolatría franceses han encarnado, como en un símbolo, el Espíritu Francés, el Genio Francés, la Belleza Francesa, la Gracia Francesa, la Elegancia Francesa y el Gusto Francés...

Uno tras de otro, hemos visto aparecer, ganar precio, y pasar á manos del mejor postor, los objetos acerca de los cuales nos han hablado y hemos hablado, y hemos leído y hemos escrito prolijas y no siempre útiles consideraciones, desde

1910 hasta la fecha... Sobre el abismo de la guerra, que separa á dos épocas y á sus respectivos grupos de generaciones, el tema «Cécile Sorel» se ha tendido como un puente que suprime la solución de continuidad, y que á las veces nos hace dudar de si nos hallamos de este ó del otro lado del abismo; si aún vamos hacia la cumbre de la vida ó si ya descendemos hacia el valle mortal; si todavía somos jóvenes, puesto que Cecilia Sorel sigue siendo actualidad, ó si, en fuerza de ocuparnos de Cecilia Sorel, hemos llegado á ser viejos...

De tal modo, ¿qué no se habrá dicho acerca del famoso lecho en el que Cecilia Sorel descansaba de sus fatigas artísticas: el mismo lecho en el que la Du Barry descansó de sus regias y amorosas preocupaciones?... Y de los cuadros de Boucher, de Caresme, de Jordaens, de Pater, de Pietre Longhi, de Schall... Y de las cerámicas de Persia... Y de los bronceos de China... Y de las lacas del Japón... Y del busto de Adelaida de Francia, firmado por Lemoyne... Y del célebre reloj construido por el propio Luis XVI... Y del auténtico salón Luis XV... Y del auténtico salón Regencia... Y de los tapices de Oriente... Y de los Beauvais... Y de los Aubusson... Y de la biblioteca



El famoso lecho de la Du Barry y en que Cecilia Sorel descansaba, ha sido vendido, con todo el mobiliario, en pública subasta... Cecilia Sorel quiere renovarse mudando de ambiente

magnífica, con la mayoría de los ejemplares contemporáneos dedicados por los autores...

De todo eso, sin exceptuar las dedicatorias de los libros, ni el lecho de la Du Barry, espléndido regalo del fascinado Luis XV, se ha hecho público mercado... La primera jornada de la venta produjo un millón de francos, y dió lugar á tantos y á tales comentarios, que en jornadas ulteriores se rodeó á la subasta de todo el posible misterio y se usó de poderosas influencias para imponer silencio á los indiscretos...

Pero la «Embajadora espiritual de Francia», consciente de su representación nacional y de su responsabilidad artística, ha explicado, públicamente también, las razones de su renunciamento á los objetos históricos y á las obras del arte de ayer, para entregarse á las orientaciones nuevas y transformar su casa en algo muy parecido á lo que las recientes exposiciones de Arte decorativo nos vienen ofreciendo en sus *stands* de mobiliario y de instalación: mezcla de sentido práctico y de extravagancia cubista, que sólo como producto de una crisis de evolución puede aceptarse...

He aquí las razones que Cecilia Sorel establece y firma, con autoridad de «comunicado oficial», y nada menos que en la columna de fondo del *Intransigéant*:

«Si es cierto—dice—que por múltiples y profundos motivos se nos impuso el estudio y la admiración del arte antiguo, no es menos evidente que otros motivos, tan imperiosos y varios como aquéllos, nos obligan hoy á prestar atención al arte nuevo.

«Son tales razones consecuencia lógica de una disciplina de acción y de renovación, disciplina á la que, por mi parte, debo las emociones más nobles y la costumbre de someter mis entusiasmos á un método y á un orden.»

«Llega en la vida una hora en la que, fatalmente, los seres y las cosas demasiado conocidos no pueden procurarnos, ya, emoción ni enseñanza algunas. En tal momento debemos anticiparnos al destino, sin aguardar el término completo de la admiración ó del amor. Al cabo de algunos años de convivencia—pongamos de

cinco á diez—, ¿qué persona interesante ó qué objeto bello son, en efecto, capaces de revelarnos algo nuevo?... Y, sin embargo, en esa persona interesante y en ese objeto bello hay caudales de inspiración, de armonía ó de dicha... Cuando hemos agotado estos caudales, cuando hemos contemplado el espectáculo hasta el fin, es justo separarnos de la persona ó del objeto para que otro espectador les preste la atención que nosotros no les concedemos ya.

A veces la separación es dolorosa, porque á los seres y á las cosas que fueron nuestros nos une, al cabo, el afecto. Pero ese afecto no es pasión, sino costumbre, y nada es tan opuesto al vital afán de renovación como la costumbre.

Algunas noches, en las horas de recogimiento y de reflexión, me he detenido ante un cuadro ó ante una estatua de mis colecciones y he tra-

tado de averiguar por qué, durante semanas y meses, había pasado ante aquella obra de arte sin mirarla siquiera. Y he comprendido que la causa de tal indiferencia era la saturación de conocimiento, consecuencia de una excesiva contemplación anterior. Aquellas obras necesitaban otro dueño, y yo necesitaba, en torno mío, otra decoración.

En los tiempos prodigiosos que vivimos, no podemos ser prisioneros de un viejo estilo ó de una moda pretérita, y hemos de buscar las líneas nuevas que responden á la incesante transformación de la vida. El arte moderno interpreta perfectamente el sentido de la existencia actual, y esto hasta el punto de darnos la sensación de que los progresos de cada día sólo tienen por misión el perfeccionamiento de tal arte. La casa de hoy, con autos, con aviones, con radiotelefonía y con aparatos de televisión, no puede ser relicario artístico del pasado. Para guardar los recuerdos venerables de otro tiempo están los museos.»

Tales son las razones de la sinrazón... La señora Sorel, que lo es también de Segur, prefiere, sobre una pared, el plano de París á un apunte de Boucher ó á un tapiz de Beauvais; y prefiere una esquelética silueta de alambre á una viva escultura de Carpeaux... Tiene, á su edad respetable, el gusto joven y de juventud iconoclasta... Se tiñe las canas de la cabeza y arroja sal de extravagancia sobre la nieve de su espíritu... Cubre con afeites sus dos fatigas, la externa y la interna; se contempla en el espejo de su quimera, y, como ella dice, se anticipa al destino... El destino, implacable, aguarda; su hora no ha de cambiar por eso; y cuando esa hora llegue, anunciada por la abominable «radio», entre un plano mural y una silueta de alambre, la grande é incorregible coqueta pensará con nostalgia en el encanto de aquel idilio de Boucher, vendido en pública subasta, y que hubiera sido tan grato para llevarle, como última imagen de este mundo, en las pupilas extáticas, bajo los párpados cerrados para siempre...



CECILIA SOREL
Vista por Cabral

París, 1928.

ANTONIO G. DE LINARES

MINIATURAS LIRICAS

Un cuento en cuatro mujeres

Cuento de un año... Cuatro estrofas. Cuatro canciones... Cuatro vidas... Canción eterna de la vida, ritmo perenne de la emoción... Cuatro estaciones y otras tantas mujeres, como sendos cálices, en los que la existencia escancia su viejo vino agri dulce...

ROSA DE MAYO

Rosa. Rosa de Mayo, por la gracia florida de tus diez y ocho años... Sol hecho hebras en el cabello; fuego en la sangre, verdor de mar en las pupilas para las que son bellos todos los horizontes... Y en la boca, un beso en el que arden todos los besos, y en el corazón, como en un crisol, fundidas todas las ambiciones.

Rosa: el amor te acecha, te acosa, te rastrea, salta ante ti cabrioleando como un fauno ebrio y te sigue husmeando tu morbidez incitadora, como un esclavo ciego, como un can famélico...

Rosa: Tres hombres, uno alegre y fuerte, otro triste y fiel, otro grave y rico, rondan tu belleza...

Rosa: tiembla deliciosamente cuando la mirada del fuerte llegue como un cauterio hasta tu corazón; abandona tus manos á la caricia tímida con que el romántico disimula sus lágrimas; aduéñate del oro que el deseo tardío ofrece á tu belleza y sé feliz, sé buena, sé cruel, sé poderosa... En tu primavera, tienes derecho á todo: á elegir y á matar; á embriagarte de amor como de un vino nuevo, y á arder como una tea en todos los anhelos viejos...

ESPIGA MADURA

El hijo de tu amor, alma y carne fundidas, duerme en tu regazo, Luisa...

Cadenas de rosas, más fuertes que de hierro, tus brazos le sostienen... Y en tus labios, como en frutos en sazón, hay dulzores inefables; tus labios que el amor quemó con su

lumbre, tienen ahora la fresca caricia de una canción de cuna...

Tu cuerpo se ha redondeado y henchido en la misión sagrada y fecunda. El hombre, el amor, fueron el pretexto para que tu sangre se trasvasara en otra vida, para que tu carne retoñara, para que en tus senos, entre unos labios que aún tienen vagido de entrañas, tu vida manara hecha bendito licor...

Y con tu hijo en brazos, bajo el pleno sol, augusta en tu reposo, sagrada en tu prolífica tarea, yo te rezo, Luisa, mujer y madre, surco y matriz... Santa Venus Genitrix...



ROSA



LUISA



MARIA VICTORIA



ASUNCION

CANTO DE LLUVIA

Rompe esas cartas, María Victoria... Rompe esas cartas, que desflén en amargura tus cuarenta años melancólicos... *El* ya no te quiere. *El* huye de tu lado, de tu amor bueno, de amante, de hermana y de madre... *El* te deja sola, con tus recuerdos, con tu desilusión, con la hiel del último desengaño... «Nunca más», te canta en los oídos el cuervo del po má.

«Nunca más» el amor vendrá como una anunciación sobre tu alma... *El* fué el último, el mejor, el más hondo, el más ardiente amor de tu vida...

«Nunca más»... No te queda tiempo ya para convalecer y para reflorcer...

«Nunca más», parece cantar esta lluvia de otoño en los cristales... Fué el último amor, la pasión postrera...

Y *él* no era malo, no, María Victoria... Es que tú tienes ya cuarenta años y *él* tiene veinte y está ciego y está loco... Y como un pájaro, loco y ciego de juventud, quiere cantar y quiere volar...

RESPLANDOR DE HOGUERA

Asunción... Setenta años. Nieve en el corazón y en la cabeza... La mano trémula, y el paso lento y el pensar cobarde...

Crujen, cantan, se quejan los leños al arder, crepitando en la chimenea... Asunción: ¡qué largo y qué triste el camino!

Hoy, en el pasado y en la lontananza, todo es frío como en esta noche de Diciembre.

Y tu nieta, que ya es una mujer, te dice—en flor el alma, en flor la risa, en flor la palabra—:

—Abuelita, ¡si vieras qué enamorada estoy!

Y tú, Asunción, sonríes fría, sonríes seca, y con tu voz—blanca de vejez, de frío, de cansancio—comentas:

—¡Qué tonterías dices, niña!

Crujen, cantan, crepitan los leños... Una rama negra, quemada, fría ya, ceniza inútil, cae del hogar...

¡Cómo caen esas palabras de tus labios y de tu alma viejos, Asunción!...

JUAN FERRAGUT

(Dibujos de Aristo-Téllez)

IRENE LÓPEZ HEREDIA Y LA ELEGANCIA

DESDE EL ACRE HUMOR DE BERNARD SHAW A LA FINA IRONIA BENAVENTIANA

PUNTOS SUSPENSIVOS

Qué tiempos más envidiables aquellos! Era entonces un gozo el reportaje. El cronista se asomaba al cuarto de una actriz y con aire importante hacía unas preguntas profundas, serias y trascendentales: «¿Qué perfume le gusta más? ¿Cuál es su color predilecto? ¿Ha amado usted profundamente?... Y se dejaba una hilera pecaminosa de puntos suspensivos.

UN GUIÑO PÍCARO

Una portada de «Vogue»... Irene López Heredia, la admirable actriz, quiere indignarse inútilmente. Algunos periódicos, al hacer la reseña del estreno de *El Caballero de Varona*, la han llamado distinguida, elegante, mujer de finas maneras y delicado gusto. La notable artista repite la palabra «elegante» con cierto despecho,

La señorita López Heredia hace «teatro de arte» en el *Infanta Beatriz*. Desde el acre humor de Bernard Shaw, á la fina y ática ironía de Benavente, su teatro está limpio de la broza plebeya ó de la genuflexión cursi. Pero el público, que ama las cosas exquisitas y se solaza con la flor de los finos ingenios, gusta del arte... cuando está «más cerca».

ENSAYO DE EMOCIONES

—¿Qué tipos le gusta á usted representar más?

—Yo siento predilección por los de la alta comedia—responde Irene López Heredia—. La comedia frívola, insubstancial, esa comedia que se llama *de te*, porque se sacan á escena unas tazas vacías, no me entusiasma. Y los tipos que represento más á gusto son esos en los que hay que llorar un poquito.

—¿Es cierto que á causa del *rimmel* las espectadoras se resisten á las escenas de emoción?

—No tengo la costumbre de observar á los espectadores cuando trabajo. La batería es para mí como una muralla. Pero creo que con *rimmel* ó sin él, cuando la escena emocionante de una comedia no llega al público, éste se venga del autor tomándolo todo un poco á chacota; pero si el autor acierta, es inútil defenderse. En el teatro, como en la vida, se gana ó se pierde. Se trabaja sobre las pasiones, los defectos ó las virtudes humanas, y toda obra es

una lucha entre el dramaturgo, que ensaya sus emociones en la colectividad, y la colectividad, que se entrega cuando se *ve descubierta* por el autor, ó lo repele cuando éste se equivoca.

UNA COMEDIA DE BENAVENTE. EL VIAJE Á AMÉRICA. EL PELO CORTO Y EL MOÑO. UN MINUTO DE SILENCIO

—¿Se apodera usted pronto del personaje que va á interpretar?

—En cuanto lo leo me doy cuenta del tipo. Si, si, me hago cargo en seguida. Y procuro darlo como lo he pensado. Uno de los defectos grandes de nuestro trabajo es la precipitación. Tenemos muy poco tiempo para el estudio y el ensayo de las comedias. Hay que estrenar constantemente. Al día siguiente de un estreno es necesario empezar á estudiar una nueva obra. Es te-

rrible. Y no hay remedio; esa es la sola manera de mantener viva la curiosidad del público.

—¿Hasta cuándo está usted en el *Infanta Beatriz*?

—Yo pensé dar por terminada la temporada para el 6 de Enero; pero he prorrogado por un mes más, porque Benavente me ha prometido una comedia.

—¿Piensa usted ir á América?

—Sí. Allá para Mayo. Estoy en tratos con una Empresa de Buenos Aires. Yo me resisto un poquito. No conviene decir que «sí» en seguida. Llevo *Para el cielo y los altares*, de Benavente, y *El rosal de las tres rosas*, de Linares Rivas...

Desvió la charla hacia el pelo corto en la mujer.

—Yo niego—arguye rápidamente la notable actriz—que no exista «personalidad» con la melena, y que el pelo corto nos haya uniformado á

todas. ¿Cree usted que con el moño la mujer no resultaba monótona?

—Perdone usted, señorita Heredia; yo carezco de datos suficientes...

—Mire usted—insiste con encantadora ingenuidad—, yo llevo la melena distinta á las demás mujeres. ¡Oh, los moños campesinos! ¡Aquellas torres de pelos, como maromas de barcos ó escaleras!... ¡Quite usted, por Dios! El pelo corto no es clásico, pero es comodísimo é higiénico. ¿Y la falda corta? Los griegos...

—Si sigue usted por ese camino, señorita Heredia, yo no tendré más remedio que decir que es usted una mujer elegante que tiene ideas profundas acerca de las modas femeninas. Claro es que añadiré que es usted una actriz exquisita, de fina sensibilidad, tan original y arbitraria, que cree que el arte noble y elevado interesa todavía á las gentes que se *desencuadernan* con el *chárleston*, ó vociferan á compás de los aullidos de los negros. Si á usted le parece, vamos á guardar un minuto de silencio.

—¿Tanto? ¡Qué horror!

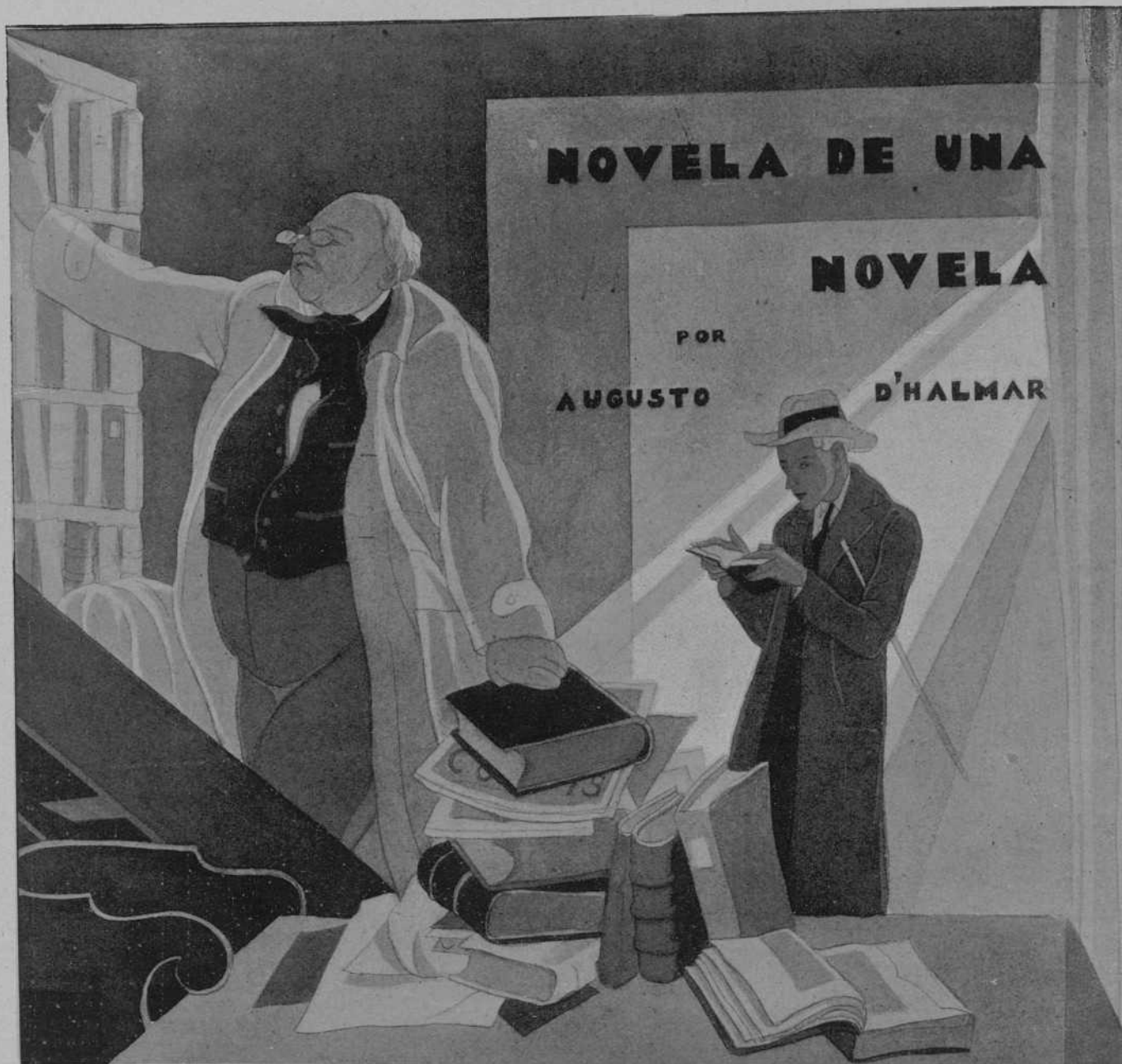
—No hay más remedio. Un minuto de silencio por el arte, que fenecce entre la fría y estúpida petulancia de algunos, la zafia y repelente grosería de la mayoría, y el afán codicioso de dinero de los que cometen adulterio con las musas para lucrarse con su vil comercio.



Irene López Heredia en una «pose» elegantísima

(Fot. Masana)

JULIO ROMANO



Es un ejemplar como otro cualquiera; ahora voy á referir la historia.

¡Ah! El primer libro que leí fué este *Poquita Cosa*, allá cuando yo tenía siete años. Se lo habían obsequiado á mi madre y recayó en mis manos. ¡Qué emociones!

Casi tanto como el texto me hablaban los grabados de Apeles Mestres. ¡Diablo! Yo veía á Daniel Eyssette, con su gran melena, llegando en chanclos de goma á París; veía á «mamá Jacques», largo y desgarbado, y veía la ventanita de Saint-Germain-des-Prés y el puñal de Irma Borel, y el confidente donde, separados por la señora de alto mérito, se sentaban Deseo-de-Agradar y los Ojos Negros.

Leí, releí y volví á leer aquella novela, que siempre se me ha antojado la mía. También yo era un poca cosa; la ridícula jaula del loro que él cargó durante la primera parte de su vida la cargaba yo mismo y... todavía..., sólo que, ¡diablo!, el barniz azul de los barrotés está descascarado en parte, y el pobre avechúcho ha perdido, una vez más, sus magníficas plumas color esperanza: ¡diablo!, ¡diablo!

Un buen día, después que la muerte de mamá trastornó el hogar, perdí de vista mi libro. La última vez que recordaba haberlo divisado era á la cabecera del lecho fúnebre, altando uno de los blandones. Y por cierto que sobre sus tapas

rojas, como una lágrima, se había cuajado un goterón de cera.

Pues bien: hará cosa de poco, trabajado por la vida y casi rendido, pensé hacerme de un *Petite-Chose*. No estaba para cosas flamantes, y recurrí á las librerías de viejo.

Al fin, un librero frunció el ceño con aire competente: «Sí; creo que me quedan.» Buscó, trabuscó, y de lo más alto de su estantería extrajo algo informe, cubierto de polvo y telarañas. Lomo ceniciento, canto negruzco. Era la misma edición Pellicer y tenía las ilustraciones queridas; pero todo como apagado por el tiempo y por el uso, ¡rezaba conmigo el ejemplar!

Con cachaza me dediqué á revisarlo. ¿Que han suprimido el índice? ¡Bah! En toda novela ó existencia debiera hacerse lo propio. Aquí un desgarrón, una mancha acá; pero cabales las páginas, y los dibujos hasta pintados á lápiz de color, como otros que yo me sabía.

Y he aquí que, de pronto, dejo escapar una exclamación. En la portada, una letra grande, heroica, había escrito la clásica advertencia:

Si este libro se perdiera...

Y debajo estaba mi nombre, mi propio nombre y mi rúbrica de aquel entonces, que constituía mi orgullo.

¡Diablo, diablo! Cerré el volumen, me lo metí

bajo el brazo, y á buen trance quise retirarme; pero los comerciantes están en todo, y éste me recordó muy oportunamente que debía cancelar el precio, una patarata; ¡y ahí es nada!, por un libro que tiene nuestros monos y palotes; ¡si lo hubiese sospechado el comerciante!

Bueno; regresaba con mi adquisición á casa como «mamá Jacques» cuando reconquistó á su hermano.

El albergue, en tales casos, viene á significar lo que la madriguera para la raposa.

No quería detenerme, ni desempaquetarlo, hasta hallarme entre mis cuatro paredes, bajo el techo familiar. ¡Dios mío! ¡Qué bienhechor es eso que llaman hogar, único refugio que el hombre es capaz de labrarse sobre la tierra! En cualquier otra parte estará como disperso; sólo ahí se puede sentir dueño de sus acciones y de sí mismo.

Iba haciéndose noche—yo vivo sólo—. Encendí un candelabro en mi gabinete, frente al espejo, puse lumbre en la chimenea, me traje del comedor algunas provisiones y, la mesa junto al fuego, me instalé con mi *Poquita Cosa*, no sin haberle dado á la llave su doble vuelta.

Sin embargo, no lo cogí antes de levantar los manteles. Estaba ahí al alcance de mi mano; el agua destilaba en la cafetera como los granos de un reloj de arena; en el fondo infinito del es-

pejo veía un semblante concluido de hombre, pero más alegre que nunca. Todavía una copita de coñac, paladeada sorbo á sorbo, como si se bebiese oro en fusión; después se alarga las piernas hasta alcanzar los morrillos de la estufa, y se abre el volumen.

¿Demasiado preámbulo? ¡Diablo! Si se trataba de revivir la vida, lo más justo era que antes hubiese procurado restaurar mis fuerzas.

Leí, leí, quiero decir, acompañé á mi viejo camarada en sus primeras correterías.

La Provenza, con su sol y sus cigarras y sus altos laureles, parecía metérseme por el alma: *Justos cielos, ¡seres humanos en mi isla!, ¡Ha muerto! ¡Rogad por él! Los nobles corazones del café Barbette...* La hora terrible pasada en el cenador oyendo disertar al maestro de esgrima sobre la candidez de los amigos... El nudo corredizo... El abate... Las pipas... Condillac... *Las llaves del señor Viol... La bruja de los espejos...*

Todo esto, que al que no conozca la obra le parecerá una enumeración inútil, me puso en tensión aquella noche, haciéndome soñar y entusiasmar, enternecerme y abatirme, sucesivamente. ¡Qué lección de vida, tan elocuente, enseñan aquellas páginas con su amargura de cosas festivas!

Bueno; no sé qué horas serían, porque ya no percibía el golpe de la péndola, como no distinguía mi imagen entre las brumas del espejo. Las bujías estaban cada vez más bajas; el fuego se había extinguido, y afuera debía reinar la alta noche con su cortejo de estrellas. Entonces oí que el libro me interrogaba sosegadamente:

—¿Y usted?—parecía decirme—. ¿Qué me cuenta? ¿Cómo ha sido su vida?

—¿Mi vida?

Me arrellané en el asiento; pero no en actitud de narrador. ¿Acaso me correspondía tomar la

palabra? ¿Qué aventuras corría yo, mientras él, de mano en mano, iba cayendo bajo tantos ojos?

El colegial lo habría leído ávidamente; con desgana la señora á quien absorbe su economía doméstica; para conciliar el sueño el caballero gordo; la amante en espera, sin entender jota; uno que lloraba lo utilizó tal vez para esconder sus lágrimas; otro que reía, para disimular su risa. ¡Ah, viejo mío! ¿Qué de billetes clandestinos se habrían deslizado entre sus páginas! ¿En qué dramas no habría intervenido!...

A no ser que vegetara años y años en la biblioteca de un coleccionista, que, en tal caso, nuestra historia sería semejante, y ¡tanto daba que calláramos!

Un libro así, entre otros libros muertos, es una caja de sorpresa donde se acurruca la Humanidad; se abren las tapas y surge, como si un espíritu poderoso la galvanizara.

—Departamos en serio—me interrumpió el Daudet—; yo le referiré un pasaje de mi vida y otro de la suya usted, así, alternando.

—Aceptado, pues; empieza.

EL LIBRO.—Cuando nos separamos pasé á poder de un vecino que era empleado en las pompas funerarias; tenía una hija... Continúe usted ahora.

Yo.—Yo había quedado huérfano y solo; mi vida no tenía objeto.

EL LIBRO.—La de ella tampoco. Pasaba el día esperando la noche. Llegaba su padre y charlaba sobre sepelios. ¡Era una alegre velada!

Yo.—Sentado junto al fuego, yo oía el doble tic-tac del reloj y de mi corazón. Al dar las diez me iba á la cama.

EL LIBRO.—La hija del empleado deseaba muchas cosas; eso sólo yo lo sabía. Todas las mañanas regaba las flores de su balcón; pero una á una se iban marchitando, sin que nadie las de-

seara, ni siquiera reparase en ellas. Usted, por ejemplo, debe de haber transitado á diario aquella calle.

Yo.—Pero que yo no reparase no es extraño; hace mucho tiempo no levanto la vista.

EL LIBRO.—Ella, en cambio, miraba siempre al cielo; era su alegría. Apenas se apercibía de la ciudad que pululaba abajo.

Yo.—Con la mirada absorta en las cenizas, yo soñaba despierto; ¡oh!, una mujer habría podido lo que no podía el fuego: desentumecer mis sentimientos.

EL LIBRO.—Mientras su padre hablaba, ella pensaba con terror que era viejo y que pronto quedaría abandonada... ¿No lo estaba ya?... Yo, solo, la hacía soñar, y ella, en cambio, me confiaba sus sueños, ¡tan bellos!

Yo.—Reparó en que parece que repetimos la misma historia, en dos tonos diferentes.

EL LIBRO.—Tal vez todas las historias tengan el mismo argumento. ¿Por qué no reunir las bajo un solo desenlace?

Yo.—¿Has visto cómo la ceniza del hogar extinto parece haberme espolvoreado los cabellos? Quisiera soñar, pero el frío me despierta.

EL LIBRO.—En el balcón de su vecina el viento había deshojado la última flor. Entonces fué cuando salí de aquella casa. Tal vez le interese lo que va á seguir.

Pero en esto un pequeño chirrido me hace saltar. ¡Diablo! Las arandelas, que con terror veían quemarse las bujías sin que yo las apagase, acababan de trizarse, lamidas por la llama.

Y ante mí, en el espejo amplio, vi á un hombre viejo, con un viejo libro entre las manos.

... Qué malos sueños puede proporcionar una buena digestión, ¿no es cierto?

AUGUSTO D'HALMAR

(Dibujos de Tejada)



Elegancias



Toca de «toupé» negro guarnecido de plumas negras
(Modelo G. Page)



Fieltro «beige» bordado con hilo de oro y cinta de «gros grains»
(Modelo Nandine.—Fot. Hugelmann)



Sombrero de fieltro rojo con cinta negra y roja
(Modelo Roger)

TODOS, ó casi todos los mortales, tenemos la noble aspiración de poseer un *auto*.

Los Reyes Magos, convertidos en hombres prácticos á la moderna, para poder atender á las interminables listas de las peticiones que les hacen en estos días niños, mujeres y hombres, inclusive, han adquirido también unos coches potentísimos, y en ellos han venido este año, desde el lejano Oriente, corriendo á velocidades insospechadas, y seguidos siempre de su ejército de criados portadores de los objetos destinados al tradicional reparto.

La larga y mágica caravana ha atravesado ciudades, pueblos y campos, todos los lugares de la fantasía y de la ilusión, y por todas partes han dejado la huella inefable de su paso.

Los bebés vieron al fin llegar la hora dichosa esperada.

Los que ya pasaron de la edad de la inocencia aprovecharon la simpática fiesta de Reyes para testimoniarse su mutuo afecto, ofreciéndose delicados presentes personales, decorativos ó prácticos.

Para ellos, son objetos indicados los bastones de Malaca con



Vestido de tarde en «moirés» negro
(Modelo Rolande.—Fot. Hugelmann)



Vestido en «crêpe» satén blanco
(Modelo Philippe et Gaston.—Fot. Manuel Frères)

puños de oro ó de jade; las carteras y monederos de antilope, cocodrilo ó pieles de lagartos acuáticos, rematados con filitos de oro, plata ó platino; los mecheros de estilo inglés, de plata muy sencillos, y los relojes de pulsera montados generalmente sobre una ancha tira de cuero liso ó formando un grueso trenzado.

Las joyas no existen actualmente para los hombres; si acaso, llevan algunos una sortija antigua ó un aro liso con una sola piedra, que puede ser, mejor que un brillante, un zafiro ó un «onyx».

Para la mujer, en cambio, la joyería muéstrase pródiga. ¡Qué cantidad de gemas, qué maravillosos trabajos de filigrana, qué conjuntos en los aderezos de noche, y, sobre todo, qué gusto y qué arte en todos los caprichosos objetos de adorno.

Y lo mismo sucede con todos los demás accesorios elementales ó puramente decorativos para la mujer. Bolsos que son exquisitas obras de arte; paraguas con puño de materias lindísimas; relojes de pulsera sumamente diminutos, en platino ó en oro, totalmente enmarcados de piedras preciosas...

Y en otro orden de



Abrigo de seda con piel de renard
(Modelo Lenief)



Vestido de «crêpe» de China bordado en verde «degradée»
(Modelo Courtisien.—Fot. Hugelmann)



Vestido de terciopelo de lana con el cuerpo de crespón
(Modelo Lenief)



Vestido de «crêpe marocain» negro
(Modelo Jenny)



Vestido de crespón de seda y abrigo de terciopelo con piel
(Modelo Lenief)

cosas, esos objetos que embellecen nuestro hogar hasta convertirlo en un deleite constante para nuestros ojos. Objetos de plata y de cristal de Bohemia y Baccarat; porcelanas de Limoges, de Sajonia y de Sevres. Cuadros de firmas prestigiosas; esculturas, grabados de época, libros modernistas ó de arte antiguo y otros mil detalles del hogar, pueden ser ofrecidos por hombres ó mujeres en la simpática fiesta de Reyes.

Entre los regalos prácticos, ocupan lugar preferente los pañuelos de seda ó de hilo, las corbatas, las bufandas ó écharpes, los accesorios para el bolso femenino, los costureros, los estuches de uñas de aseo ó de viaje.

Muchos son, en fin, los lindos objetos de que pueden echar mano los Reyes Magos para satisfacer el deseo de grandes y de chicos. Su viaje anual á través del mundo adquiere cada vez mayor importancia, y su paso por nuestros hogares es motivo muy justificado de sana y desbordante alegría.

ANGELITA NARDI



La bella actriz de la Paramount Louise Brooks, luciendo un lindo salto de cama de estilo japonés

UN ESTRENO EN FONTALBA

«El estudiante de Vich»

Don Joaquín Montaner, poeta y dramaturgo, que piensa en catalán y escribe en castellano, quiso escribir un drama en verso, y le escribió; ese drama—hermano de otros más ó menos aplaudidos del mismo autor—es el que ha estrenado Margarita Xirgu en el Teatro Fontalba: *El estudiante de Vich*.

No es tan común en arte esa conformidad entre lo imaginado y lo construido que no merezca consignarse el hecho, y como aún es menos corriente en literatura dramática, cuando es un poeta inicialmente lírico el que aborda el teatro, aún es más oportuna la mención: el Sr. Montaner ha querido hacer un drama, y ha hecho un drama, no una serie de tiradas líricas más ó menos sonoras; pero mucho más alejadas de la emoción dramática que cualquiera de las composiciones integrantes del romancero.

Para conseguir tanto, ha bastado al autor de *El estudiante de Vich* pensar que, aun tratándose de un drama en verso—no quiero decir, porque no se trata ahora genéricamente de ello, «aun tratándose del teatro poético»—, la forma debe supeditarse á la acción. Cuando de obra dramática se trata, la acción es, efectivamente, lo esencial, y la mejor cualidad del verso en que pueda estar escrita, la de no parecer verso, y perdónese la hipérbole. Para ello son necesarias dos condiciones: la sencillez y la facilidad, entendiéndose por tal la fluencia que á veces—como ocurre, por cierto, en *El estudiante de Vich*, puede preferir un asonante excesivamente vulgar—, poéticamente bajo, como se decía cuando se hablaba de estas cosas, al rebuscamiento, que sin tener las virtudes del preciosismo, suele acumular sus defectos.

Casi todas las obras de los dramaturgos actuales, procedentes de los campos líricos, pecan precisamente por el defecto contrario á esa virtud, que me parece preferente en la obra nueva del Sr. Montaner: se acuerdan demasiado de que fueron líricos, ó, tal vez, son líricos en el fondo de su alma, y en lugar de escribir escenas dramáticas, hacen composiciones poéticas más ó menos bellas y más ó menos interesantes, pero fragmentarias: ni siquiera un verdadero poema, que estaría mucho más próximo á lo verdaderamente dramático que esos fuegos de artificio, que han venido á resucitar las viejas «tiradas», hechas para arrancar el aplauso, y que, á lo menos, tenían antaño la virtud de ser generalmente descripciones, que rara vez rompían totalmente la unidad expresiva de la obra dramática.

El Sr. Montaner hace hablar á los personajes de *El estudiante de Vich* en romance octosílabo, el metro clásico de los grandes poetas castellanos que hicieron teatro, y que si apelaban á otro era casi excepcionalmente y cuando podían hacerlo con la máxima naturalidad. Mientras no era así, escribían las escenas en romance octosílabo, del que un crítico de tan fina percepción rítmica como Barbieri, pudo decir que era casi el modo natural de decir en castellano, aun hablando ó pretendiendo hablar en prosa.

Aun sin el empeño decidido de los actores á no «cortar el verso», muy plausible cuando no los lleva demasiado lejos y les hace olvidar que el ritmo es una forma fundamental de belleza, el diálogo de *El estudiante de Vich* tiene la necesaria naturalidad para no quitar en ningún momento fuerza á la acción dramática; por eso,

fundamentalmente esa obra es un drama en verso, lo que quiso ser cuando era engendrada en el pensamiento de su autor.

Cabe discutir ahora si ese drama es bueno ó malo, y hay, para hacerlo, un procedimiento muy sencillo: imaginarse otro drama distinto, añadiendo elementos al que el poeta creó; comparar después el drama escrito con el meramente imaginado, y declarar después, paladinamente, la inferioridad de aquél. El razonamiento no puede ser más sencillo: el autor pudo hacer tal cosa; debió marchar por aquel camino... ¿Quién duda de que una misma idea dramática puede tener muy diversas expresiones? Lo absurdo es llevar la egolatría á pensar que la imaginada por el crítico es superior á la escrita por el poeta.

El estudiante de Vich está perfectamente dentro de una fórmula dramática conocida que tiene en el teatro catalán muy afortunados cultivadores. Porque se ajusta á ella tan exactamente, dije antes que el Sr. Montaner pensaba en ca-

nada se parece á *Los perros del monte de San Bernardo* ó *El terremoto de la Martinica*, traídos á cuenta entonces por Galdós; ni á *El hombre de la selva negra*, *El campanero de San Pablo*, *El desertor húngaro* ó *la cabeza de bronce*, *La panadera* ó *el hombre de las figuras de cera*; antes bien, por la sencillez de su composición, es antítesis de ese género de producciones dramáticas.

Precisamente por la sencillez del asunto, á la que corresponde, con perfecta lógica, la sencillez de la composición, el drama de Montaner podrá parecer á los espíritus inquietos, afanosos de complicaciones y de novedades á todo trance, demasiado elemental, casi infantil. Es, efectivamente, un drama en línea recta, valga la frase, cuya trayectoria es fácil de adivinar, por lo menos á los extremistas habituales que han visto mucho teatro y mucho teatro siempre igual; pero aun esos mismos confesarán que, no obstante, el interés es vivo durante toda la representación, y si ellos pueden pensar así, con más razones habrá de aceptar el público menos experto, aunque no siempre con peor gusto, una obra que, por mostrar una vida poco complicada, no deja de mostrarla de un modo suficientemente artístico.

Colocándonos en el terreno de los ideales, podemos aspirar—¿quién lo duda?—á un teatro más intelectualista, que planteando problemas sociales nos haga pensar, y aun nos haga transformarnuestras costumbres y aun nuestras leyes; pero ese ideal parece aún muy remoto en nuestro teatro, y, sin perjuicio de ir aproximándonos á él, mientras llega, á sus sanas imitaciones, de un intelectualismo de segunda ó tercera mano que borra la vida, como si, en definitiva, las ideas pudiesen interesarnos cuando no las engendra nuestro existir, ni tienden á mejorarle, siempre será preferible un teatro en que los sentimientos y

las pasiones puedan engendrar apariencias de vida cálida intensa, como pensamos que debería ser siempre la vida, aunque su intensidad estuviera en muchas ocasiones preñada de tragedia.

También sería ideal una pintura acusada y minuciosa del ambiente en que se mueven los personajes; pero también esa pintura había de tener su medida. Exagerada, puede fácilmente convertir un cuadro de género en un mero paisaje. Su justo límite está en no pasar de lo necesario para explicar la psicología, que engendró, de los personajes, y que á su vez, en cierto modo, le crea. Esa relación de valores es suficiente en *El estudiante de Vich*, el *heveu*, triunfador constante, con persistencias medievales y exasperado por una resistencia insólita, y su acólito, especie de ángel malo, explotador de las bajas pasiones de su señor, nos son tan conocidas ya, por haberlos encontrado en otras obras de ambiente catalán, como si nos los hubiera mostrado la convivencia y las reacciones del seminarista; aun sin el medio en que aparecen, nos parecerían lógicas y naturales ante las violencias del que le hace imposible la felicidad soñada.

En resumen, pues, *El estudiante de Vich* no es el drama ideal; pero es digno de estimación y aplauso, tal vez porque el autor le concibió y compuso pensando, más que en el público, atormentado por las preocupaciones de una estética demasiado sutil, que acude á los estrenos, en el público de buena fe que llena los teatros cuando en su palco escénico impera la pasión.

ALEJANDRO MIQUIZ



Margarita Xirgu, Pascuala Mesa y Alfonso Muñoz en una escena culminante del acto segundo de «El estudiante de Vich» (Fot. Piortiz)

talán. Ahora bien: dentro de los cánones de esa escuela, *El estudiante de Vich* me parece, por ejemplo, muy superior á *La Dolores*, en el sentido de que supera al drama de Feliú y Codina en sencillez expresiva, que, aun dentro de la exaltación lírica que podría extremarse en un teatro realmente poético, seguiría siendo fundamental en una obra dramática.

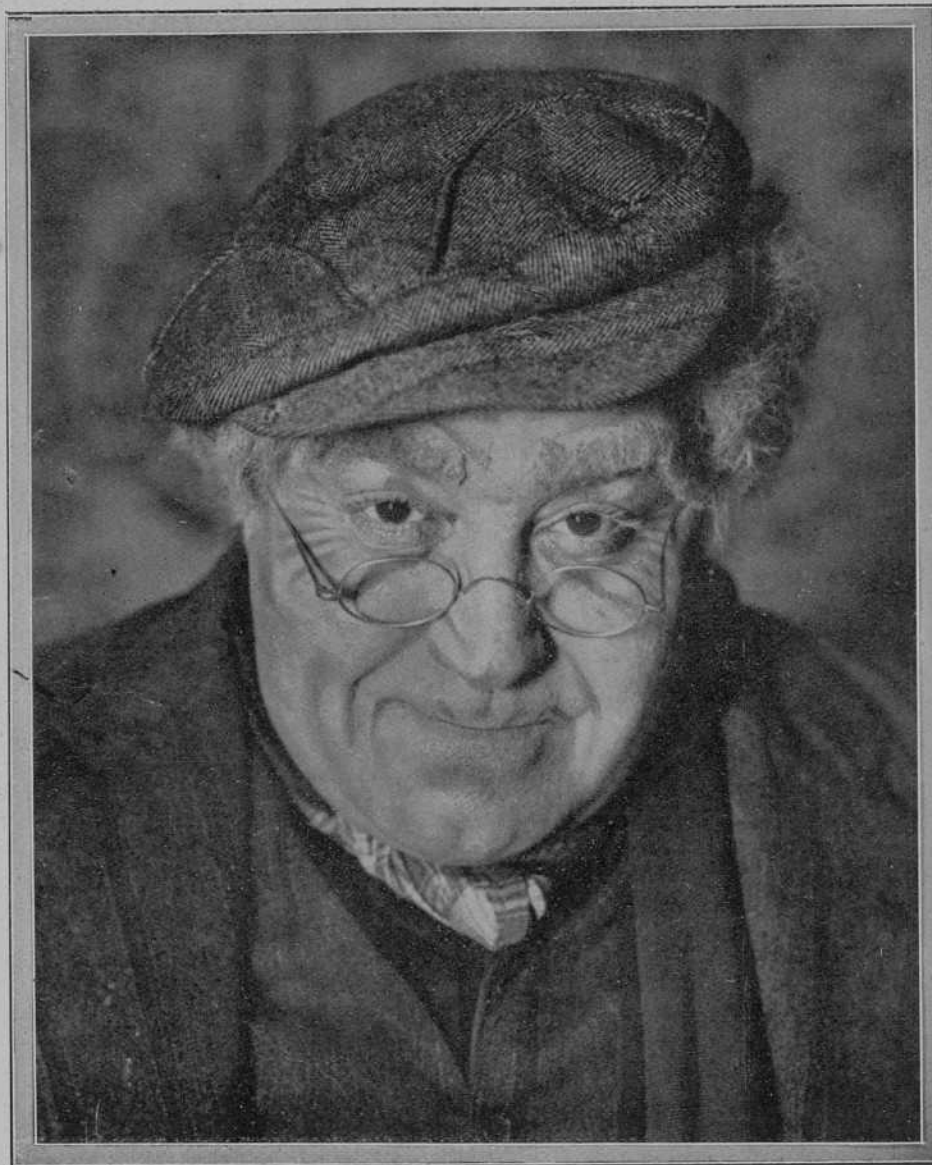
Esa sencillez de la forma externa, que es igualmente característica de la interna de *El estudiante de Vich*, no fué suficientemente tenida en cuenta por los que, en los comentarios de entreacto, calificaban la obra de «melodramática».

El epíteto aparece en este caso aún más injustificado que en aquellos casos que Galdós, cuando aseguraba que no era de recibo, citaba en el famoso prólogo de *Alma y Vida*: «Reconozcan y confiesen (decía el maestro, encarándose con los críticos) que no sólo está mandada recoger, sino que se ha recogido ya, prohibiendo su circulación por todo el reino literario y artístico, la formulilla de que hay melodrama desde que aparece un personaje embozado y se baje la luz de la batería, ó cuando suenan truenos ó riñen, con airado escándalo, hombres ó grupos.» En *El estudiante de Vich* riñen los hombres, y más de una vez; pero sin riña apenas si se concibe el drama, y todo lo demás que caracterizaba el melodrama en el espíritu de los que empleaban el epíteto despectivo, sobre no ser tales características, quedó enterrado por la acertada opinión del autor de *Alma y Vida*.

Porque melodrama, *El estudiante de Vich* en

Un gran actor argentino visita España y cuenta sus primeras impresiones á «La Esfera»

ROBERTO CASSAUX



Roberto Cassaux en un personaje de «Giacomo», tragicomedia italiana

El actor argentino Roberto Cassaux está en España. Tanto nos habían hablado de él, tantas veces habíamos oído decir al comentar el movimiento teatral argentino: «Ya verán ustedes á Cassaux», que, la verdad, sentíamos vivos deseos de conocerlo. Roberto Cassaux es una de las figuras más populares de la Argentina. Es allá tan admirado su arte como estimada su persona. Aquí, en España, nos vamos á quedar por ahora sin rendirle otra estimación que la personal, que conquista á los cinco minutos de conversación. Cassaux viene á conocer España. En plan de turista. Cree que este viaje es imprescindible en quien, como él, se siente ligado á España por multitud de razones y, más que por razones, por sentimiento.

—Ustedes no saben la atracción que sobre nosotros ejerce España! Aparte la Historia, es que vivimos entre españoles, en nuestros teatros se representan obras españolas, en nuestros periódicos escriben periodistas españoles, y estamos oyendo hablar á todas horas de España. Sólo que yo tengo un defecto. La falta de voluntad. Cinco veces he tenido decidido el viaje á España, y siempre lo suspendí, porque me producía cierta impresión la larga travesía, porque me asustaba emprender un viaje al lejano continente viejo. Pero, por fin, me decidí, y aquí estoy encantado, qué digo encantado, entusiasmado de haber venido. ¡Esto es admirable! ¡Esto es magnífico! En cuanto llegué, cogí un automóvil y me fui á dar vueltas por la ciudad. Pero desde el barco mismo. ¡Gran ciudad

Barcelona! Ahora que, reconociendo que la parte moderna de Barcelona está admirablemente construída, á mí lo que me encanta, lo que me vuelve loco es la parte antigua de la ciudad, la que tiene sabor tradicional. Eso es lo que no tenemos allá. Y de eso es lo que quiero saturarme en España. Allá, en mi país, no hay nada antiguo. Todo es moderno.

—¿Dónde piensa ir?

—A Madrid; en seguida á Madrid, que ardo en deseos de conocer, por más que creo que me encontraré en él igual que en mi tierra, de tal manera «sé cómo es». Luego á Sevilla, á Córdoba, á Granada, á recorrer Castilla...

—Hecho un turista, vamos.

—Naturalmente, creo que también nosotros tenemos derecho á saborear los tesoros artísticos españoles. No van á ser sólo los ricos.

—¿Y no dejará de ser turista para presentarse como actor?

—¡Quién pensó tal cosa! Mire usted; yo tengo un defecto. Yo tengo un miedo enorme, un pánico cervical. Lo siento ante «mi público», ante un público familiarizado conmigo. ¿Cómo no lo sentiré de presentarme ante ustedes? Ahora, no. Si acaso me pasa el miedo, el año próximo vol-

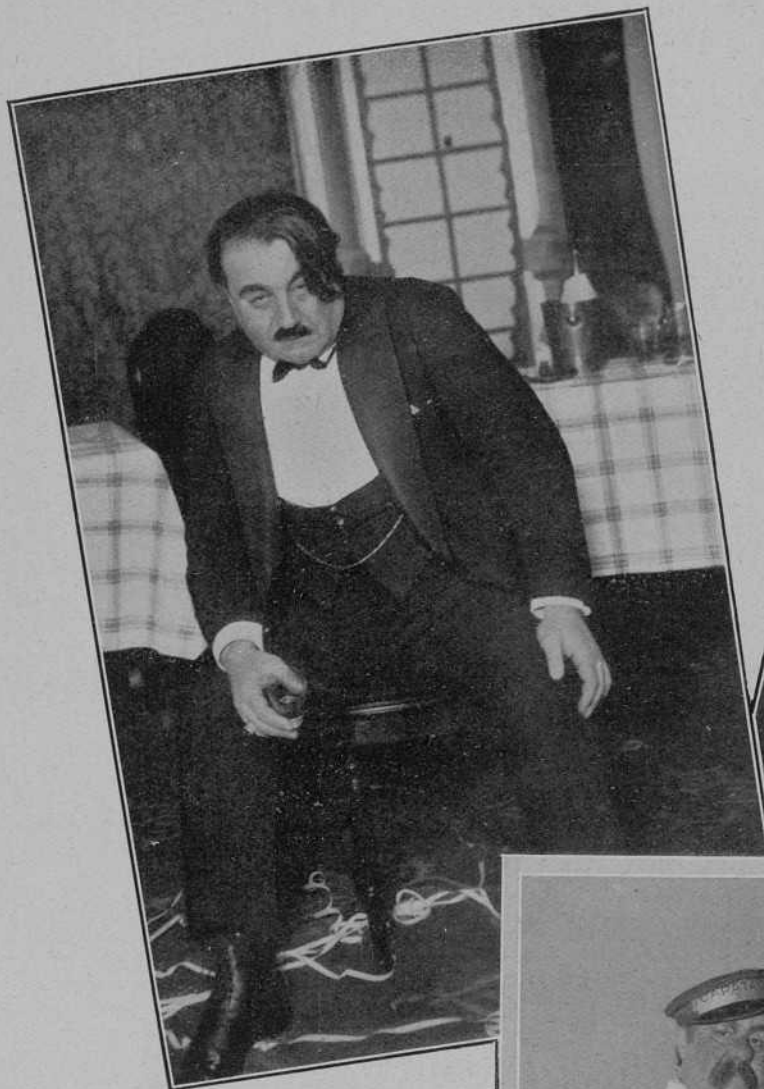
veré aquí, trayendo mi Compañía. Pero sé que voy á pasar, desde unos meses antes, durante la travesía, y hasta que vea que me acogen bien, un miedo horrible. Y eso que comprendo que no hay para tanto, porque siempre hubo benevolencia para nosotros. Además, que para entonces ya me tendrán ustedes como si fuera español.

Yo comprendo que Cassaux conseguirá en España lo que se proponga, porque, á más de su arte, tiene una simpatía personal extraordinaria; es una de esas figuras nacidas para conquistar la estimación popular.

—Dígame, ché. Yo tengo un defecto. Soy cordial, expansivo. A la segunda vez de hablar con una persona, le tuteo, y ya somos amigos. ¿Qué le voy á hacer? Este defecto me lo critican mucho; pero yo no me atrevo á quitármelo. Porque no hay nada como tener amigos. Yo he nacido en cuna humilde. Como Carlos Gardel y como Razzano, que fueron compañeros míos en la infancia. Pues bien; todos los compañeros de entonces que han seguido viviendo en su ambiente, siguen siendo amigos. Pero de esos amigos que, por ejemplo, son carreteros y me encuentran en una calle céntrica de Buenos Aires, y paran el carro para darme un abrazo. Y yo, vaya con quien vaya, lo estrecho entre mis brazos. ¡No faltaba más! Yo no sé ser de otra manera. Cómo el carnicero de Montevideo...

—¿Qué le pasa al carnicero de Montevideo?

—Pues que cuando llego yo allí, cierra el establecimiento. Se planta en mi camerino, y se pasa allí las horas muertas. Cierra la puerta



para que no entre aire, me tasa los cigarrillo; para que no se me estropee la garganta, me aconseja, me ayuda, me acompaña. Y hasta que yo no me voy de Montevideo, su clientela tiene que surtirse en otra carnicería. Aquí me va á pasar pronto algo por el estilo—sigue hablando Cassaux—. La otra noche estuve en el cine. En un descanso salí á fumar un cigarrillo. Pronto advertí que un caballero me miraba, me miraba y me volvía á mirar. Hasta que al cabo se me acercó y me dijo en andaluz cerradísimo: «Usted es Cassaux. Yo le he visto trabajar mucho. Sobre todo en *El ciudadano desconocido*... Y charlamos un buen rato. Es decir, le hice hablar, porque á mí me gusta oír hablar en andaluz. Voy á un «colmado» que tiene un andaluz en Buenos Aires sólo por oírle hablar. Y cuando acude por allí algún paisano suyo, me quedo alelado.

Cassaux hace una pausa, para gozar en la evocación, y sigue:

—A mí me ocurre una cosa graciosa, que mi público está compuesto más que por mis compatriotas, por extranjeros. Acaso es que yo me he especializado en la composición de tipos exóticos. Yo «hago» el catalán como si fuera de Palantordera.—Y aquí enjareta Cassaux una pintoresca relación, como si fuera un catalán auténtico, de los de acento incorruptible: el inglés, el italiano, el norteamericano, el gallego, el madrileño, el vasco, el francés, el alemán.—Y, claro, vienen á verme porque les gusta oír hablar en su idioma...

Estamos en un café contiguo á un teatro. Termina el entreacto. Cassaux intenta pagar. No le dejamos, naturalmente. El protesta.

—Pero si es muy fácil; yo coloco aquí los pesos, digo, los duros, y el camarero mismo toma lo que es. No discutimos nunca. Porque es

que yo tengo un defecto. Yo no sé qué valor tiene el dinero. No sé nada de cambios ni de cotizaciones. Cuando joven, trabajaba en un Banco. Pero salí de él para ser cómico y á la puerta dije: «¡Se acabaron los números!» Y no he contado más en mi vida. Ya contará mi administrador...

—Oígame, amigo: ¿qué dirá que me dió mucha alegría ver? Los guardias. Los había visto tanto en el teatro; los había representado tantas veces yo mismo, que era una de las cosas que yo tenía más ganas de ver.

Y Cassaux ríe como un niño, como un niño ingenno y gordinfloncete como es.

—En cambio, lo que me ha indignado es ver la de «orquestas típicas argentinas» que hay por acá. ¡Orquestas típicas con bombo!

Y Cassaux se vuelve hacia el cónsul de su país, el buen amigo Calcaño, y le dice:

—Pero, ¿cómo vos lo toleras?

Y sigue la charla, animada y pintoresca, hasta que la representación comienza. El Sr. Calcaño, buen diplomático, que nos había advertido que la única manera de hacerle una interviú á Cassaux, que les tiene horror, era pillarle de sorpresa, le advierte en tono de broma:

—Querido Cassaux. Este amigo es periodista. Quiere hacerle una interviú y que le dé unas fotografías.

—Fotografías—dice Cassaux—, las que quiera. Pero interviús, no. Por lo que más quiera. Porque yo tengo un defecto: odio la interviú.

Ha comenzado el segundo acto, y nos despedimos de Roberto Cassaux porque sabemos que «tiene el defecto» de ser un perfecto espectador teatral, de los que se entregan con la misma fe que si fuera actor y representara.

Roberto Cassaux en tres de sus más felices incorporaciones escénicas

VIDA ARTÍSTICA
EN EL SALÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES



«Rosario», cuadro de Juan Cardona

La última Exposición del año 1928 en el Círculo de Bellas Artes tuvo para el cada vez más numeroso grupo de gentes aficionadas á este género de deleites espirituales, el atractivo de su diversidad. Las tres salitas en que, merced á oportuno empleo de cortinas y tabiques provisionales, se ha dividido aquel ineficaz Salón del principio, estaban ocupadas por sendos artistas.

Harto diferentes los tres, situados en trayectorias opuestas, ofrecían por ello mismo al visitante aspectos asequibles á todos los gustos con la variedad de temas y estilos.

Estos tres artistas eran el paisajista Antonio Collar; el figurista Juan Cardona; el cartelista y dibujante Renán Beger.

Nada tan opuesto en concepto y en factura que las obras de estos tres expositores reunidos accidentalmente. El simple paso de una sala á otra causaba en el espectador la sensación tras-

laticia de enormes distancias ideológicas y estéticas. No existía la menor posibilidad de relación ni comparanza entre ellos. Y era curioso observar, satisfecha la primera ansia de descubrir su obra, cómo el público se dividía y especializaba también según las perspectivas artísticas que los paisajes del uno ó las figuras femeninas y las estampas editoriales de los otros.

Pero, inevitablemente, felizmente, había una posibilidad de controversia inmediata, de rectificaciones beneficiosas que bastaría ya para elogiar esta clase de exhibiciones colectivas. Aun aquella preferencia sistemática, aquella afinidad arraigada por una tendencia ó un estilo concretos vacilan ó reciben sugerencias distintas al no poder evitar el contacto de las sugerencias opuestas.

La exposición personal individual suele ser demasiado imperiosa y absorbente. Es un monólogo autoritario que no consiente réplica. La

Exposición general á la manera de las nacionales ó de sus parodias se transforma en algarabía y babélico confusionismo. Hay que ir, pues, á esta clase de exposiciones colectivas en salas impersonales, que consienten monólogo discreto sin rechazar la réplica, y que evitan la heteróclita mezcolanza sin llegar á la homogeneidad monótona.

* * *

El paisajista Antonio Collar es muy joven. No obstante, afronta ya por segunda vez la opinión ajena con cierta prisa de llegar que no siempre suele ser favorable. La primera vez fué en el Salón Nancy, donde unía sus pinturas á unos excelentes grabados del acuafortista y xilógrafo Reyes.

Ahora había colmado el local que le correspondió en el Círculo con cuadros de diferente tamaño y excesivo número. Nada perjudica tanto á



«El tío vivo», cuadro de Juan Cardona

un artista como el afán de abrumar antes por la cantidad de obras que el afán de agradar por la calidad de ellas. Incluso muchas veces naufraga ésta—como las escasas ideas perdidas en la palabrería del charlatán contumaz—al obstinarse en la suma y añadido de razones, no siempre oportunas.

Disculpaba, ciertamente, al Sr. Collar su juvenilia impaciente y esa incontinencia optimista del que emprende una tarea que le es grata y fácil.

De los cincuenta ó sesenta cuadros expuestos por el joven paisajista, pudieron apartarse la mitad; con lo que el resto, lejos de padecer, habría logrado ser atendido mejor por las miradas ajenas. Y entonces se hubiera visto cómo el Sr. Collar tiene aptitudes dignas de estímulo y con derecho á la persistencia. Siente la Naturaleza, y llegará á verla con esa claridad de expresión que todavía no posee. Recogerá de sus futuras contemplaciones más fruto conforme pierda una cierta dureza de acento y cierta sequedad enteriza del color. También, á medida que sujete la ambición de «hacer presto», donde se malogran indudables capacidades.

No obstante, son de alabar en el joven artista hasta esos mismos defectos, si se consideran como producto de nativas cualidades no disciplinadas aún; es decir, la fogosidad, el ímpetu, la buena audacia y el romántico atrevimiento.

Entre los paisajes, entre tantas ventanas abiertas á la naturaleza viva de Castilla y Santander—regiones predilectas del artista—, descubrí unas deliciosas naturalezas en silencio que—á pesar del apelativo tradicionalmente equivocado de «muertas»—eran lo más viviente fresco y emotivo del conjunto. Y precisamente esas notas, hechas con ternura y sensible buen gusto estético, significaban la más poderosa razón de fe en el porvenir del joven pintor.

•••••

Es bien conocida la predilección temática de Juan Cardona. Desde hace veinte, veinticinco, acaso más años, va animando la pintura de su tiempo con esas figuras de gitanas, de valencianas, de mocitas andaluzas con sus pintorescos atavíos. Primero en Francia, luego en su Cataluña natal, estas figuras de mujeres bonitas, con sus faldas rameadas, sus pañolillos de talle, sus actitudes de bailarinas y sus testas morenas, llegaron á ser populares en las revistas ilustradas y los Salones de Arte.



«Gitana», cuadro de Juan Cardona

Fiel á ellas y agradecido á la reputación que le proporcionaron, Juan Cardona sigue pintando las mismas siluetas atrayentes de feminidad sensual y de polícroma vestimenta. Ajeno al tiempo y á las evoluciones estéticas, el ilustre artista catalán reitera esos piropos pictóricos que le definieron ya cumplidamente.

Como es lógico, tratándose de un pintor verdaderamente capacitado y en quien la experiencia no reseca la sensibilidad, á lo largo de esta labor—tranquila y quieta en lo que se refiere á la elección de temas—podrán pasar inadvertidas para el observante superficial las excelencias evolutivas; pero no para quien sigue con atenta simpatía el trabajo del artista.

Así, pues, de aquel Cardona que sonreía sobre los negros hoscos y melodramáticos de Zuloaga á principios de siglo, y este Cardona parejo en gracia rítmica y finura cromática de los valencianismos penúltimos de José Pinazo, hay notoria y progresiva diferencia.

No importa que esta gitana echadora de cartas ó ciñendo contra el seno la figurilla de animalejo de su crío nos recuerde á tantas y tantas del mismo autor; tampoco es obstáculo al deleite contemplativo el que estas mocitas andaluzas ó estas labradoras valencianas se sienten sobre la pompa floral de sus faldas de otrora. Ni que á los torsos de las mismas mujeres de tez olivácea y cabellera casi azul de tan negra—donde de peñas verdes, amarillas y rojas trazan surcos pequeños—se ciñan hoy los mantones de rosas

grandes, como ayer los de chinos y finos arabescos de diminutas florecillas.

Siempre más allá ó más dentro de la figura repetida hay el encanto seguro del arte y su legítimo deseo de superación sobre los motivos incambiables.

Esto es lo que diferencia la reiteración del amaneramiento; esto lo que salva á Juan Cardona de causar fatiga con elementos reducidos. También sabe contenerse—dado el peligro de una pintura agradable á la muchedumbre por el asunto y el estilo—en límites de coro estético.

Pudiera un criterio exigente pedirle alguna escapada de sí mismo y de su voluntaria clasificación pictural. ¿Pero estaría cierto de no aconsejar un error peligroso? La historia del arte moderno—y, sobre todo, furiosamente, en nuestra época insincera y falsaria—está llena de tristes ejemplos de esa clase de claudicaciones al gusto de la moda y al insolente actualismo.

Y, en cambio, el verso de Musset sigue teniendo para el creador de arte la otra más bella y más pura ejemplaridad.



Imaginaos que por una desmesurada codicia de perfección alguien aspirase á reunir en un solo dibujante las cualidades de varios y ninguno de sus defectos; suponed que se pretendiera formar con los estilos de muchos la personalidad ágil é inspirada de uno, y que este uno realizase, sin esfuerzo aparente, con la natural y alegre sencillez del instinto noble, lo que á tantos costará años de lucha y de autoeducación.

Pues ese milagro, esa—imaginada imposible—suposición se hacía realidad tangible y visible en la tercera sala de la Exposición del Círculo.



«Marineros», dibujo de Renán Beger

Nos encontrábamos con el caso de un dibujante que apenas salido de la adolescencia crea con la múltiple sabiduría de los cuatro ó cinco maestros del arte editorial en España.

¿Dónde, cómo se ha formado este muchacho? Un reciente concurso de carteles industriales, donde Federico Ribas obtuvo el primer premio y Renán Beger el segundo, ya nos le reveló. Pero la exposición del Círculo le ratificó con sorprendente elocuencia.

Renán Beger exhibía no más de quince ó dieciséis dibujos: ilustraciones editoriales, peque-

ños carteles, estampas, estilizaciones de paisaje, caricaturas.

No recató algunos originales de iniciación angulosa de línea y chillona de color, que ofrecían «carne» á las fieras del reparo. Aun eso mismo le valoraba mejor, le añadía ímpetu indiferente y descuidado á su efectiva mocedad.

No disimulaba sus influencias, y era fácil añadir á cada título de estampas un paréntesis con la frase «á la manera de...».

Pero, en seguida, cedido momentáneamente al reparo y hecha concesión al reproche. ¡Qué infinita riqueza de temperamento y qué espontánea y pródigo genio de artista nato las suyas!

Se olvidaban nombres ajenos; se avergonzaba uno de pensarle discípulo tácito para no enturbiar el gozo limpio y entusiasta de descubrir un verdadero, un admirable artista, llamado á las máximas victorias.

Todo en Renán Beger parece tener aquel íntimo y congénito don del destinado á maestría suprema. Su trazo enérgico ó sutil, emocionado ó burlón, elegante ó rudo, según los ritmos y las ideas á que sirve; su extraordinaria sensibilidad para el color, que agota todos los matices de un solo tono y alía con singular brillantez las más audaces fantasías cromáticas; su distinción y

buen gusto en la elección de temas; su modernidad sin extravagancia ni ineluderismo.

No creo engañarme vaticinándole primacías en las distintas culminaciones que el arte editorial ofrece hoy día á nuestros dibujantes: el cartel, la ilustración, la estampa.

En todos y cada uno de esos aspectos aguardan á Renán Beger no pequeños triunfos. Y será grato recordar siempre que fué en el Círculo de Bellas Artes de Madrid donde se reveló este dibujante excepcional.

José FRANCES

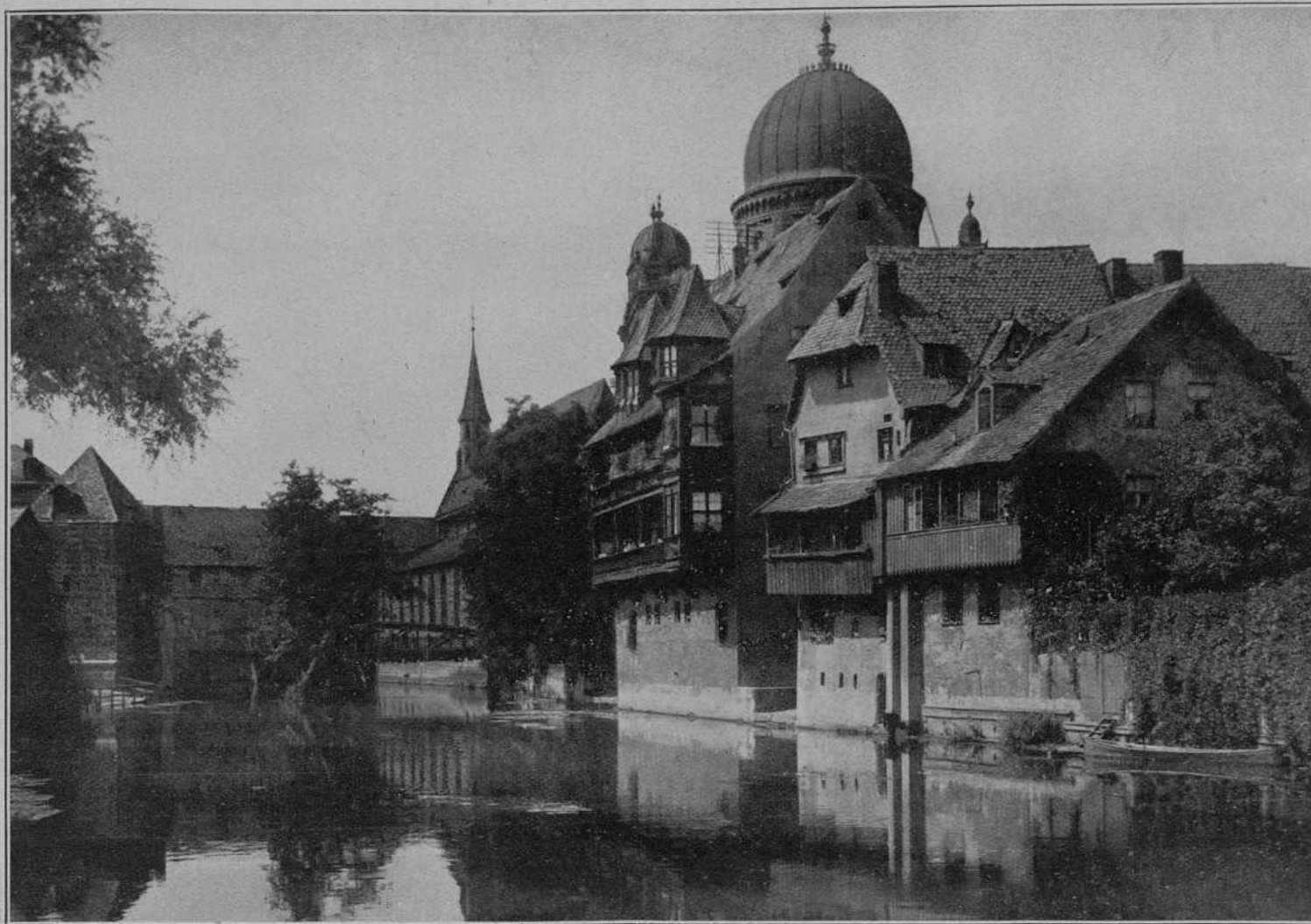


«Valencianas», dibujo de Renán Beger



«Andaluzas», dibujo de Renán Beger

La vieja ciudad de Nuremberg (Donde se fabrican los juguetes)



Uno de los más poéticos lugares de la ciudad de Nuremberg

NUREMBERG, la viejísima ciudad alemana, milenaria ya, tiene, además de su artística belleza de ciudad medieval, una supremacía mundial que en vano la disputan otros países, incluso los Estados Unidos, con toda su magnífica potencia industrial: la fabricación de juguetes. A Nuremberg debe Alemania su hegemonía en esa industria.

La mayor parte de los juguetes extranjeros que se venden en España son alemanes, y no es nuestro país el de más grandes importaciones de ese género de productos; la fabricación alemana de juguetes supera en un tanto por ciento muy elevado a la de cualquier otro país.

Para que así sea, no ha bastado con que los jugueteros alemanes procuren conservar la supremacía de sus modelos siguiendo muy atentamente el movimiento de la actualidad mundial, sin perjuicio de conservar cuidadosamente, mejorándolos constantemente desde el punto de vista artístico, los modelos tradicionales, sino, además, perfeccionando sus procedimientos de fabricación hasta conseguir la más extremada economía en la producción. Aun suponiendo que otro país pudiese producir, y la hipótesis no es aventurada ni casi hipótesis, puesto que hay juguetes galos bellísimos, que otros países acertaran en la producción de modelos, sus precios serían mucho más elevados que los de los similares de la juguetería alemana, y, consiguientemente, el volumen de la producción sería siempre mucho menor.

Los procedimientos de producción de los jugueteros se fundan en dos principios muy conocidos: la división del trabajo, por una parte, y la producción en serie, por otra,

Un juguete, por sencillo que sea, de los que producen en Alemania, pasa, antes de llegar á manos del niño á que ha de hacer feliz, por un



La casa de los Nasau, en Nuremberg

número grande de obreros, cada uno de los cuales, naturalmente, no realiza más que una parte mínima de la fabricación total; siempre la misma y repitiéndola millares y millares de veces durante años y años, con lo que llega á realizarla, sin perder la necesaria perfección, con un automatismo perfecto, como si el obrero fuese una verdadera máquina.

El *utilaje* para la fabricación es, además, perfecto, y cada detalle de un juguete tiene una máquina correspondiente que le realiza con la mayor economía posible.

Algunas de esas máquinas, sencillísimas, revelan el ingenio con que son perseguidas todas las reducciones posibles de tiempo y de trabajo.

Citaremos, como ejemplo mínimo, el sistema que se sigue para pintar los peones de hoja de lata, peones de música, que suelen estar decorados con franjas superpuestas de colores variados, siempre muy brillantes.

Para pintar esas franjas, el obrero encargado de hacerlo no tiene que hacer sino mantener fijo el pincel, cargado del color correspondiente, ante el cual gira el peón puesto sobre un aparato especial para que pueda hacerlo.

El peón puede quedar sobre ese aparato á diversas alturas, que corresponden á la de las diversas franjas, y la operación de pintar un peón resulta así rapidísima; todo consiste en ir colocando rápidamente los peones sobre el aparato giratorio. Los colores, además, están preparados para que sequen instantáneamente, y así es enorme el número de piezas fabricadas diariamente.

La multiplicidad de máquinas cortadoras y estampadoras de juguetes de hoja de lata es enor-



Las arcaicas casas de Nuremberg reflejan su belleza romántica sobre el río Pegnitz, que divide á la ciudad en dos partes

me, y su variedad extraordinaria; puede decirse que de los juguetes de ese género se hacen verdaderas «tiradas», como las que se hacen de una hoja impresa. De ahí resulta los precios incom-

prensibles á que los alemanes pueden vender esos juguetes; con ver los precios á que los expenden nuestros comerciantes y calcular lo que cuestan los derechos de aduanas y los bene-

ficios que lógicamente han de lograr los que intervienen en la venta desde la fábrica hasta el niño que adquiere el juguete, se comprende cuál ha de ser esa baratura.

C A F E D E S U B U R B I O

Más allá de la orilla del Manzanares, en un barrio de suburbio, hay un café. Esta noche el poeta vaga un poco al azar, y pasa junto á los ventanales de este café. Oye una voz fresca y un poco triste, que canta una rancia cantinela:

Pobre flor trasplantada;
perdió su aroma;
¿adónde irá sin nido,
triste paloma?

En una tarima de pino, junto á un piano viejo de teclas amarillas, como una dentadura gigantesca que ríe, hay una gentil figura de mujer con traje vaporoso de noche. Reparte reverencias de rigodón entre el abigarrado concurso. La damita del traje vaporoso, con los brazos y el cuello desnudo—en contraste con la blusa y las alpargatas del público—sonríe con un poco de melancolía, mientras todos golpean con las cucharillas en los vasos.

Esta damita es la cantatriz del café, ¿No adivináis la pequeña tragedia de esta vida que acaso soñaba con las apoteosis de la Scala de Milán ó del Teatro Real madrileño?

Cuando suenan los aplausos en el ramplón cafetín del suburbio, parece una gran carcajada con que el Destino se burla de la Gloria, de esta burlesca parodia de la gloria sobre el tabladillo de un café plebeyo, donde todos los sueños y los fastos se disminuyen hasta convertirse en minúsculo puñadito de plata para el yantar del día siguiente.

Estas baladas y romanzas, florecidas de fermatas y de filados, fueron el encanto de las reuniones familiares con las gentiles vecinitas y los jóvenes narcisos del comercio del barrio, ante un concurso de mamás gruesas, que comentan si los galanes vienen con *buen fin* y si *tienen una cosa segura*—un destinito del Estado—para morir poco á poco de aburrimiento, de escasez y de melancolía durante la cadena del matrimonio. La cantatriz de café es una novísima representación del drama sórdido de la clase media. No podía presentir que llegasen á convertirse en calderilla aquellas canciones que ella aprendía para los saraos un poco cursis y un poco románticos, cuando vivía el papá, jubilado del Tribunal de Cuentas ó comandante heroico y esclavizado por la gota.

Al pie de unos abedules
dos flores azules

mostraban su lindo capullo
al blando murmullo
de un río fugaz.

Y esta canción absurda, verdaderamente ridícula, tiene su poesía oída en el tablado de este café. Resulta ingenua, tierna y evocadora. Y viendo cómo la cantatriz pone un temblor de llanto en la voz, el cronista comprende que en su alma está llorando todo el fracaso de su vida. Cuando sustituya el traje de noche por un indumento menos de apoteosis y vuelva á su hogar, su frente se llenará de fantasmas del pasado, cuando cantaba aquella canción y *aún no había venido á menos*. Después, el desastre, los sórdidos prenderos que caen sobre los buenos muebles; los usureros que clavan sus garras sobre la pensión; las amistades que se interrumpen. La soledad con el pan escaso y sobrada de tristeza; el sueño de amor y de arte que se va desvaneciendo día por día.

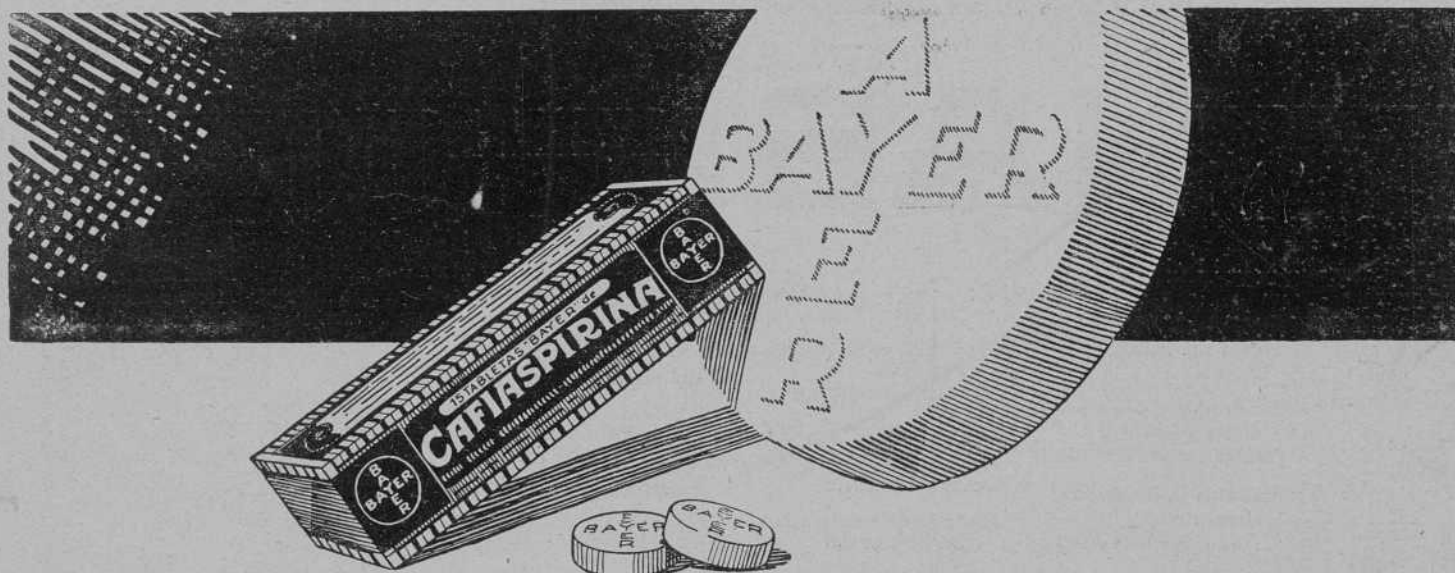
Esta canción ramplona que la señorita cantatriz solloza ante un público ordinario de las afueras, tiene una música triste. Ella pone al ritmo viejo y amanerado la letra de su íntimo dolor, y el verso malo se pierde, y, queda flotando una estela de melancolía,

«Ven, Rodolfo; ven, por Dios.»

Y Rodolfo no llega al dulce llamamiento, y tristemente ve cómo su juventud, huérfana de ardientes epitalamios, va llegando á los treinta años, el terrible *cabo de las tormentas*.

Blanca, Carmen, Margarita, ¡pobres divas frustradas á quienes la pobreza obliga á cantar sobre la tarima de un café del suburbio! Sonreís á los aplausos, que resuenan como una gran risa hueca del Destino; vuestras sedas y vuestros lazos se mustian entre el humo de los cigarros malos y el vaho de un público que relincha ante vuestro semi-desnudo; cuando entonais un viejo aire sentimental. Vuestro dolor diario es el eterno payaso triste que ríe con un puñal hundido en la entraña. Cantáis para divertir al buen parroquiano que ha pagado su café. Y aunque seáis maravillosas cantantes, vuestro mérito será incomprendido. Blanca, Carmen, Margarita, ¿qué pensáis al llegar á vuestra casa con un ridículo puñadito de pesetas en la mano? ¿No sentís un gran derrumbamiento de ensueños dentro de vuestra alma?

E. C.



La ciencia explica

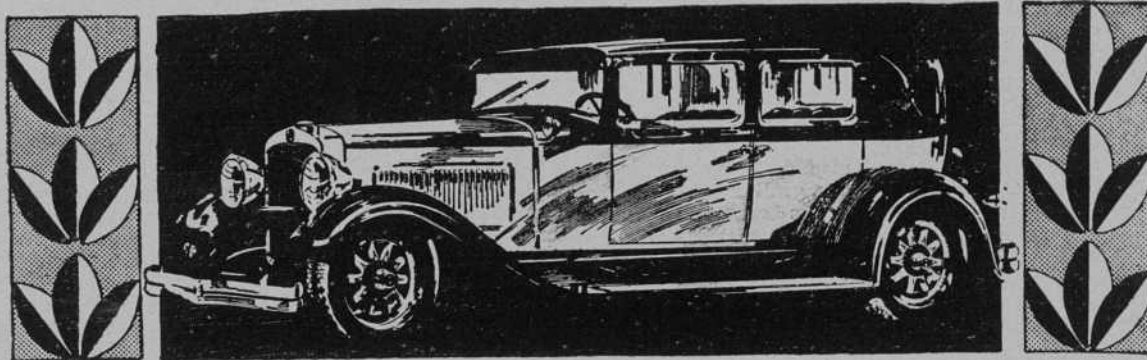
y la experiencia de muchos años confirma el alto valor de este remedio garantizado por la Cruz Bayer. Con dos tabletas se quitan los dolores de cabeza, muelas y oído, se cortan los resfriados o ataques gripales y se alivian las molestias particulares de la mujer.

Levantán las fuerzas sin atacar el corazón ni los riñones y no causan sueño.

¡Desconfiad de las tabletas sueltas!

CAFIASPIRINA





Pise el pedal para lubricar todo el coche

Los constructores de automóviles de alto precio, tales como el Rolls Royce, consideran la lubricación centralizada Bijur para el chasis como un mejoramiento de valor inestimable.

Nash, a sus precios moderados, la ofrece como equipo original de fábrica en todos los modelos de la serie "400"—Seis Avanzado.

Este sistema de lubricación Bijur es la simplicidad misma. Una palanquita situada al lado de un pie del conductor,

al ser oprimida, origina la lubricación en 21 puntos diferentes, incluyendo todas las bielas de suspensión de las ballestas, eliminando el desgaste en los puntos vitales del chasis y evitando rechinamientos y ruidos molestos.

El mundo tiene un nuevo automóvil más hermoso, con características de excelencia hasta ahora sólo asequibles en coches de precios mucho más altos. La lubricación centralizada Bijur para el chasis es una de ellas.

NASH "400"

OTRAS CUALIDADES NO REUNIDAS POR NINGUN OTRO COCHE

Motor de Ignición
Gemela

Amortiguadores Houdaille y Lovejoy
(montaje exclusivo de Nash)

Embolos Bohalite de aluminio
(con refuerzos Invar)

Cigüeñal con 7 cojinetes de bancada
(con ejes buecos)

Nuevo bastidor de doble inclinación.

Carrocerías Salón

Amortiguador de vibración de torsión

La dirección más suave del mundo.

Guarniciones exteriores metálicas chapadas de cromo sobre níquel.

Virajes con radio mínimo

Salvabarros Salón de una pieza.

Esquinas angostas para visibilidad máxima.

Parachoques delanteros y traseros de diseño Nash especial.

H. E. MOTORS, S. A.

Avenida Conde Peñalver, 7

MADRID

BENAVENTE Y LA MUJER

EL DRAMATURGO QUE DICE NO SERLO

Don Jacinto Benavente ha declarado, en cierto autógrafo interesantísimo, que no se considera autor dramático, sino simplemente «un curioso experimentador en el laboratorio teatral».

Treinta años hace que este experimentador se ha encerrado en su laboratorio, y, como un mago de la alquimia teatral, ha manipulado con las mejores redomas y los más sutiles filtros para extraer las más ricas esencias espirituales. Treinta años hace que está asomado al mundo de las ideas y las pasiones en las claras ventanas de su gabinete de estudio; treinta años hace que está viendo correr la vida, y recogéndola en los cristales de su espejo, nada quebradizo y llamado al perenne regalo de sus imágenes para los hombres del futuro.

Durante este tiempo el «laboratorio teatral español» ha podido ofrecernos los más luminosos «experimentos», desde el titulado *El nido ajeno*, que era como una lágrima pronta a caer, hasta *La mariposa que voló sobre el mar*, donde la lágrima, toda amargor de humanidad, ha venido a confundirse con lo infinito del amor. Durante este tiempo, el poeta singularísimo de tantas comedias maestras, de tantas escenas inimitables, de tantas bellas palabras, no ha hecho más que peregrinar por todos los caminos, asomarse á todos los paisajes, bucear en toda clase de almas, quemado por la sed de lo desconocido, estremecido por todas las inquietudes, curioso de todas las cosas resumidas en una sola palabra: la Vida.

Muchos han sido sus pasos por el mundo de los libros; sin duda ha caminado por ellos

muchas leguas; pero ha caminado mucho más, los ojos abiertos y el espíritu pronto, por los senderos de la vida, y ha ido contándonos lo que ha visto. He aquí todo su arte y toda su virtud. Con la sola ciencia de los libros, poca ó ninguna hubiera sido su huella en la literatura dramática, como tantos otros que únicamente disponen de esa ciencia. Su sabiduría más alta ha sido la de la propia observación, lo mucho que ha pensado y ha sentido, unánime, con los seres que hubo de arrancar á la realidad para fijarlos, indelebles, en los lienzos del arte. He aquí el esfuerzo de este peregrino «experimentador».

Benavente ha creado en el sentido mejor de la palabra: dotando de vida humana al trasunto teatral, dando al muñeco ó la contrafigura la carne y la sangre que hacen imperecederos á los polichinelas. Esta carne es toda la dificultad del autor dramático; sin ella, todo se queda en marionetas más ó menos sabias.

Benavente ha creado, y en sus creaciones ha puesto, acaso por imperativos de lo subconsciente, más alientos de mujer que de hombre, mayor belleza moral femenina que masculina, más gracia y misterio de hembra que fuerza y poderío de macho. El creador de *Pepa Doncel* es el fecundo creador de muchas almas de mujer. Es el progenitor espiritual de Raimunda, de Dominica, de Imperia, de Irene, de Silvia, de Sor Simplicia... Es el poeta del alma femenina, el cincelador de corazones fuertes y augustos, el raro enamorado de los espíritus superiores albergados bajo bellas formas.

La mujer tiene en el teatro benaventiano máxima expresión de grandeza. Las comedias de Benavente no son femeninas por la abundancia de sus mujeres ni la mundanidad del ambiente, sino por la excelencia de casi todas sus heroínas. La mujer es en el teatro benaventiano lo mejor logrado, lo más escogido. Por boca de sus mujeres, Benavente ha dicho lo más exquisito de su arte. Siempre que ha querido elevarse se ha valido con preferencia antes que de los hombros varoniles, de las lágrimas ó los pensamientos, con gracia de alas, de una de sus protagonistas. «El dramaturgo que dice no serlo» es, para ejemplo de todos, el dramaturgo por excelencia de la mujer.

J. ORTIZ DE PINEDO

PELUQUERÍA DE SEÑORAS RAMOS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN Ondulación Marcel y Permanente

Teléfono 10667

Huertas, 7 dpdo. Duque de la Victoria, 4 MADRID VALLADOLID

Antes de enjabonarse póngase CREMA HINDS



Empápe usted bien la barba con Crema Hinds, dándose un rápido masaje con ella.



Cuando la cara todavía está húmeda enjabónese como de costumbre. La navaja cortará divinamente sin irritar la tez.



Al terminar, después de secarse, otro poco de Crema Hinds deja el cutis suave y terso todo el día.



y al terminar póngase CREMA HINDS



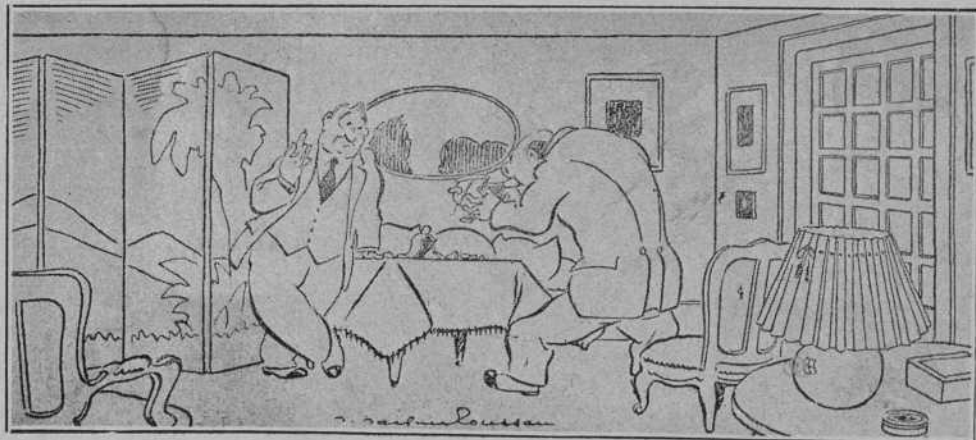
EDUCACIÓN DE SORDOMUDOS

Nuestro colaborador D. T. ha leído un artículo en que un colaborador de *La Libertad* niega afirmaciones que acerca de la educación de sordomudos publicamos hace días.

D. T. ha contestado ya á las afirmaciones gratuitas de ese colaborador; pero imposibilidad de ajuste nos impide dar la respuesta en este número. La incluiremos en el próximo.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

NOTA CÓMICA



El comprador.—Pero usted me dijo que era una sopera antigua, y esto son los pedazos de la sopera.
El vendedor.—Pero están todos. Y además le regalo á usted un tubo de goma para pegarlos.

(De «Rousseau», en «Le Rires».-París)

LOUIS HAUTECŒUR

Conservador adjunto de los Museos Nacionales, Director general de Bellas Artes de Egipto

HISTORIA DEL LOUVRE EL CASTILLO, EL PALACIO, EL MUSEO DESDE SUS ORIGENES HASTA NUESTROS DIAS

L'ILLUSTRATION ha editado una obra de rara erudición sobre el Louvre. Constituye un volumen de 20 por 30 centímetros, con planos en color, 128 páginas de texto, 138 heliograbados mostrando las diversas etapas por que ha pasado el viejo Palacio y la miniatura en colores de las "Muy dichosas horas del Duque de Berry", en la que se revela un aspecto del Louvre antiguamente.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Dirijase á

L'ILLUSTRATION

13, Rue Saint-Georges
PARIS

Veillez m'adresser l'ouvrage l'HISTOIRE DU LOUVRE.

Nom.....

Adresse.....

Ci-joint un chèque, ou mandat, de.....

PRECIO: 30 FRANCOS

MAS 5,50

DE

FRANQUEO PARA ESPAÑA

YECO

CREACION



DE

ROPP

SE VENDE EN EL MUNDO ENTERO

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



FOTOGRAFÍA
ALFONSO
Fuencarral, 6 - MADRID

Lea usted
NUEVO MUNDO
50 cénts.

MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS
SISTEMA MODERNO
Y COMPLETAMENTE NUEVA
SE VENDE
Dirigirse á D. José Briales Ron
Puerta del Mar, 13 MÁLAGA

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN
REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA
Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas, no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de:
~ Ingeniería civil,
~ Minas y metalurgia,
~ Electricidad y mecánica,
~ Agricultura y montes.
Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.
APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

CANA

PRENSA GRÁFICA
(S. A.)
EDITORA DE
LOS MIÉRCOLES **MUNDO GRÁFICO** 30 céntimos ejemplar
LOS VIERNES **NUEVO MUNDO** 50 céntimos ejemplar
LOS SÁBADOS **LA ESFERA** UNA peseta ejemplar
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Hermosilla, 57, MADRID.-Apartado 571
Teléfonos 50.009 y 51.017

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse a Hermosilla, número 57.

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:
Prensa Gráfica
Apartado 571
MADRID

Teléfonos de Prensa Gráfica
REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN:
50.009 51.017

Cooperativa de la Asociación de la Prensa
MADRID
Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, núm. 13, y Goya, núm. 9 (esquina á Serrano)
GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO
EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES
VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS
PRECIOS SIN COMPETENCIA Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento

Ver, medir, contar

TODO eso podemos hacerlo por usted. Veremos la publicidad que le conviene, mediremos su alcance, contaremos su coste. Y el plan de campaña que nosotros le ofrezcamos, será claro, diáfano, comprobado y comprobable en todos sus detalles.

Nuestros Servicios, que no cuestan más dinero que otros, valen, por su eficiencia, más dinero que los demás.

LA Sección Técnica de PUBLICITAS es el tradicional consejero de los anunciantes. Su experiencia ha hecho varias fortunas, usted y todos lo saben. Cauta y celosa, sabe que al defender los intereses de sus clientes, defiende los suyos propios.

Una administración seria y cuidadosa, es el principio de toda economía

Cuando vea un anuncio que destaque entre los demás, fíjese: debe ir firmado así

PUBLICITAS



PUBLICITAS

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 13. TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PELAYO, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 228